



PERCONTARI

Año 6 • Nº 23 • Santa Cruz de la Sierra, Bolivia • noviembre 2019



La economía

Revista del Colegio Abierto de Filosofía



**Colegio
Abierto de
Filosofía**

Percontari es una revista del
Colegio Abierto de Filosofía.

*Filosofar significa estar en
camino. Sus preguntas son más
esenciales que sus respuestas y
toda respuesta se convierte en
nueva pregunta.*

Karl Theodor Jaspers

Dirección

Enrique Fernández García

Consejo Editorial

H. C. F. Mansilla

Roberto Barbery Anaya

Blas Aramayo Guerrero

Andrés Canseco Garvizu

Alejandro Ibáñez Murillo

Ilustración

Juan Carlos Porcel

Seguimiento editorial



Gente de Blanco

DL: 8-3-39-14

Instituto de Ciencia, Economía,
Educación y Salud



facebook.com/
colegioabiertodefilosofia
revistapercontari@gmail.com
revistapercontari.com

CONTENIDO

Economía y bienestar	5
Camila Añez	
La escasez como ánima explicativa de la economía	8
Delmar Apaza López	
John Richard Hicks. Un economista neoclásico, keynesiano y neoaustríaco	11
Marco Antonio Del Río Rivera	
Hacia otra valoración del libre comercio	27
Andrés Canseco Garvizu	
La envidia y demanda igualitaria: imposiciones perversas	29
Silvia Aleman Menduinna	
Estructura, superestructura y lenguaje minero	33
Juan Marcelo Columba-Fernández	
Épica y economía en Schumpeter	36
Emilio Martínez Cardona	
De los economistas comprometidos	37
Enrique Fernández García	
Popper en las nubes. Una filosofía de la historia abierta	42
P. A. F. Jiménez	
La Escuela de Chicago y el Premio Nobel de Economía	58
Iván Alonso	

Los avatares de la razón económica

Enrique Fernández G.

En una biografía sobre la Escuela de Frankfurt, Martin Jay observa el desprecio sentido por sus representantes hacia temas económicos. En efecto, tanto Horkheimer como Adorno, por ejemplo, no se dedicaron a profundizar al respecto. Es cierto que un pensador puede optar por concentrar sus recursos en una materia determinada, como la cultura, creyendo prescindible lo demás. El problema es que, cuando se pretende la crítica de todo un sistema, cuyo elemento económico resulta fundamental, su indagación debe ser forzosa. No se trata de quitar mérito a otras reflexiones que hicieron; el punto es subrayar una deficiencia nada menor. Hubo otros autores que caminaron por esos mismos pagos. Recuerdo que, cuando Régis Debray carga las tintas contra Louis Althusser, antiguo maestro, destaca su ignorancia en ese campo. Según su desencantado alumno, el autor de *Para leer El capital* desconocía decididamente la economía. Sin embargo, esa impreparación no impidió lanzar desde juicios hasta pronósticos contundentes.

Pero hubo igualmente aprecio por esa clase de cuestiones que, sin duda, conciernen a nuestra convivencia. De hecho, la economía como ciencia fue posible gracias a un distinguido pensador, Adam Smith. En su época, la cátedra de filosofía moral que ocupaba contemplaba diferentes áreas del saber, incluyendo economía política. Así, ejerciendo el profesorado, razonando, investigando, contribuiría a consolidar una disciplina que ya no cabe desdeñar en absoluto. Hume, su gran amigo, había asumido también esa tarea; varias de las páginas que escribió evidencian cuán serias eran sus preocupaciones. Más adelante, hallamos a John Stuart Mill, que, al margen de discurrir sobre la libertad, analizó el socialismo, considerando su viabilidad económica, entre otros enfoques. Desde luego, no puede faltar la evocación de Karl Marx. Allende

las refutaciones que merezcan sus dictámenes, no se podría negar su esfuerzo por entender la economía. No le faltó, pues, voluntad para el estudio, aunque nunca garantiza esto que lleguemos a buen puerto.

Contemporáneamente, la economía continúa siendo objeto de análisis filosóficos. Distintos pensadores sirven para probarlo. Hay quienes, como Mario Bunge, discuten su carácter científico. Por otro lado, encontramos individuos a los que les interesa, además de ahondar en sus diversos aspectos, proponer cambios sociales en donde lo económico sea indispensable. Obras de Amartya Sen, Michael Novak y Alex Rosenberg, entre otros autores, permiten que notemos la vigencia del interés intelectual. Por supuesto, con la caída del Muro de Berlín, las reflexiones que poseen talante crítico nos colocan frente a detractores y defensores del liberalismo. Existen también los que, como algunos posmodernos, prefieren un nihilismo capaz de conducirnos hacia la paralización más perniciosas; conforme a esta posición, ningún cambio, acción o cuestionamiento justificaría nuestro respaldo. La desgracia, para estos últimos sujetos, es que su desinterés puede ser aprovechado por quienes, sin reflexión previa, impongan creencias, volviéndose éstas populares, poniendo en peligro todo bienestar.

Por lo anterior, con seguridad, puede hablarse de una razón económica que no podría ser relegada cuando pensamos en la filosofía. Obviamente, nuestras disquisiciones tienen más de una óptica para explotar. De este modo, podemos toparnos con miradas ontológicas, gnoseológicas, éticas y filosófico-políticas, por citar algunos casos, que ayuden a su consideración. Es lo que puede advertirse gracias a los ensayos contenidos en este número. Reiteramos el deseo de que su lectura le resulte provechosa o, aunque sea, indigna del bostezo.

Florilegio reflexivo

Por supuesto, el séquito partidista, ante todo el funcionario y el empresario del partido, esperan de la victoria de su jefe un beneficio personal, ya sean cargos u otras ventajas. De él, y no sólo de los distintos parlamentarios, y esto es lo decisivo. Esperan ante todo que la influencia demagógica de la personalidad del jefe atraiga al partido en las elecciones votos y mandatos y, con ello, mayores probabilidades de conseguir para los partidarios y para sí mismos la retribución esperada. Y desde el punto de vista ideal, la satisfacción de trabajar en devoción personal convencida para un individuo —este elemento carismático de todo caudillaje—, y no sólo en favor de un programa abstracto de un partido formado por mediocridades es lo que constituye uno de los estímulos más poderosos.

Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2002 [1922], p. 1.084)

Es verdad que los hombres se asemejan unos a otros tanto dentro de su época como en toda la historia. No solo comparten determinadas necesidades prácticas, sino que también coinciden en particularidades del sentir y del creer. En efecto, las representaciones morales y religiosas suelen ser provechosas para los grupos sociales en formas muy diversas y, por consiguiente, también cumplen funciones muy distintas en la economía psíquica de sus miembros; las ideas de Dios y de la eternidad pueden servir para justificar sentimientos de culpa o para que brille la esperanza en medio de una vida miserable. En lo superficial, sin embargo, ellas parecen gozar del mismo reconocimiento. Pero estas semejanzas entre los distintos grupos no se fundan en una esencia humana unitaria. El proceso de la vida social, en el que se originan, reúne factores humanos y extrahumanos; en modo alguno es una mera representación o expresión del hombre en cuanto tal, sino una continua lucha entre hombres determinados y la naturaleza. Además, el carácter de cada individuo integrante de un grupo no se funda sólo en la dinámica implantada en él en cuanto es este ser humano; también se funda en las circunstancias típicas y especiales de su destino dentro de la sociedad. Las relaciones de los grupos sociales entre sí se originan en las cambiantes constelaciones que median entre sociedad y naturaleza, convirtiéndose en determinantes respecto de la condición de los individuos, la cual repercute a su vez sobre la estructura social. De tal modo, las cualidades humanas están continuamente influidas y trastornadas por las situaciones más diversas

Max Horkheimer, *Teoría crítica* (Buenos Aires: Amorrutu, 2003 [1968], p. 51).

En su sentido más amplio, el pensamiento político comprende muchos otros elementos. Se pregunta sobre la posibilidad de leyes generales que gobiernen el comportamiento humano, la viabilidad de su descubrimiento y los límites de su aplicación. En ocasiones ofrece consejos prácticos para los gobernantes y para los gobernados; en otras, explica por qué algo no forma ni debe formar parte de su jurisdicción, y prefiere discutir las relaciones de la teoría y la praxis políticas con otras áreas de la actividad humana, como la religión, la economía, las ciencias naturales, la ética y la ley. Aunque es fácil reconocer que el establecimiento de fronteras absolutas entre estas actividades y la pretensión de que pueden aislarse por completo y volverse objeto de disciplinas diferentes son pedantes o estúpidos, no hacer distinción alguna entre ellas, ocuparse de estos temas como ellos mismos lo indiquen, con el avance del espíritu, es un ejercicio libre del intelecto que tiene un precio muy alto. Dichos métodos pueden estimular el pensamiento, despertar la imaginación y conducir a aperçus interesantes y valiosos, sin embargo tienden a incrementar la gran confusión de un tema que necesita, quizá más que cualquier otro, disciplina y una cabeza fría para ser un objeto serio de estudio.

Isaiah Berlin, *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno* (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2014 [2006], pp. 24-25).

En primer lugar, la pobreza nunca fue para mí una desdicha: la luz difundía alrededor de mí sus riquezas. Hasta mis rebeliones estuvieron iluminadas por esa luz. Casi siempre fueron, creo poder decirlo honestamente, rebeliones para todos, y para que la vida de todos se elevara en la luz. No estoy seguro de que mi corazón estuviera naturalmente inclinado a este género de amor; pero las circunstancias me ayudaron. Para corregir una indiferencia natural, me vi colocado a mitad de camino entre la miseria y el sol. La miseria me impidió creer que todo está bien bajo el sol y en la historia; el sol me enseñó que la historia no lo es todo. Cambiar la vida, sí, pero no el mundo, del que yo hacía mi divinidad. Fue así, sin duda, cómo emprendí esta carrera, nada cómoda, en la que estoy; cómo me lancé con inocencia a esta cuerda floja de equilibrio por la que avanzo penosamente, sin estar seguro de llegar a la meta. Dicho de otra manera, me convertí en un artista, si es cierto que no hay arte sin repudio ni sin consentimientos.

Albert Camus, *El revés y el derecho* (Buenos Aires: Losada, 2004 [1937], p. 8).

Economía y bienestar

Camila Añez

Si miramos hacia nosotros mismos y nuestro entorno, podemos ver que es un fin al que todos estamos buscando satisfacer a lo largo de nuestras vidas. Algunos dirán que tener bienestar, o vivir bien, es tener una familia estable, un trabajo que se ama, estar rodeado de amigos, cumplir las metas, entre un sinnúmero de otras actividades que para ellos tienen valor. Otros podrán decir que el bienestar es la sensación de haber realizado los sueños, de ver que los hijos se realizan, de saber que puede siempre aprender algo más, o sea, describen el bienestar como algo sensorial o un estado mental en relación a un determinado objeto/actividad. Si ampliamos un poco más nuestra perspectiva, encontramos que el bienestar es parte de todas las esferas de nuestras vidas. Imaginemos nuestro condominio, escuelas o barrio, en cada uno de estos ambientes se han establecido normas de convivencias con la finalidad de que se pueda entablar una saludable relación entre las partes y, de esta manera, vivir bien. Lo mismo ocurre cuando pensamos en las normas y leyes que rigen un país; se supone que uno de los objetivos centrales es el de dar condiciones ideales para que los ciudadanos puedan desarrollarse plenamente, vivan una vida buena y contribuyan para el buen funcionamiento de la sociedad.

El bienestar es una de las cuestiones centrales de la filosofía moral, ya que diversas corrientes teóricas tratan de determinar qué cosas son intrínsecamente buenas para los individuos. Además de ser central en filosofía, el bienestar también es objeto de estudio en teorías económicas. Por esa razón, en este pequeño ensayo, pretendo hacer una breve explicación acerca de este concepto desde el punto de vista filosófico y, en seguida, abordarlo desde el punto de vista de la economía, mostrando, así, su relevancia cuando se pretende resolver problemas prácticos en la sociedad.

1. Teorías del bienestar

Entre las corrientes teóricas que estudian el concepto de bienestar y su valor en la vida de los individuos, se encuentra el utilitarismo con sus tres principales variantes. En líneas gene-

rales, el utilitarismo defiende que una acción será correcta cuando se maximiza el bienestar e incorrecta cuando se produce lo contrario. Pero ¿qué es bienestar? ¿Qué cosas (acciones, leyes, actividades, instituciones) son buenas en sí mismas y son, al mismo tiempo, productoras de bienestar? Es en este punto que los utilitaristas tienden a divergir, pues, en algunos casos, podemos llegar a conclusiones contraintuitivas acerca de lo que es bueno para uno mismo o para la sociedad. Dentro del utilitarismo, existen, por lo menos, tres concepciones de bienestar: i) Teorías de la Experiencia, con su principal representante el *hedonismo*; ii) Teorías de las Preferencias o Deseos, siendo la teoría más conocida la denominada *satisfacción de las preferencias informadas*; y iii) Teorías Objetivas, de las que se puede destacar la teoría de la *lista objetiva*. Entre los economistas, las teorías que más adeptos han ganado son la hedonista y la de satisfacción de preferencias. Veamos, entonces, en qué consisten.

1.1. Hedonismo

El hedonismo posee algunas variaciones y características que lo hacen una teoría atractiva. A modo introductorio, basta con decir que el más conocido es el hedonismo clásico, cuyos representantes son Jeremy Bentham y John Stuart Mill, siendo este último quien sofisticó la teoría elaborada por su antecesor Bentham. Una teoría hedonista es aquella que determina que el valor de algo está en su capacidad de producir placer, es decir, algo es bueno si, y solamente si, produce placer. Por lo tanto, las cosas que producen placer son aquellas que constituyen la felicidad. Un hedonista como Mill, por ejemplo, dirá que una acción será correcta en la medida en que tiende a producir placer e incorrecta en la medida que tiende a producir lo contrario de placer, o sea, dolor. Además, reconocerá que los placeres se distinguen en inferiores (necesidades básicas como alimentarse, tener sexo, dormir, etc.), que compartimos con otros animales, y superiores (intelectión, ejercicio de las virtudes, moralidad, etc.), que son características exclusivamente humanas. Por último, dará

énfasis a las fuentes de sufrimiento y de placer, las cuales impiden o promocionan el bienestar de los individuos y de la comunidad como un todo. Por ejemplo, entre las fuentes de sufrimiento, tenemos aquellas que son naturales o creadas por el hombre, como las enfermedades y la pobreza, ambas son posibles de erradicar o mitigar con el paso del tiempo gracias a los avances científicos, los cuidados humanos y las mejorías en los sistemas económicos y políticos. Las fuentes de placer son aquellas que permiten el desarrollo humano, como, por ejemplo, la educación, la garantía de libertad y autonomía, el cultivo de las virtudes, entre otros tipos de actividades y cosas que son agradables para los individuos. Para un hedonista, por lo tanto, el bienestar debería ser promovido a través de las acciones, leyes e instituciones, de manera que los individuos de una sociedad consigan realizarse plenamente y contribuir para el buen funcionamiento de la misma.

Una de las críticas que se hace al hedonismo es que no sería posible medir la cantidad de placer ni mucho menos concebir instituciones que maximicen el placer total de la sociedad. Es por esta y otras razones que filósofos han buscado resolver este problema y propusieron nuevas formulaciones para el utilitarismo, como la siguiente.

1.2. Satisfacción de las preferencias

Esta teoría¹ defiende que el bienestar es medido según tenemos nuestras preferencias satisfechas. Si tenemos la preferencia bien informada de X o Z satisfecha, entonces decimos que eso incrementa nuestro bienestar. Las preferencias, por ende, son criterio de bienestar. Podemos resumir esta teoría de la siguiente manera: “Dar a una persona lo que ella quiere es colocarla en una mejor posición. Algo es bueno para ti si, y solamente si, se satisface una de tus preferencias intrínsecas” (MULGAN, 2012, p. 102). Una de las ventajas que esta teoría tendría en relación al hedonismo es que, si queremos aplicar el utilitarismo a las instituciones, podríamos saber que maximizamos la satisfacción de las preferencias si todos fuesen libres para seguir sus propias preferencias (MULGAN, 2012, p. 104). Un

cuestionamiento que surge tanto en esta como en la teoría hedonista es que existen preferencias o placeres que no incrementan nuestro bienestar, o sea, no nos afectan en nada. Por ejemplo, una persona que conocí en el avión y que nunca más vi me contó que estaba por abrir un negocio. En ese momento, tuve el deseo genuino de que su negocio fuese un éxito. Sin embargo, la satisfacción o no de esa preferencia no incrementará mi bienestar debido a que no sabré si se realizó o no. Para solucionar este problema, algunos filósofos introdujeron el requerimiento de la fuerte conexión², el cual establece que para que una teoría del bienestar sea bien sucedida, es necesario que exista una fuerte conexión entre el individuo y la cosa que desea/prefiere. De esta forma, las preferencias del individuo tienen que estar relacionadas con él mismo para que se pueda afirmar que experimentó el bienestar al tener alguna preferencia satisfecha.

En economía, la teoría de la satisfacción de las preferencias es utilizada como herramienta de evaluación de estados de cosas en teorías de la decisión y de desarrollo (SANTOS, 2017). Entre los estados de cosas que son considerados para medir el bienestar de un conjunto de individuos, comunidad y sociedad en general, están las necesidades básicas (alimentación, habitación, trabajo, educación). Además, economistas utilizan este tipo de teoría y la hedonista para evaluar preferencias de consumo.

2. Teorías económicas

Como mencioné anteriormente, las teorías económicas usan como herramienta las teorías de bienestar. Para entender mejor de qué manera se entrelazan, es necesario hacer una breve introducción a la economía.

La economía se divide en dos grandes áreas, la microeconomía y la macroeconomía. La primera, en líneas generales, es la que estudia el comportamiento y las decisiones de los individuos desde el punto de vista privado. O sea, su público de interés es el consumidor, las empresas y los trabajadores. Se entiende que los individuos y las empresas buscarán obtener la máxima satisfacción posible o el máximo beneficio posible en sus interacciones con el mercado. De esta manera, ya sea en el ámbito

1 Entre sus principales representantes encontramos a Peter Singer.

2 *Strong-tie requirement.*

individual (ciudadanos que son consumidores, trabajadores, etc.) o en el ámbito empresarial, el objetivo es la satisfacción de la utilidad. Es aquí que la utilidad (placer o satisfacción de las preferencias) será traducida a términos matemáticos, lo que permite a los economistas cuantificar y analizar el comportamiento de estos particulares y, de esa forma, crear o corregir modelos económicos que logren la maximización de resultados³.

Por otro lado, la macroeconomía⁴ estudia los aspectos colectivos de un país o territorio. Según Fischer y Startz (2008), la macroeconomía: “[...] trata del crecimiento económico de largo plazo y de las fluctuaciones de corto plazo que constituyen el ciclo económico. La macroeconomía se enfoca en el comportamiento económico y las políticas que influyen en el consumo y la inversión, el dinero y la balanza comercial, los determinantes del cambio en salarios y precios, las políticas monetaria y fiscal, la cantidad de dinero, el presupuesto federal, las tasas de interés y la deuda nacional” (FISCHER; STARTZ, 2008, p. 3).

Como podemos ver, la macroeconomía está interesada en los aspectos que envuelven el desarrollo de una sociedad, país o territorio; consecuentemente, se trata de encontrar medidas que promuevan el bienestar; por lo tanto, está directamente vinculada a la política. Asimismo, en el caso de la microeconomía se ocupa de las preferencias de consumo de los individuos, cómo las empresas maximizan los beneficios de producción y otros tipos de decisiones de orden particular. En cualquiera de los casos, lo que está en observación es la utilidad, entendida como satisfacción de preferencias o como satisfacción de placeres; y, según lo que hemos visto, está directamente relacionada con una pregunta: ¿qué es el bienestar?

Cuando se trata de decidir qué modelo económico es el adecuado para resolver problemas de desigualdad social, hambruna, falta de empleos y distribución de renta, estamos hablando de macroeconomía. Para algunos, estos problemas serán resueltos por medio de políticas y programas sociales que permitan que los individuos

tengan sus necesidades básicas satisfechas y tengan oportunidades para alcanzar otros objetivos y participar activamente de la economía, de esta forma, sería posible alcanzar el bienestar total, pues se estaría minimizando los obstáculos que impiden que los individuos sean plenos. Para otros, la solución estaría en implementar políticas de fomento a la inversión por parte de empresarios con la finalidad de que a través de ellos la economía crezca y se generen los empleos, maximizando, así, el bienestar. Existen también teorías mixtas que buscan un punto de convergencia entre las anteriores, o sea, al mismo tiempo que es importante satisfacer las necesidades básicas para que los individuos puedan tener acceso a otros bienes y servicios que son parte del movimiento económico, es también necesario incentivar la inversión privada para que esta permita la generación de empleos y, así, el desarrollo económico del país.

El filósofo y economista, ganador de un Nobel de Economía, Amartya Sen, ha apostado por un modelo mixto y que se separa de la visión utilitarista de bienestar. Para él, es imposible alcanzar el desarrollo si las libertades, entendidas como capacidades, están limitadas; consecuentemente, los modelos económicos que no consideren tales libertades resolverán solamente algunos problemas en la economía de un país. Las capacidades a las que se refiere Sen son cinco: libertades políticas, servicios económicos, oportunidades sociales, garantías de transparencia y seguridad protectora. Estas libertades son entendidas tanto como fin como medio para el desarrollo, pues ayudan a promover la seguridad económica, facilitan la participación económica de los individuos, ayudan a generar abundancia individual y general. Las contribuciones de Sen forman parte de la denominada economía del bienestar; al contrario de los utilitaristas, su enfoque de bienestar está en que las capacidades, esto es, libertades, que, cuando no son garantizadas, impiden el desarrollo individual y colectivo no solamente desde una perspectiva social, pero también económica.

Hemos visto, entonces, aunque de manera genérica y simple, que el concepto de bienestar y los intentos de los filósofos por fundamentarlo son esenciales para la economía. Todos buscamos realizar cosas que satisfagan nuestras necesidades básicas y deseos, que nos proporcionen placer. Del mismo modo, como sociedad

3 Los principales representantes de la escuela neoclásica, la cual se enfoca en la microeconomía son: Stanley Jevons, Karl Menger y León Walras.

4 Su principal representante es John Maynard Keynes.

deseamos vivir en una sociedad ordenada donde la gran mayoría de las personas, sino todas, puedan tener sus necesidades básicas y deseos atendidos. La función de la política es buscar la manera de atender las demandas de la sociedad

y, para ello, utilizará de diversas herramientas teóricas y prácticas que se encuentran en las distintas áreas del saber, como sociología, economía, filosofía, ciencias políticas, psicología, etc., para lograr alcanzar ese fin.

La escasez como ánima explicativa de la economía

Delmar Apaza López

Las aves, por ejemplo, limitan el número de huevos, o incluso dejan de aparearse, en épocas de escasez. Concentran todos sus esfuerzos en mantenerse vivas hasta que los tiempos mejoran. En cambio los seres humanos tienen la esperanza de meter su alma en otro, de crear una nueva versión de sí mismos y vivir así eternamente.

Margaret Atwood, *Oryx y Crake*.

Cuando pensamos en el término *economía*, solemos asociarlo –como palabra– inmediatamente con cifras y números, lo cual no representa sino su aplicación, puesto que como disciplina científica la misma se encuentra dentro de las ciencias sociales, ya que la economía observa, interpreta y analiza la conducta del ser humano pero ¿en torno a qué? Pues el alma de esta área del conocimiento humano es la escasez y cómo reaccionamos ante ella.

Se conoce que la Antigüedad griega ya contemplaba el *oikonomiein* –la administración del hogar–; sin embargo, no como parte central del pensamiento del ciudadano, del sujeto racional que se ocupa de la vida pública, es decir, de la política; sino más bien como algo sin trascendencia, ligado a la vida particular. Pero es la preocupación de la polis, del surgimiento de lo que será el Estado, lo que conllevaría el nacimiento del pensamiento económico, la carencia explicativa acerca de las necesidades públicas. En términos de Bobbio, diríamos que la dicotomía entre lo público y privado¹ es una de las meras divisiones didácticas en el ámbito de la economía, pues, aunque no se hayan dedicado

extensas reflexiones sobre su importancia, en el inicio de la filosofía, al hablar de la *res pública*, implícitamente ya estamos en el terreno de la economía, de la insuficiencia en términos de recursos, pues, si no, ¿quién asume las responsabilidades estatales de suministrar lo necesario para el bienestar común? ¿En qué se basa la confianza o peso específico de tal o cual nación si no podemos medirlo en un porcentaje, dato o indicador? Necesariamente, debemos recurrir al conocimiento económico para intentar dilucidar cualquiera de las cuestionantes planteadas. Por ello, es que se daría un tránsito de lo privado a lo público, siendo en el área económica donde las fuerzas materiales se encuentran con las espirituales –vinculadas éstas a la política y la filosofía–, fusionándose en un solo fenómeno.

De este modo, la naturaleza del ser humano, la carencia omnipresente en toda circunstancia y lugar, harían de la escasez moneda corriente en cada una de nuestras relaciones, más aún en un mundo consumista con paradigmas como la obsolescencia programada, que terminó siendo una solución coyuntural a un problema estructural: la generación de movimiento económico que haga sostenible el circuito de oferta y demanda. Lo que se busca es la forma de concebir al mismo individuo en un entorno de satisfactores apropiados que hagan de su vida una armónica existencia, en vez de una carencia perenne.

¹ Un necesario análisis al respecto se encuentra en *Estado, Gobierno y sociedad* (1989), donde la dicotomía entre lo privado y lo público se subsume en la generación del orbe privado a partir del público, siendo, en realidad, ambos ámbitos uno solo, más allá de la típica connotación positiva que se da a lo privado y negativa que implica el carácter público.

Es por ello que debe ser prioritario el establecer una escala de satisfactores ante las necesidades humanas, así como lo intentó el notable economista chileno Max Neef², determinando por satisfactores a las formas de ser, tener, hacer y estar, de carácter individual y colectivo, conducentes a la actualización de necesidades; no obstante, ¿es suficiente con ello? Por supuesto que no, porque la vida misma no es netamente económica; por más que sea útil y analíticamente más favorable estudiar por separado cualquier fenómeno de índole económica, éste subsiste y coexiste con otros, uno de los cuales innegablemente se inscribe con primacía en la vida de los seres humanos: la política. Por esta razón, cualquier teoría o propuesta de comprensión sobre la escasez deberá contemplar una sinergia entre factores necesarios y relativos. Me explico: la economía necesariamente debe explicarse a la par de la política y no alejada de ella, pues, ¿Cómo abordar el problema de la escasez sin tomar en cuenta las decisiones políticas en torno a ella?; del mismo modo, la economía es relativa a los fenómenos sociológico-culturales, puesto que la escasez no podría ser explicada del mismo modo en un entorno socialmente axiologizado por una tendencia religiosa protestante³, como tampoco podrían verse los efectos de una decisión económica asistencialista en una sociedad culturalmente tendiente al emprendedurismo. De esta forma, la escasez, en economía, es la punta de iceberg para iniciar el recorrido que implica la intención de comprenderla, partien-

do del factor necesario (la política) y los factores relativos (los sociológico-culturales).

Buscando certezas en las alegorías

Del mismo modo en el que la política se diluye en sendos discursos que hacen de su análisis un torrente de verborrea muchas veces confusa o llena de cuestionamientos filosóficos, la economía, en su esencia, suele observarse como un oasis de certezas, influida toda ella por el hábito numérico, estadístico y cerrado en torno a indicadores que reducen los problemas sociales a datos ponderables, que son, en suma, la forma en la que los seres humanos procuramos explicarnos el fenómeno de nuestra existencia en común.

Un ejemplo por demás esclarecedor es la figura del subastador walrasiano⁴, una entidad nacida de la interpretación del matemático y economista francés León Walras, quien a través de su propuesta conceptual, la teoría del equilibrio general profundiza la afamada Ley de Say⁵. A partir de la asunción de que esto es un principio cuasi irrefutable, este enfoque toma la forma de un conjunto de modelos integrados que siguen reglas precisas. De esta forma, se pretendió orientar la política económica de distintos gobiernos o realidades sociales, derivado de la microeconomía de mercados perfectos e imperfectos, de la macroeconomía con fundamentos microeconómicos, teoría del crecimiento y otros.

Es precisamente su alto grado de matematización el que le infunde a la economía un espíritu de ciencia social dura, permitiendo a la misma establecer nuevas teorías generales⁶ con la pretensión de crear un punto de partida para la unificación del análisis económico. De este

2 Sus obras más destacadas son dos tesis que denominó *La economía descalza* (1982) y *Desarrollo a escala humana* (1986), las que definen una matriz que abarca nueve necesidades humanas básicas: subsistencia, protección, afecto, comprensión o entendimiento, participación, creación, recreo u ocio, identidad y libertad; además, propone una décima necesidad, pero que prefiere mantener separada de las anteriores: la trascendencia. Todas ellas hacen hincapié en la importancia de los esfuerzos humanos pequeños y apasionados. Max-Neef postula asimismo que no existe correlación alguna entre el grado de desarrollo económico (industrial) y la felicidad relativa de las personas implicadas; al contrario, el desarrollo económico parece aumentar la soledad y la alienación en las sociedades desarrolladas.

3 Para ello es imprescindible recurrir a la interpretación realizada por Max Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), donde se establecen compatibilidades de caracteres en torno a la práctica religiosa protestante y el desarrollo del capitalismo como modelo económico.

4 Esta concepción representa el paradigma neoclásico de la ciencia económica desde 1874, y es en suma un modelo de equilibrio general.

5 En economía clásica, la Ley de Say indica que es la oferta la que crea a la demanda, por lo que no puede existir una demanda sin haber oferta. De este modo, existiría una dependencia directamente proporcional.

6 Por ejemplo, la teoría ricardiana, que fue el primer modelo usado en economía, el cual trataba de explicar cómo se distribuían los ingresos en la sociedad; o la teoría keynesiana, que se basa en la idea fundamental de que la intervención del gobierno puede estabilizar la economía, aumentando los niveles de empleo y producción, principalmente mediante el aumento del gasto público en períodos de desempleo.

modo, incluso se llegan a aplicar otros métodos capaces de explicar creativamente el fenómeno económico, verbigracia, la teoría de juegos.

No obstante, como toda alegoría, parábola o mito, tiene limitaciones e interpelaciones, en este caso, el creer que el subastador walrasiano por sí solo, soluciona y contempla todo, nos muestra su principal falencia, puesto que esta teoría solamente toma en cuenta a los agentes que participan en el mercado en sentido de productores y consumidores, excluyendo a todos aquellos que no ingresan en él. Como se ve, todo paradigma es cuestionable más allá de su utilidad práctica o analítica-racional.

Por otro lado, la escasez no solamente es comprendida unívocamente como perteneciente al ámbito económico, y más allá de la mano invisible del mercado⁷ o el subastador walrasiano, la economía tendrá siempre un abordaje referido al factor sociológico cultural, como se había establecido líneas arriba. Por ello es que se puede establecer que, hoy más que ayer, se estima con mucha confianza la capacidad de respuesta de la ciencia aplicada en tecnología para combatir cualquier escasez y abordar la misma como un fenómeno artificial directamente relacionado con las condiciones de la persona-sociedad que percibe este tipo de insuficiencia, partiendo del supuesto de que los recursos o bienes son limitados; no obstante se advierte ese enamoramiento esperanzador hacia las oportunidades de la ciencias aplicadas que el mundo globalizado pone a nuestra disposición.

Por último, el factor político como intrínseco a la escasez en el ámbito económico debe ser el catalizador de equilibrio para que las necesidades no sean planteadas como ilimitadas, pues la subjetividad personal influirá decisivamente en todo análisis que quiera certificar una apreciación válida en torno a la conducta humana. Crear un escenario viable para ello, sin demeritar lo especulativo de la política o sin reducir a meros datos a la economía, será el puntal de comprensión real y efectiva de la escasez, para así modificar la perspectiva desde la que valoramos un presupuesto mental antes que fáctico, pues la economía es la otra faceta de la decisión, es decir, de la política.

7 Metáfora que representa la teoría propuesta por Adam Smith, la cual establece que una economía de mercado alcanza bienestar social máximo mientras se busque el interés personal, favoreciendo la libre competencia como uno de sus pilares doctrinarios básicos. La alegoría fue propuesta por vez primera en su obra *Teoría de los sentimientos morales* (1759).

John Richard Hicks

Un economista neoclásico, keynesiano y neoaustriaco

Marco Antonio Del Río Rivera

La economía está en el límite de las ciencias, también está en el límite de la historia.

John Richard Hicks

Hicks y Samuelson fueron los grandes maestros de mi generación.

Axel Leijonhufvud

Debería comenzar diciendo que voy a tener que cambiarme de nombre. Valor y capital (1939) fue escrito por un economista neoclásico llamado J. R. Hicks que ya murió mientras, como lo he insinuado en otra parte los libros Capital y tiempo (1973) y Una teoría de la historia económica (1969) fueron escritos por John Hicks, un economista que no es neoclásico y que le falta el respeto a su tío con frecuencia.

John Richard Hicks

Introducción

En 1972, junto a Kenneth Arrow, John Richard Hicks recibió el Premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel. La justificación del premio fue “por sus contribuciones a la teoría del equilibrio económico y del bienestar”.

Economista británico, John R. Hicks nació en Warwick el 8 de abril de 1904, y murió el 20 de mayo de 1989, a los 85 años de edad. Fue uno de los economistas más influyentes del siglo XX, lo que explica que recibiera el Premio del Banco de Suecia al cuarto año de su creación, siendo la quinta persona y el primer economista británico en recibirlo. Publicó su primer libro en 1932 (*Teoría de los salarios*) con 28 años, y su último libro (*Una teoría del mercado del dinero*) fue publicado el año de su muerte, lo que supone una vida de intelectual de 57 años dedicados a diversas ramas y dimensiones de la ciencia económica moderna.

Hicks fue un economista fundamental en la estructuración moderna de la microeconomía, tal como aún hoy se la entiende y enseña, pero además era un economista con 32 años cuando Keynes publicó su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, obra con la cual inicia la macroeconomía moderna. Hicks, a lo largo del resto de su vida intelectual, mantendrá un fecundo diálogo con las ideas keynesianas. Pero,

también en su juventud intelectual, Hicks interactuó con Hayek, y conocía las propuestas de la escuela austriaca, lo que explica varios de sus trabajos, e incluso el contenido de su conferencia para la recepción del premio del Banco de Suecia en 1972. De esta forma, los aportes de Hicks serán claves para la construcción de la llamada economía neoclásica. Por otra parte, al ser uno de los protagonistas de la llamada revolución keynesiana, podría considerarse un economista keynesiano. Sin embargo, en los últimos años de su vida, consideró cada vez con mayor interés las ideas de los economistas de la escuela austriaca, y consideró sus aportes como parte de una economía “neoaustriaca”.

El objetivo de este trabajo es hacer un recuento de algunos los aportes que hizo John Richard Hicks a la ciencia económica del siglo XX. No fue un economista de aquellos que crean escuela en el sentido de generar en torno a ellos y su obra un grupo de discípulos como Friedman o Hayek (o Marx o Mises), pero, como se podrá apreciar en los párrafos que siguen, fue un economista que dejó una huella profunda en la configuración de la ciencia económica moderna.

Nota biográfica

Como ya se ha indicado, Hicks nació en 1904, en la pequeña ciudad de Warwick, hijo de un periodista local, Edward Hicks, y de Dorothy

Catehrine Stephens. Entre 1917 y 1922 asistió al Clifton College en Bristol, una *public school* en la ciudad de Bristol destacada por su énfasis en el estudio de las ciencias antes que los estudios clásicos, y por su menor preocupación por el elitismo social¹. Luego, entre 1922 a 1926 estudió en el Balliol College², de Oxford, a donde llegó, gracias a una beca, para estudiar matemáticas; pero, dado su interés por la literatura y la historia, en 1923 se pasó a la recién creada escuela de Filosofía, Política e Historia. Según su propio testimonio: “Terminé con un grado de segunda clase y ninguna calificación adecuada en los cursos estudiados” (AA.VV., 1978).

Ya graduado, en 1926, Hicks se incorporó como conferencista a la London School of Economics and Political Science (LSE)³, donde empezó su carrera como economista en el ámbito de la economía laboral. Fruto de esa inicial experiencia publicó en 1932 su *Teoría de los salarios*. Gracias al liderazgo de Lionel

Robbins⁴, la LSE se convirtió en uno de los centros más importantes de construcción de la ciencia económica en la primera mitad del siglo XX. Mientras que los economistas británicos estaban básicamente formados en el enfoque de Alfred Marshall, Robbins estaba familiarizado con los desarrollos de los economistas continentales: Léon Walras, Vilfredo Pareto, Eugen von Böhm-Bawerk, Friedrich von Wieser, Knut Wicksell o el americano Frank Knight. Robbins logró que Friedrich von Hayek se incorporara al plantel docente de la LSE, y se formó un talentoso grupo de investigación y debate con Nicholas Kaldor⁵, Abba Lerner⁶, Roy Allen⁷. En tal escenario, Hicks encontró que las matemáticas que había estudiado en

1 El Clifton College tiene en su haber que tres premios Nobel se formaron en sus aulas: John Kendrew (premio Nobel de química de 1962), John R. Hicks (en Economía, 1972) y Nevill Mott (en Física, 1977).

2 Balliol College es una de las universidades constitutivas de la Universidad de Oxford. Fue fundada en 1263, y por sus aulas pasaron cuatro primeros ministros (Herbert H. Asquith, Harold Macmillan, Edward Heath y Boris Johnson, el actual primer ministro del Reino Unido), el actual Rey de Holanda Harald V, y la también actual Emperatriz Masako del Japón, cinco premios Nobel (Cyril Norman Hinshelwood –Química, 1956–, J. H. Hicks, Baruch S. Blumberg – Medicina, 1976–, Anthony J. Leggett –Física, 2003–, Oliver Smithies – Medicina, 2007–), fueron becarios en ella los economistas Robert Solow y Gunnar Myrdall (ambos premios Nobel, 1987 y 1974, respectivamente). También Adam Smith fue alumno de esta universidad, y dejó un comentario mordaz sobre su situación académica en el siglo XVIII, en *La riqueza de las naciones*.

3 La London School Economics and Polical Science, LSE, fue fundada en 1985 por algunos miembros de la Sociedad Fabiana: Sidney y Beatrice Webb, Graham Wallas y George Bernard Shaw. En 1900, la LSE se unió a la Universidad de Londres. Se considera una de las mejores universidades del mundo y, aparte de muchísima gente influyente de todo el mundo que pasó por sus aulas, tiene 18 premios Nobel para señalar como exalumnos o profesores: trece premios Nobel en Economía (Arthur Lewis, Ronald Coase, Robert Mundell, Leonid Hurwicz, John R. Hicks, F. Hayek, James Meade, Merton Miller, Amartya Sen, George Akerlof, Paul Krugman, Christopher A. Pissarides y Oliver Hart), dos premios Nobel en Literatura (George Bernard Shaw y Bertrand Russell) y tres premios Nobel de la Paz (Ralph Bunche, Philip Noel-Baker y Juan Manuel Santos).

4 Lionel Charles Robbins (1898-1984). Economista británico de enorme influencia en el primer tercio del siglo XX, al asumir la presidencia de la LSE en 1929. En 1932 publicó su libro *Ensayo sobre la naturaleza y significado de la ciencia económica*, donde propone definir la economía como la ciencia que estudia la conducta humana como la relación entre fines y medios escasos, que tuvo un enorme éxito posterior.

5 Nicholas Kaldor (1908-1986). Nacido en Budapest (Hungría), estudio en Berlín para luego llegar a la LSE, como alumno primero, y docente después. Se le considera un importante economista keynesiano, con importantes trabajos tanto en macroeconomía como en economía fiscal. Fue asesor económico del Partido Laborista británico, y es uno de los creadores del Impuesto al Valor Agregado.

6 Abba Lerner (1903-1982). Economista británico nacido en Rusia. Estudió en la LSE y fue alumno de Hayek. Luego de pasar por la LSE y Cambridge, donde interactuó con John M. Keynes, emigró a los Estados Unidos y enseñó en muchas de las más prestigiosas universidades de ese país. Tiene diversas contribuciones, y su nombre aparece ligado al nombre de otros colegas en teoremas, o principios o reglas, por ejemplo la condición Marshall-Lerner en economía internacional o el teorema Lange-Lerner-Taylor en Sistemas Económicos Comparados.

7 Roy George Douglas Allen (1906-1983) fue un brillante matemático, estadístico y economista británico. Estudió en la Universidad de Cambridge, y enseñó en la LSE (donde coincidió con Hicks). En 1934, en coautoría con Hicks, publicó *Una reconsideración de la Teoría del Valor*. Como matemático, en 1962 publicó su *Introducción a la Matemática Moderna* (hay una traducción al castellano por Aguilar, de 1969). En 1949 publicó su *Estadística para economistas*. Como economista, publicó tres libros: 1) *Análisis matemático para economistas* (1938), 2) su monumental *Economía Matemática* (1950), y 3) *Teoría Macroeconómica* (1967). Editorial Aguilar publicó las respectivas traducciones al castellano en 1946, 1969 y 1970, respectivamente. Su *Teoría Macroeconómica* fue en su momento posiblemente el texto más avanzado en la materia por su modelización dinámica usando ecuaciones diferenciales y ecuaciones en diferencias finitas.

Oxford podrían serle de gran utilidad, y empezó a derivar de una economía descriptiva e institucional hacia la teoría económica. Hicks permaneció en la LSE hasta 1935. También en 1935 Hicks se casó con su colega de la LSE Ursula Webb⁸.

Entre 1935 y 1938, Hicks se vinculó a la Universidad de Cambridge, en particular al Gonville & Caius College, donde fundamentalmente se dedicó a redactar su libro *Valor y capital*, que precisamente fue publicado en 1939. Luego, de 1938 a 1946 fue profesor en la Universidad de Manchester, donde desarrolló gran parte de sus contribuciones a la Economía de Bienestar.

En 1946, Hicks volvió a la Universidad de Oxford; hasta 1952 como investigador del Nuffield College. Luego entre 1952 y 1965 fue profesor Drummond⁹ de Economía Política. En 1965 se incorporó al All Souls College como investigador, y permaneció en ella incluso después de su retiro.

En 1942, Hicks se convirtió en miembro de la Academia Británica, y entre 1960 y 1962 fue Presidente de la Royal Economic Society. En 1964 la corona británica le concedió el estatus de Lord del reino. En 1972 recibió, junto a K. Arrow el llamado Premio Nobel de Economía, cuya parte la donó, en 1973, a la Biblioteca de la LSE. Varias universidades británicas le otorgaron doctorados honoris causa. Enviudó en 1985 y falleció en 1989.

El economista neoclásico

En el estimulante ambiente de la LSE, bajo el liderazgo de L. Robbins, de quien Hicks devi-

no una suerte de mano derecha, junto a otros jóvenes talentos como Roy Allen, N. Kaldor, A. Lerner entre otros, Hicks encontró que las matemáticas que había estudiado podrían ser útiles en el ámbito de la economía. Empezó por el área de economía laboral, y en 1932 publicó su primer libro *La Teoría de los salarios*. Con el paso del tiempo se mostró insatisfecho con esta obra primeriza por lo cual, cuando se publicó la segunda edición en 1963, dividiéndola en tres partes. En la primera colocó el libro publicado en 1932 sin modificaciones, pero como sus ideas habían sufrido cambios importantes incluyó dos secciones adicionales. Así, en la segunda sección incluyó la reseña crítica que hizo del libro G. F. Shove en 1933, más dos artículos del propio Hicks, uno de 1935 y otro de 1936 donde trata de precisar sus ideas alejándose de lo publicado en 1932. Finalmente, en la tercera sección, incluyó un comentario donde Hicks hace un recuento autobiográfico de las condiciones en las cuales escribió el libro, para luego pasar a destacar los puntos donde sus ideas habían cambiado con el paso de los años. No creo que este sea el lugar para un detalle de los cambios en las ideas de Hicks en cuanto a la dinámica del mercado laboral y la determinación de los salarios, pero el contenido de la segunda edición me parece que dice mucho de las cualidades humanas de Hicks. Primero, es evidente que Hicks era un hombre que entendía la provisionalidad de las ideas. Segundo, era un hombre que aceptaba la crítica, y la aplicaba a su reflexión posterior. En otras palabras, entendía que en cierto momento podía estar equivocado, y agradecía cuando otra persona le hacía observar sus errores o le proporcionaba una perspectiva distinta a la que él había utilizado, lo que le abría una nueva posibilidad de análisis de su objeto de investigación. En definitiva, esto señala que Hicks estaba muy lejos de ser un constructor de dogmas, los cuales luego tratará de defender con todos los recursos posibles de la retórica. En resumen, se ve en Hicks una actitud de aprendizaje y tolerancia.

A diferencia de los economistas de Cambridge (A. C. Pigou, J. M. Keynes, R. Kahn, A. Robinson, J. Robinson, J. Meade), Hicks no era un discípulo de Alfred Marshall, y cuando Robbins se integró a la LSE lo motivó para que estudie la obra de los economistas continentales. Gracias a ello, Hicks se acercó a la obra de los economistas de la Escuela de Lausana (L.

8 Ursula Webb nació en Irlanda en 1896 y murió en 1985. Por lo tanto, era ocho años mayor que Hicks. Estuvo casada con él cincuenta años, pero justo murió en ese año. Hicks le sobrevivió cuatro años. Ursula se especializó en el estudio de las Finanzas Públicas. Publicó en 1947 un libro sobre finanzas públicas (en 1960 editorial Aguilar publicó una traducción al castellano de este libro con el título de *Hacienda pública*); en 1954, publicó otro libro donde se estudiaba concretamente las finanzas públicas británicas, y en 1978 publicó un texto sobre el federalismo Fiscal.

9 La cátedra Drummond de Economía Política fue creada en 1825 por Henry Drummond (1786-1860) un rico banquero. El primero en ocupar tal cátedra fue Nassau Senior, de 1825 a 1830 primero, y de 1847 a 1852, por segunda oportunidad. Francis Y. Edgeworth la ocupó entre 1891 y 1922. En el siglo XX tres futuros premios Nobel la ocuparían: Hicks (entre 1952 y 1965), Joseph Stiglitz (1976-1979) y Amartya Sen (1980-1988).

Walras y V. Pareto), los economistas de la Escuela Austriaca (C. Menger, E. Böhm-Bawerk, F. Hayek, etc.) y el economista sueco K. Wicksell. El mismo Hicks reconoció que estaba más familiarizado con la literatura económica continental que con la de sus compatriotas, al menos en sus primeros años como economista.

Esto fue vital en la carrera de Hicks. Mientras que Marshall desarrolló un tipo de análisis llamado hoy de *equilibrio parcial*, Walras trabajó un enfoque distinto llamado hoy del *equilibrio general*. En la economía del equilibrio parcial, el análisis se concentra en el estudio de la dinámica de un solo mercado, mientras que, en la economía del equilibrio general, lo que se intenta comprender es precisamente la interacción entre muchos mercados, de ser posible todo el sistema económico. Al estar familiarizado con el trabajo de los economistas continentales, el trabajo de Hicks fue clave para introducir la economía continental en el ámbito de las islas británicas. En otras palabras, Hicks fue uno de los economistas clave para que los economistas ingleses pudieran conocer los desarrollos de sus colegas continentales. De esta forma, ambas tradiciones de pensamiento económico lograron integrarse en una sola disciplina.

Por ello, la obra clave e históricamente más relevante de Hicks haya sido *Valor y capital*, publicada en 1939. Se trata de una obra dividida en cuatro partes. Las dos primeras son las que han tenido mayor influencia y su contenido ha resistido el paso del tiempo. Las dos últimas partes han tenido menor influencia. En la primera parte se desarrolla la llamada teoría subjetiva del valor. Su contenido, visto ochenta años después de su publicación, resulta sorprendentemente actual. Es el contenido de los primeros dos o tres capítulos de cualquier manual de microeconomía moderna. Fiel a la tradición marshalliana que evitaba recargar la exposición económica con desarrollos matemáticos (que con sabiduría se mandaban a un anexo para lectores que tengan interés en tales detalles), la primera parte de *Valor y capital* es una reedición de un artículo que publicó Hicks con R. Allen en 1934 («Una reconsideración de la teoría del valor», publicado en *Económica*, e incluido en Hicks, 1981). Mientras que la teoría de la demanda desarrollada por Jevons y Marshall suponía la existencia de una función de utilidad en la mente del consumidor, donde además se postulaba la hipótesis de que tal utilidad sería

medible (o sea una utilidad cardinal), Hicks y Allen, sobre la huella de Pareto, sólo necesitan el supuesto que el consumidor posee una estructura de preferencias en su mente. Tal estructura de preferencias se podría representar gráficamente mediante un mapa de curvas de indiferencia, pero al hacerlo la idea de la utilidad ha dejado de ser medible, para ser simplemente un valor que ordene los bienes (o conjuntos de bienes) en un orden de preferencia (de menos preferido a más preferido). Así, la teoría de la demanda no requiere una función de utilidad cardinal, y también se hace innecesario el concepto de la utilidad marginal. Luego al añadir el hecho que el consumidor se enfrenta a un presupuesto limitado, donde el monto de gasto y los precios de los bienes son datos, entonces se puede deducir que el consumidor logrará maximizar su bienestar si logra comprar y consumir los bienes en cuestión cuando logre igualar su tasa o razón marginal de sustitución de los bienes a la razón de los precios.

Luego se hace la consideración que si el ingreso (el monto a gastar por el consumidor) es variable, se puede deducir una función estable donde las cantidades demandadas del bien sea una función del ingreso, lo que hoy se llama *curva de Engel*. Y a continuación se analiza que si el precio de un bien es variable, se puede derivar su *función de demanda*, o sea una relación estable entre la cantidad demandada por el consumidor y el precio, que en condiciones normales sería una relación inversa (ley de la demanda). Este análisis se complementa, descomponiendo los efectos de un cambio en el precio en dos partes: el cambio en la cantidad demandada directamente atribuible a la sustitución del bien por otro (*efecto sustitución*) y el cambio imputable a una modificación del poder de compra del ingreso debido al cambio en el precio (*efecto ingreso*). Este análisis estaba basado en un artículo publicado en 1915 por el economista ucraniano E. Slutsky¹⁰, quien lo publicó en la revista italiana *Giornale degli economisti*.

Después de considerar la demanda de un consumidor, se pasa a deducir la demanda del mercado, entendiéndola como la suma de las funciones de demanda de los individuos. La

10 Evgeny (se ha traducido como Eugenio) Slutsky (1880-1948), economista, matemático y estadístico ucraniano-ruso. Hizo importantes aportes a la teoría de las probabilidades y a la teoría del consumidor.

sección termina con un capítulo dedicado a los fenómenos de complementariedad en el consumo de los bienes.

Hoy cualquier manual de microeconomía avanzada tiene exactamente este contenido, con la única diferencia que en las décadas posteriores se refinó el tratamiento matemático, primero con el uso del cálculo diferencial, luego con los conceptos del álgebra moderna, y en los últimos tiempos con las categorías de la topología. Pero el contenido, en conceptos y análisis, no ha cambiado.

La segunda parte supone una exposición del equilibrio general. De esta forma, Hicks puso a la vista de los economistas británicos de su época las ideas de L. Walras. Aunque el aparato gráfico que se suele usar hoy es distinto (Hicks no utiliza las cajas de Edgeworth en su presentación), nuevamente el orden es el que aún hoy se sigue: primero trata el equilibrio general en el intercambio, y luego de analizar la economía de la empresa, pasa a desarrollar la teoría general en la producción. En ambos casos, el equilibrio general en el intercambio y el equilibrio general en la producción, el interés de Hicks se centra en investigar las condiciones de estabilidad de los precios.

Nuevamente la exposición de la teoría neoclásica de la empresa, incluida en los capítulos VI y VII, es totalmente moderna. Bajo el supuesto de competencia perfecta, se estudian las condiciones de maximización del beneficio tanto desde el punto de vista del producto (precio = costo marginal) como desde el punto de vista del empleo de los insumos (valor del producto marginal = precio del insumo). Luego Hicks trata con cierta extensión los problemas de sustitución (y complementariedad) de insumos ante cambios en sus precios (descomponiendo los cambios de cantidad entre los efectos de sustitución y producción). En su conferencia del Nobel, Hicks haría gala de su destreza en el análisis de los fenómenos de sustitución en el empleo de los insumos relacionando con la innovación tecnológica.

Mientras que el contenido de las dos primeras partes es fundamentalmente análisis estático, en la tercera y cuarta parte Hicks asume el desafío de intentar construir una economía dinámica. Pero además es un intento para construir lo que se suele interpretar como análisis macroeconómico. Es necesario señalar que estas dos partes tuvieron mucha menos relevancia histórica. En

un primer momento Hicks trata de establecer un análisis dinámico que tome en cuenta el correr del tiempo. Para ello son relevantes los conceptos del período de producción (que se relaciona con la noción marshalliana de período de mercado), el plan y las expectativas. Luego, Hicks se dedica a tratar de precisar los conceptos del interés, la tasa de interés, el ingreso, el ahorro, la inversión, a los que se dedican las páginas de la tercera parte. Finalmente, en la cuarta, en el intento de desarrollar un análisis dinámico del sistema, Hicks combina tanto las ideas de Keynes con las de algunos representantes de la escuela austriaca como Böhm-Bawerk, Wicksell y Hayek.

Luego de *Valor y capital* Hicks volvió a ocuparse del estudio de la demanda del consumidor afinando y profundizando sus análisis, por ejemplo en *Revisión de la Teoría de la demanda*, libro publicado en 1956.

En 1972 la Academia sueca se refirió a las contribuciones de Hicks a la Teoría del bienestar. En efecto, mientras que *Valor y capital* incluía una nota sobre el *excedente del consumidor*, también en 1939 Hicks publicaba «Los fundamentos de la Economía del Bienestar» (incluido en Hicks, 1981). En años sucesivos Hicks destino varios trabajos a esta área de la teoría económica, estudiando, por ejemplo, los diversos significados del excedente del consumidor, o investigando la forma de medición del ingreso social. Todas estas contribuciones hoy son parte de la teoría microeconómica, y configuran los aportes de Hicks como economista neoclásico.

Keynes, el modelo IS-LM y la teoría monetaria

En 1937, Hicks publicó su artículo llamado «*Keynes y los "Clásicos": una posible interpretación*», que habría que tener enorme fortuna en las décadas posteriores. Posiblemente aún hoy sea su trabajo más conocido y citado. Publicado en *Econométrica*, se encuentra incluido en diversas compilaciones (Hicks 1967, Fellner y Haley, 1951., Mueller 1971). Es el trabajo seminal donde Hicks creó el modelo IS-LM como una forma de interpretación de la propuesta keynesiana.

En 1936, John Maynard Keynes había publicado su *opus magna*, la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. El mismo Hicks explica que el texto de referencia para la polémica

que tomó Keynes fue la *Teoría del desempleo*, del profesor A. C. Pigou, un libro publicado pocos años antes, y que todavía no había sido asimilado por el grueso de los economistas británicos. Por lo tanto, para muchos de ellos, pensaba Hicks, no quedaba claro cuál era el núcleo de la propuesta de Keynes. Por ello, Hicks se propone realizar una propuesta de interpretación de las ideas keynesianas.

El centro de la interpretación de Hicks se centra en dos mercados, el mercado de bienes y el mercado monetario. En la economía estándar de la época, señala Hicks, los economistas razonaban a partir de tres ideas:

1. Siguiendo las ideas de la teoría cuantitativa del dinero, la idea era que la demanda de dinero era proporcional al ingreso nacional, ambas variables en términos nominales. Luego si M es la cantidad de dinero que existe en la economía (una magnitud exógena a la economía) siendo I el ingreso nacional nominal, luego el equilibrio del mercado monetario estaría dado por la ecuación $M=kI$ donde k es precisamente el factor de proporcionalidad señalado.
2. La inversión de las empresas es una función decreciente de la tasa de interés, o sea $I_x=f(i)$.
3. El ahorro de las familias es una función creciente tanto del ingreso nominal como de la tasa de interés, por lo que $S=S(I,i)$. A esto se asume que el equilibrio del mercado de bienes exige que el ahorro sea igual a la inversión, o sea $S=I_x$.

Según lo entiende Hicks, Keynes rompe con este enfoque al considerar:

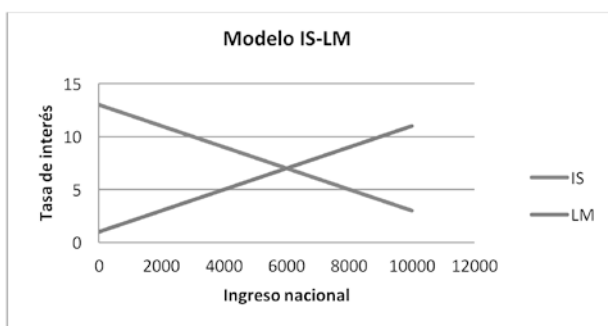
1. La demanda de dinero depende fundamentalmente de la tasa de interés, o sea $M=L(i)$, al dar relevancia al motivo especulación en la demanda de dinero.
2. Desprecia la importancia de la tasa de interés como determinante del ahorro. Con ello el ahorro se limita a ser un residuo: la parte de su ingreso que las familias no destinan al consumo. Por lo tanto $S=S(I)$.

Bajo estas dos consideraciones, Keynes considera una economía en la cual el nivel de actividad, el producto nacional o ingreso nacional, se determina en el mercado de bienes, mientras que la tasa de interés se determina en el mercado monetario. Ambas variables, el ingreso

nacional y la tasa de interés, se determinarían en mercados distintos y estarían desconectadas.

Sin embargo, señala Hicks, ni Keynes ni otros economistas de la época podían ignorar que la demanda de dinero también depende del nivel del ingreso nacional (como efecto de los motivos transacción y precaución). Por lo tanto, la ecuación del mercado monetario sería $M=L(i,I)$.

Aquí es donde Hicks introduce el famoso gráfico IS-LM (que Hicks llama SI-LL). En el espacio de las variables ingreso nacional (que coloca en el eje horizontal) y tasa de interés (que coloca en el eje vertical), la igualdad entre el ahorro y la inversión $S(I)=I_x(i)$ se puede representar como una curva descendente, mientras que la ecuación del equilibrio del mercado monetario $M=L(i,I)$ se puede representar como una curva ascendente. En la intersección de las dos curvas se determina el equilibrio simultáneo de ambos mercados, y se determinan de forma



simultánea tanto la tasa de interés como el nivel del ingreso nacional.

En este proceso Hicks concluye que es posible construir un modelo más general incluso que el propuesto por Keynes, en el cual las tres variables, la preferencia por la liquidez, la inversión y el ahorro dependan de las dos variables, el ingreso nacional y la tasa de interés, lo que sustancialmente no modificaría el esquema IS-LM.

Ahora bien, cabe recordar que la modelación más básica y popular de las ideas keynesianas se transformó en el llamado modelo Ingreso-Gasto, donde precisamente el mercado de bienes se desconectaba del mercado monetario, y el nivel del ingreso nacional se determinaba exclusivamente en relación al consumo (o el ahorro) y la inversión, con un proceso de retroalimentación entre el consumo y el ingreso, lo que se vino a llamar el proceso del multiplicador. Esto planteaba un problema fundamental: ¿bajo qué condiciones o circunstancias se daría esta desconexión? Aquí es

donde Keynes planteó la hipótesis de la llamada trampa de la liquidez: aquella circunstancia donde la demanda de dinero pierde su sensibilidad a la tasa de interés por ser esta muy baja. Hicks entendió que este era un punto clave del aporte keynesiano, y que implicaba la posibilidad de una curva LM horizontal.

Puede ser relevante recordar que la *Teoría general* se pensó y escribió tratando de entender y explicar los fenómenos de la Gran Depresión de 1929, que sumieron la economía mundial en una situación de crisis de desempleo de la mayor gravedad. La gravedad de la situación llevó a pensar a Keynes que era imposible que una crisis de tal magnitud fuera superable por la actividad empresarial privada (¿qué empresario tendría la disposición a invertir en un escenario tan adverso?), un punto en el cual la incertidumbre de los resultados de las inversiones se tornaba particularmente importante. Pero tampoco una caída de las tasas de interés propiciada por una mayor liquidez de la economía (impulsada por las autoridades monetarias) tendría mayor efecto sobre el producto nacional. En tal escenario, una inyección de recursos por parte del Estado, vía gasto público, parecería ser la única alternativa para sacar a la economía de la depresión.

De esta manera, tanto la obra de Keynes, junto con la interpretación de Hicks puso de relieve, por un lado, la importancia de la política monetaria como instrumento para influir en el ciclo económico, pero también plantea sus limitaciones, o sea, cuando la política monetaria se vuelve impotente para ser usada como instrumento de estabilización. Coherente con este tema, Hicks volvería sucesivamente sobre los temas monetarios a lo largo de su vida, como se puede verificar en sus *Ensayos críticos sobre teoría monetaria*, de 1967, o su *Perspectivas económicas. Ensayos sobre moneda y crecimiento*, de 1977.

Junto a Hicks, otros economistas como Harrod¹¹, Meade¹² y Hansen¹³ también intentaron

formalizar las ideas contenidas en la Teoría General. Posteriormente a ellos se unieron otros como Samuelson¹⁴ y Modigliani¹⁵. Resulta interesante considerar que Keynes no protestó por las formalizaciones de sus ideas que él conoció.

El impacto del artículo de 1937 fue profundo y perdurable. En general, todos los textos de macroeconomía lo incluyen aún hoy como una herramienta de análisis, por lo cual es parte de la caja de herramientas del economista estándar. O sea, por alguna razón muchos profesores pensaron y piensan que el modelo IS-LM, con su actual derivación hacia los modelos de demanda y oferta agregados, es un buen instrumento didáctico para introducir a los aspirantes al estudio de la macroeconomía. Sin embargo, hay dos excepciones. En general los economistas de tendencia monetarista tienden a ignorar no sólo el modelo IS-LM, sino incluso todos los desarrollos keynesianos. Tal es el caso de R. Barro, en su texto de *Macroeconomía*. Por otro lado, los economistas austriacos no lo ignoran pero lo explican en una perspectiva crítica y polémica, como ocurre por ejemplo con R. Garrison en su libro *Tiempo y dinero*. Por otra parte, en los textos de macroeconomía avanzada se tiende a limitar su exposición considerando los nuevos desarrollos y nuevas técnicas de análisis que se han ido introduciendo en los últimos años (como ocurre con el texto de D. Romer). Hay, en tal sentido, una alta probabilidad de que en el siglo XXI el modelo IS-LM pueda ir siendo abandonado.

A los inicios del primer tercio del siglo XX, la economía mundial estaba sumida en la Gran Depresión, y la ciencia económica vivía un ambiente de cambio y transformación. Tal escenario fue sacudido cuando Keynes publicó la *Teoría General*. Con este libro, se puede decir que Keynes puso sobre la mesa un enorme desafío a sus colegas, y considerando lo que ocurría, lo

11 Roy F. Harrod (1900-1979), economista inglés. Se lo considera un economista post-keynesiano por su modelo de crecimiento económico. También se debe a su pluma una biografía de J. M. Keynes.

12 James E. Meade (1907-1995), economista inglés. Fue laureado con el premio Nobel de Economía en 1977 por sus aportes a la teoría de la economía internacional.

13 Alvin H. Hansen (1887-1978), economista norteamericano. Activo divulgador de las ideas keynesianas en Estados Unidos, tanto en el plano académico como en la aplicación de las políticas económicas, dadas sus funciones de asesor económico de los presidentes Roosevelt y Truman.

14 Paul Anthony Samuelson (1915-2009) fue un economista norteamericano. Ganador el premio Nobel de Economía en 1970, fue, sin duda, un economista fundamental del siglo XX, pues sus aportes cubren muchos de los capítulos de la economía moderna. Es una de las figuras claves en el proceso de formalización de la economía mediante el uso de las matemáticas.

15 Franco Modigliani (1918-2003). Economista nacido en Italia, pero que 1939 migró a Estados Unidos tanto por sus orígenes judíos como por sus actividades antifascistas. Recibió el premio Nobel de Economía en 1985. Se destacan en su obra su teoría del ciclo vital del consumo y el ahorro, como sus aportes a la economía financiera.

asumieron plenamente. Si Hicks publicó su artículo interpretativo, muy pronto le siguieron otros, por ejemplo Alvin Hansen, con su *Guía de Keynes*. Tal hecho no es casual. El libro de Keynes tiene dos problemas. Uno, su estilo literario está impregnado de afán polémico, y esto tiene como consecuencia que la claridad expositiva se ve distorsionada por el ruido de la polémica y de la retórica. Dos, Keynes creó todo un lenguaje propio que el lector se ve obligado a ir asimilando paulatinamente. No es pues gratuita la necesidad que la obra de Keynes generó de textos explicativos, de interpretaciones, por un lado, y por otro lado, las agrias polémicas que siguieron en los años siguientes entre los economistas sobre la interpretación de qué quiso decir Keynes.

Los seguidores de Keynes, a lo largo del tiempo se han llamado postkeynesianos, neokeynesianos y nuevos keynesianos. Como se puede sospechar, cada autor que asume esta terminología propone su propio esquema de diferenciación. Sin embargo, lo que interesa destacar es que con el paso de los años, el esquema IS-LM fruto de la interpretación de Hicks de la propuesta de Keynes fue objeto de durísimas críticas. Hay la idea de que los modelos Ingreso-Gasto y IS-LM no representan adecuadamente las ideas de Keynes. La Sra. Robinson llegó al extremo de llamar “keynesianismo bastardo” a estas modelizaciones. Y de hecho hay una amplia literatura que “bastardea” el modelo IS-LM como los trabajos de Gonzales (2007) y Murga (2007). Sin duda, se puede poner en cuestión en qué medida la interpretación de Hicks y su esquema IS-LM captura los elementos más importantes de la propuesta keynesiana. Pero en todo caso, Hicks claramente hizo “una interpretación” (como señala explícitamente el título del artículo de 1937), y obviamente se trata de una lectura desde la perspectiva de los temas que le interesaban a Hicks. Por otra parte, al plantearse un debate en el ámbito de la exégesis de un texto, el tema sale del ámbito estrictamente económico. El tono de esos trabajos críticos tiene fuertes resonancias dogmáticas (donde el representante de la sana doctrina despótica contra los herejes, los apóstatas y los paganos), pues se parte de la premisa que el mensaje de Keynes era coherente en todas sus aristas, y que existe un modelo clásico claramente identificable, cosas que no son ni obvias ni evidentes (en muchos casos, la labor apologética culmina

demonstrando la infinita sabiduría del maestro, Keynes en este caso).

En este escenario resulta interesante considerar el juicio de A. Leijonhufvud. Este economista neokeynesiano irrumpió en el escenario con su magna obra *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana* (1967). En este trabajo Leijonhufvud evalúa en qué medida la macroeconomía keynesiana de esa época, construida sobre la base de los aportes de Hicks, Hansen, Samuelson y Modigliani, entre otros, o sea la llamada síntesis neoclásica, se había apartado de las ideas más importantes formuladas por Keynes en la *Teoría General*. En su artículo «Mr. Keynes y los modernos» (1998)¹⁶, Leijonhufvud reflexiona que los maestros de su generación en la forma de pensar la teoría y la forma de construir modelos fueron Hicks y Samuelson. Ahora bien, Leijonhufvud considera que en ambas actividades hay una forma clásica y una forma moderna¹⁷. En tal sentido, Samuelson se movía con soltura de una forma a la otra. En cambio, señala Leijonhufvud, “el caso de Hicks es más interesante”, pues si bien tuvo aportes fundamentales en la forma moderna, en especial en las dos primeras partes de *Valor y capital*, en cambio las partes 3 y 4 eran “híbridas”. O sea, Hicks fue uno de los pocos economistas modernos que todavía se conflictuaba con combinar la forma clásica y la forma moderna de construir la teoría económica: “Es posible que Hicks haya estado virtualmente sólo por la importancia que llegó a atribuir a estas cuestiones”. Resulta interesante constatar que uno de los críticos más feroces de la síntesis neoclásica evaluara con simpatía la complejidad de la postura intelectual de Hicks.

¿Se puede afirmar que John R. Hicks fue un economista keynesiano?

16 Disponible en Leijonhufvud (2006).

17 Leijonhufvud considera que la forma clásica buscaba identificar las leyes que regían la evolución de las economías, si bien los agentes económicos buscaban maximizar su utilidad o beneficio, su comportamiento era adaptativo y las instituciones establecían el escenario de actuación de los agentes económicos. En la forma moderna, las pretensiones son más específicas, pero si bien los agentes económicos buscan maximizar su utilidad o beneficio, su comportamiento es optimizador, “racional”, y las instituciones se tornan problemáticas en el sentido que se debe explicar su existencia. En tal sentido, Leijonhufvud considera pensadores clásicos a Marx, Marshall y Keynes, mientras que Arrow, Debreu y Lucas serían pensadores modernos; Samuelson y Hicks serían pensadores con un pie en cada campo.

Los miembros del “Circo” (los discípulos directos de Keynes en Cambridge) como Austin y Joan Robinson¹⁸, Richard F. Kahn¹⁹, James Meade y Piero Sraffa²⁰ pueden considerarse, con cierto margen de variabilidad, *keynesianos*, en el sentido de economistas que asimilaron las ideas de Keynes, y sobre tal base desarrollaron sus aportes. Paradójicamente, también se hicieron keynesianos muchos de los miembros de la LSE incluyendo al propio L. Robbins, como N. Kaldor. En cierto sentido lo mismo ocurrió con Hicks. No sólo que las dos últimas partes de *Valor y capital* es evidente el impacto de las ideas Keynesianas en su reflexión económica, sino que será una constante a lo largo de toda su producción intelectual. Su debate con las ideas keynesianas fue permanente.

Es más, como observa Leijonhufvud, posiblemente Hicks y Samuelson fueron los dos economistas que definieron el rumbo de la economía hasta la llamada “Revolución de las expectativas racionales” en los años setenta del siglo XX. Es gracias a sus aportes que se consolida la llamada síntesis neoclásica, magníficamente representada por el manual de Samuelson, su *Curso de economía moderna*, donde la primera mitad se dedica a la microeconomía básicamente neoclásica, y la segunda parte a la macroeconomía, básicamente keynesiana.

La prueba de este nexo entre los aportes de Samuelson y Hicks la tenemos en los modelos de ciclos que construyeron. En 1939 Samuelson publicó su artículo «Interacción entre el análisis por medio del multiplicador y el principio de aceleración» (disponible en Mueller, 1966). El modelo se construye con tres ecuaciones:

1. $C_t = aY_{t-1}$
2. $I_t = b(C_t - C_{t-1})$
3. $Y_t = C_t + I_t + G_t$

18 E. Austin G. Robinson (1897-1993) fue un economista británico muy cercano a J. M. Keynes. Su esposa Joan Robinson (1903-1983) también fue economista con una vasta producción intelectual. De fuerte inspiración keynesiana sin embargo su aporte más perdurable ha sido su estudio del monopolio y del monopsonio.

19 Richard F. Kahn (1905-1989). Economista inglés, fue el creador del concepto del multiplicador del empleo, noción que J. M. Keynes aplicó a la inversión. Fue el albacea testamentario de Keynes pues se ocupó de reunir, editar y conservar su obra.

20 Piero Sraffa (1898-1983) fue un economista italiano que en 1927, a invitación de J. M. Keynes, se trasladó e instaló en Cambridge. A petición de Keynes trabajó en la edición de las obras completas de David Ricardo.

El consumo C depende del ingreso Y con un rezago, la inversión I depende de la brecha entre el consumo presente y el consumo precedente, y G es el gasto público que se considera una variable exógena. Es la estructura típica de un modelo keynesiano usando ecuaciones de diferencias finitas.

Por su parte, en 1950 Hicks publicó «A contribution to the theory of the trade cycle» donde propone un modelo con una estructura semejante a la de Samuelson, pero matemáticamente más sofisticada:

1. $C_t = a_1 Y_{(t-1)} + a_2 Y_{(t-2)} + a_3 Y_{(t-3)} + \dots$
2. $I_t = b_1 (Y_{(t-1)} - Y_{(t-2)}) + b_2 (Y_{(t-2)} - Y_{(t-3)}) + \dots$
3. $Y_t = C_t + I_t + G_t$
4. $G_t = G_0 (1+g)^t$
5. $Y_t \leq B_t$
6. $B_t = B_0 (1+\beta)^t$

La idea de Hicks era introducir un techo B a las posibilidades de expansión del producto Y. No es este, obviamente el lugar para explicar la dinámica que supone cada uno de estos modelos, pero interesa poner en evidencia su completa filiación y semejanza.

Ahora bien, si Hicks fue un economista keynesiano, en el sentido que se ha mencionado, cabe preguntarse si lo fue en el plano de la política económica, o sea un partidario de una intervención más o menos activa del Estado en el funcionamiento del sistema económico. Daniel B. Klein y Ryan Daza (2013) han estudiado el tema del perfil ideológico de Hicks, y señalan que establecerlo es difícil por varias razones. La primera es que el propio Hicks siempre fue muy discreto a la hora de emitir opiniones políticas. Segundo, las posiciones cambiantes de Hicks, que detallaremos más adelante. Tercero, el carácter autocrítico de Hicks con su propia obra.

En relación al primer punto, resulta revelador es siguiente párrafo, extraído de las breves notas autobiográficas que Hicks elaboró para su discurso de recepción del premio Nobel:

“Me he resistido a pronunciarme sobre las cuestiones más amplias de la economía práctica porque estoy convencido de que no debemos tomar partido sin conocer los hechos; mantenerse al corriente de los hechos cambiantes a escala mundial o aun nacional es más de lo que puede lograr alguien cuyo interés principal son

los principios. No basta una mera familiaridad con las estadísticas, preparadas y digeridas por otros” (AA.VV. 1978).

Klein y Daza logran establecer que en los inicios de su carrera Hicks posiblemente haya tenido ciertas simpatías socialdemócratas (tal vez eso lo motivó para acercarse a la LSE, y lo incentivó a ocuparse de economía laboral). Sin embargo, el contacto con Robbins y Hayek lo acercó a las posiciones liberales hayekianas. No obstante, Klein y Daza encuentran que luego Hicks se alejó de las posiciones de Hayek para terminar sus días como un liberal clásico.

En tal sentido, resulta interesante la entrevista que sostuvo con Diego Pizano en 1977. En ellas se va revelando un economista que confía en el poder de la ciencia económica en manos de economistas serios, para anticipar los efectos de determinadas políticas, pero al mismo tiempo se muestra escéptico tanto de la capacidad predictiva de los economistas como de su capacidad para influir en las ideas de la sociedad. Finalmente, en la misma conferencia sostiene que la situación de crisis de la economía británica sería imputable en cierta medida a las desacertadas medidas de la política económica de sus gobiernos, en especial la irresponsabilidad frente a los déficits fiscales y la indiferencia frente a la inflación.

Todo lo anterior nos permite concluir que si bien podemos considerar a Hicks un economista keynesiano en el plano teórico, en la dimensión de la política económica Hicks se mostraba más partidario del liberalismo clásico.

El capital y el crecimiento económico. El economista “neoaustriaco”

Hicks, desde sus tiempos en la LSE, tomó muy en serio las contribuciones de Eugen Böhm-Bawerk, uno de los principales economistas de la llamada Escuela Austriaca²¹. No esta demás recordar que estudió la obra de Hayek cuando éste fue profesor en la LSE. Lo notable es que

en sus trabajos desde mediados de los años sesenta hasta su muerte, en la medida en que hizo del crecimiento económico uno de sus intereses intelectuales, las referencias a los desarrollos de la Escuela Austriaca se volvieron permanentes. En *Capital y tiempo* (1973) escribió:

«He manifestado la filiación “austriaca” de mis ideas; el tributo a Böhm-Bawerk y a sus seguidores, es un tributo que me enorgullece hacer. Yo estoy dentro de su línea; es más, comprobé, según hacia mi trabajo, que era una tradición más amplia y extensa de lo que al principio parecía. Los “austriacos” no fueron una secta peculiar, al margen de la corriente principal, sino que estuvieron dentro de ella; eran los demás los que estaban fuera».

No es pues gratuito que el nombre completo de este libro sea *Capital y tiempo. Una teoría neoaustriaca*. Así Hicks rendía homenaje a la Escuela Austriaca, señalando en cierto sentido la filiación de sus ideas, pero con el sufijo *neo* también indicaba su independencia, y que lo que él tenía que decir no era una mera repetición de ideas ya conocidas.

Hicks se ocupó del tema del crecimiento económico en varios de sus escritos desde mediados de los años sesenta. Precisamente, en 1965, publicó su *Capital y crecimiento*, y en 1973 publicó una suerte de continuación *Capital y tiempo*. Pero en 1972, con ocasión de recibir el premio Nobel, Hicks debió preparar una conferencia, cuyo título es «La fuente del crecimiento económico» (AA.VV. 1978). El contenido de esta conferencia es notable por varios motivos. De lejos, no tuvo el impacto de otros trabajos de Hicks, pues es probable que la comunidad académica contemporánea no proporcione el mismo valor a una conferencia de circunstancia que a un artículo publicado en una revista académica. Sin embargo, considerando el tema abordado, Hicks se adelantó al menos en veinte años a un tema que sería tratado más adelante: la innovación. En efecto, según Hicks son las innovaciones productivas el motor, el resorte del crecimiento económico. El carácter pionero de esta idea se hace evidente cuando revisamos algunos textos modernos que tratan del crecimiento económico como Helpman (2004) o Vázquez (2005). En efecto, recién en las últimas décadas los economistas han prestado atención a la importancia de las innovaciones para el crecimiento económico. Inicialmente los econo-

21 La Escuela Austriaca aparece con los trabajos de Carl Merger (1840-1921). Junto a S. Jevons y L. Walras se lo considera uno de los fundadores de la economía marginalista. Sus discípulos fueron Friedrich von Wieser (1851-1926) y Eugen von Böhm-Bawerk (1851-1914). Se consideran también miembros de esta corriente de pensamiento económico a Friedrich von Hayek, Ludwig von Mises.

mistas trataban la tecnología como una variable exógena, pero, cuando intentaron considerar su carácter endógeno (o sea como resultado de la propia dinámica de la economía), recién se hizo evidente la importancia de las innovaciones o de la inversión en investigación y desarrollo (I+D). Helpman identifica dos oleadas en relación a la investigación de estos temas. En la primera oleada (los trabajos de P. Romer y R. Lucas), se modeló el cambio tecnológico por medio de la noción de las externalidades. La tecnología genera externalidades que afectan a las empresas, y expanden la capacidad productiva del sistema. Pero, de forma dominante, estos efectos de externalidad se consideran como aumentos en el capital humano. O sea, el cambio tecnológico se localiza en la mente humana; al tener más y mejores conocimientos los trabajadores son más productivos. En la segunda oleada (P. Romer, G. Grossman, E. Helpman, y otros), se buscó trabajar en forma más desagregada, por empresas, y esto permitió el estudio del aporte de las patentes como derechos de propiedad intelectual, y como un mecanismo de incentivos a los inventores.

Considerando estos desarrollos, la conferencia de 1972 de Hicks no deja de llamar la atención por su novedad para su época, y su vigencia para hoy. Mientras que, como hemos visto, el grueso de la literatura sobre la innovación la relaciona con el capital humano o los derechos de propiedad intelectual, Hicks conceptualiza que el progreso tecnológico cambia fundamentalmente las máquinas y herramientas. O sea, a Hicks le interesa la tecnología que se concretiza en la transformación del capital físico. Por lo tanto, lo que el economista debe explorar son las condiciones económicas en las cuales a un empresario le conviene, le sería rentable, cambiar sus máquinas o impulsar el cambio de ellas, por máquinas más moderna y más eficientes. Aquí Hicks puede recuperar parte de los argumentos de su libro de 1932, *Teoría de los salarios*, para explorar en qué medida el aumento de los salarios genera condiciones económicas favorables para que los empresarios estén dispuestos a renovar sus equipos (donde se han incorporado nuevas tecnologías). Ahora bien, en la medida que esto ocurre, la producción se va convirtiendo en intensiva en el empleo del capital por este efecto de sustitución, pero además el aumento de los salarios desplaza renta y tiende a reducir

el ahorro. Colateralmente, la rentabilidad de la empresa tiende a caer. Aquí es donde entra el efecto expansivo de las nuevas máquinas-tecnologías. Si estas logran aumentar la producción en forma significativa, pueden generar una presión al alza en la rentabilidad que compense su caída por el aumento de los salarios. Ahora bien, quienes más pueden ganar con la renovación tecnológica son aquellos innovadores que se adelantan a los demás, los cuales también se ven obligados a adoptar las nuevas tecnologías para mantener su competitividad productiva, pero, a medida que pase el tiempo, la rentabilidad mostrará un perfil decreciente. En el proceso, el producto ha aumentado, los salarios son mayores, y la economía es más intensiva en el empleo del capital. Se trata de un proceso de industrialización.

Pero, dado que los efectos de una innovación se van diluyendo en el tiempo, es necesario considerar una taxonomía de las innovaciones. Hay algunas, como el ferrocarril, menciona Hicks, que han generado un impulso de largo plazo, y que inducen a nuevas innovaciones (innovaciones secundarias). La inferencia obvia es que para mantener un crecimiento sostenido, el flujo de innovaciones se debe mantener, entre innovaciones fundamentales e innovaciones secundarias.

Un economista ortodoxo y heterodoxo

Sería interesante investigar a partir de qué momento, y bajo qué liderazgos, los debates en el ámbito de la ciencia económica se contaminaron con la terminología ortodoxo-heterodoxo, que viene de la religión. En efecto, la ortodoxia es la doctrina correcta (o la liturgia correcta) mientras que la heterodoxia tiene la sombra de la incorrección, de la herejía o de la apostasía. Pero, como el hereje también está seguro de la validez de sus creencias, suele estar orgulloso de serlo. En todo caso, se suele llamar economía ortodoxa a la economía neoclásica, que a partir de los trabajos de L. Walras culmina en la Teoría del Equilibrio General. En cambio, keynesianos²², marxistas y economistas austria-

²² La llamada síntesis neoclásica, que los neokeynesianos consideran que traiciona las ideas más valiosas de Keynes, se considera parte de la economía ortodoxa.

cos son los grupos más evidentes de economía heterodoxa²³.

El Hicks de *Valor y capital* pensaba con el supuesto de que los mercados eran perfectamente competitivos, uno de los supuestos esenciales de la economía ortodoxa. De hecho, en ese libro Hicks anotó: “habremos de reconocer que el abandono general del supuesto de la competencia perfecta, la aceptación universal del supuesto de que existe monopolio, ha de tener consecuencias muy destructoras para la teoría económica” (Hicks, 1937:93). También puede ser pertinente recordar que en 1935, en la revista *Econométrica*, Hicks publicó su artículo «Examen anual de la teoría económica. La teoría del monopolio» (disponible en Stigler y Boulding, 1951). En este artículo, Hicks hace un magnífico resumen de la teoría del monopolio que había desarrollado Joan Robinson, la teoría de la competencia monopolística, obra de E. Chamberlin, y la teoría del monopolio bilateral. Sin embargo, al final, si bien saluda estos desarrollos teóricos, se muestra escéptico en cuanto a su relevancia, señalando la fortaleza del enfoque marshalliano.

Sin embargo, Hicks fue lo que podríamos llamar un pensador dinámico, que, frente a los estímulos de la observación de la realidad económica y de las opiniones de sus colegas, no tenía dificultad en abandonar posiciones si creía que tal cosa era lo más adecuado para mejorar su comprensión de los fenómenos que deseaba estudiar. En otros términos, Hicks asumía plenamente el desafío de la complejidad de lo real, y de la provisionalidad (e insuficiencia) del conocimiento humano. Por ello, en 1989, podría escribir: “El error del análisis de *Valor y capital* es su tratamiento de un tipo de mercado excepcional como si fuese común” (Hicks, 1982:212).

Para los años ochenta la visión de la estructura de los mercados en una economía moderna de Hicks se había complejizado, por medio de una doble dicotomía. Por un lado, distinguía entre aquellos mercados donde los precios son flexibles y los mercados donde los precios son fijos.

Por otra parte, Hicks distingue entre modelos ex ante-ex post y modelos de stocks y flujos. Así se tiene una estructura del tipo siguiente:

	Precios flexibles	Precios fijos
Modelos ex ante-ex post	A	C
Modelos de stocks y flujos	B	D

En los modelos ex ante-ex post la idea de Hicks es que el horizonte de tiempo de decisiones de las empresas es lo suficientemente extenso como para al inicio del período tener un precio (ex ante), pero que en función de lo que ocurre es posible modificar el precio antes que acabe el período (ex post). Por lo tanto, en la celda A se tiene los mercados que más se aproximan a la competencia perfecta, pues los precios son flexibles, y son ellos quienes hacen los ajustes. Tal cosa puede ocurrir en los mercados de bienes perecibles (no acumulables) y en los servicios no transferibles de un período a otro. En cierto modo, son los mercados que corresponden a lo que Marshall llamó *período de mercado*.

En B se tiene los mercados donde, si bien los precios son flexibles, también se tiene en cuenta los stocks acumulados como variables de ajuste. Son los *mercados especulativos*, donde las existencias juegan un rol importante. Si la demanda de un producto, por la razón que fuera, se expande (o la producción se contrajera), los inventarios se reducirían, pero sí en cambio, se contrajera la demanda (o se expandiera la producción), las existencias aumentarían. En la medida en que los cambios en las existencias se alejaran de los niveles deseados por las empresas, estas podrían ajustar los precios. Por lo tanto, son los niveles de inventarios los que determinan los cambios en los precios. Tal escenario se tiene en los mercados internacionales de granos como el trigo, el arroz o el maíz.

En C se tiene los mercados de precios fijos, o sea mercados donde los cambios en las cantidades tienen efectos muy limitados en los precios. Frente a los desequilibrios entre cantidades producidas y vendidas, las empresas apelan a diversas otras opciones (por ejemplo, aumentar su gasto en publicidad, expansión territorial, procesos de integración vertical u horizontal, etc.) para ajustar sus equilibrios. Tal sería el caso de las empresas manufactureras. Finalmente, en D, se tiene los mercados donde nuevamente los precios no son las variables fundamentales

23 También eran parte de la economía heterodoxa la economía institucional y neoinstitucional, así como la economía conductual. Sin embargo, la concesión del premio Nobel a R. Coase, D. North, O. Williamson, E. Ostrom, D. Kahneman y R. Thaler, por citar los más conocidos, está permitiendo que estos enfoques sean cada vez más admitidos dentro de la economía ortodoxa.

de ajuste. En tales casos, las empresas hacen su ajuste mediante el manejo de los flujos –la producción– o los stocks –los inventarios. Los flujos no son el objetivo sino en la medida en que permiten alcanzar los equilibrios en los stocks. Este sería el caso, en gran parte de los mercados modernos.

Pero Hicks no se queda en la mera taxonomía de los mercados. En su entender, una adecuada comprensión de cuáles de estas formas de mercado predominan en una economía es fundamental para entender los fenómenos macroeconómicos, por ejemplo, la inflación. En efecto, la importancia de una inflación de costos (inducida por ejemplo por aumentos sucesivos en el salario mínimo y otras disposiciones de política laboral, o el aumento en el precio de la energía) dependerá de la estructura de los mercados laborales, pues la dinámica de estos depende fundamentalmente de lo que ocurre con las empresas, en cuanto la demanda de trabajo es una demanda derivada. En este contexto, un dato relevante es qué proporción del empleo es temporal, y añadimos nosotros, qué proporción del empleo está en situaciones de informalidad. De forma semejante, la estructura de mercados es relevante cuando se analiza el tema de la inversión, y de la industria de producción de bienes de capital²⁴.

Otros tópicos

En 1942 Hicks publicó su libro *La estructura social. Una introducción a la economía*. Se trata de un libro de texto para introducir a los lectores en la ciencia económica. El libro tuvo una buena recepción y llegó a conocer al menos cuatro ediciones en inglés (la traducción al castellano, por el Fondo de Cultura Económica llegó a tener al menos nueve reimpresiones). Para el estudiante primerizo de economía, formado en el esquema

24 Un aspecto que la macroeconomía de la síntesis neoclásica no tuvo en cuenta fue la formalización de Hicks, en la primera parte de su artículo de 1937. En ese modelo la inversión se relaciona directamente con la producción de bienes de capital, y en rigor se trata de un modelo biseccional. En rigor ese modelo no es “clásico” en el sentido habitual del término (un modelo de salarios flexibles) pues supone un salario fijo. Pero además, incluso con el supuesto de salarios flexibles, este modelo no presenta la neutralidad del dinero. En efecto, se puede verificar que una expansión de la masa monetaria altera el precio relativo (de los precios de los bienes de consumo en relación a los precios de los bienes de capital).

introducido por Samuelson en 1945 (que basa su contenido en la división micro y macroeconomía, y qué básicamente es una introducción a los conceptos básicos de la teoría económica más comúnmente aceptados)²⁵, puede tener un esquema, digamos, extraño. La opción de Hicks es la siguiente. Si se quiere introducir a una persona en el estudio de la economía, lo más adecuado no es empezar por la teoría económica, donde los conceptos son provisionales y sujetos a debate. Lo más adecuado sería introducir al lector a los aspectos menos controversiales, y estos tendrían que ver con los conceptos y métodos de la cuantificación de los fenómenos económicos, o sea lo que se conoce como las cuentas nacionales o contabilidad social. Las ventajas de este método al menos son tres. Primero, se da relevancia a los conceptos mediante los cuales la ciencia económica trata de capturar y describir las realidades económicas, con el añadido que se plantea explícitamente el problema de su observación y medición. Por ejemplo, cómo definir el concepto de desempleo y cómo medirlo, qué es la inflación y cómo se cuantifica. Segundo, el estudio de las cuentas nacionales permite conocer las relaciones entre ciertas magnitudes económicas, como por ejemplo la relación entre el Producto Interno Bruto y el Ingreso Nacional. Tercero, el estudiante accede al lenguaje técnico de la ciencia económica que es más relevante para el debate público, y que suele ser de uso frecuente en los medios de comunicación de masas. Sin duda, mucha gente valoraría tener una adecuada comprensión de qué es la balanza de pagos, o qué es la deuda pública, aunque su profesión no tenga precisamente qué ver con economía o las ciencias de gestión.

25 En 1945, P. A. Samuelson publicó el *Curso de economía moderna*, un texto de introducción al estudio de la economía que ha tenido un enorme éxito editorial, a lo que contribuyó la claridad de la exposición y el uso intensivo del análisis gráfico. Se estructura en dos partes básicas. En la primera se desarrollan los tópicos propios de la microeconomía (las decisiones de consumo de las personas, las decisiones de producción de las empresas, el funcionamiento de los mercados de competencia perfecta y monopolio básicamente), mientras que en la segunda se abordan los temas macroeconómicos (las magnitudes macroeconómicas, la determinación del nivel de producción, el dinero y la política monetaria, la política fiscal, etc.). Este esquema se ha impuesto en la gran mayoría de los textos de introducción a la economía, y sobre esta base, en una gran cantidad de universidades, se estructuran los programas analíticos de los cursos de introducción a la economía.

En este sentido, el texto de Hicks fue pionero en la idea de popularizar el conocimiento de las cuentas nacionales. Algunos textos modernos como el libro *Introducción a la economía aplicada* de Cándido Muñoz (editorial Civitas), cuya quinta edición salió en 2016, son herederos directos de esta idea²⁶.

En este recuento de algunos de los aportes de John Hicks, vamos a concluir mencionando su pequeño libro de 1979, *Causalidad en economía*. Se trata de la inmersión de un economista en uno de los temas más difíciles de la filosofía. Hicks reconoce sus limitaciones para tratar el tema desde el punto de vista de los debates epistemológicos, pero decide hacerlo, pues le interesa reflexionar lo que la noción de causalidad puede significar en economía. Los primeros capítulos tratan de aspectos generales, pero luego Hicks se sumerge tratar el tema en relación a la economía. Hace Hicks la distinción entre la *vieja causalidad* que relacionaba los acontecimientos con la voluntad de alguien (una persona, una deidad), lo que implica una finalidad, y por lo tanto la posibilidad de una evaluación moral (y en ciertos casos, consecuencia legales). Se entiende la causalidad como responsabilidad. Así que un terremoto destruya una ciudad halla su causa en la ira divina, y está a su vez tiene por causa los pecados de los habitantes de la ciudad. Pero, con la revolución científica de los siglos XVI y XVII la concepción de la causalidad empieza a cambiar, y va surgiendo la idea de la *nueva causalidad*, la cual busca explicar un fenómeno sin suponer una teleología, y por lo tanto, al explicar un hecho no se lo juzga, no se lo condena ni aprueba. Fueron, piensa Hicks, los filósofos de la Ilustración como Hume y Kant (a los que Hicks añade al historiador Edward Gibbon), quienes dieron el acabado final a la idea de la “nueva causalidad”, que en cierto modo impera en la modernidad. Ahora bien, mientras que la “nueva causalidad” está fuertemente arraigada en las ciencias naturales, no ocurre tal cosa ni en la economía, ni en las otras ciencias sociales. Esto se debe a que en estas ciencias se trata de entender la acción humana, y está necesariamente debe tomar en cuenta no sólo las percepciones y el conocimiento de las personas, sino también sus objetivos y motivaciones. La

vieja causalidad se cuele por la puerta de atrás. Para Hicks, este problema epistemológico de la economía la acerca a los estudios históricos, donde el historiador debe tener en cuenta tanto los hechos como las motivaciones. Pero el historiador tiene la ventaja que las motivaciones y las consecuencias de las acciones de las personas son datos de la historia (la ambición de César y su muerte son datos de la historia), mientras que el economista trata de explicar el presente, y para ello debe considerar los objetivos que buscan los agentes económico pero con el vacío de que todavía no se han dado las consecuencias de sus acciones. Esta cualidad de los estudios económicos lleva a Hicks a considerar que la economía no puede usar acriticamente los métodos de las ciencias naturales, y debe acercarse a los estudios históricos.

A lo largo de su larga vida intelectual, Hicks nunca perdió una cualidad filosófica de primer orden: la necesidad de problematizar los conceptos (y cuando correspondía, los métodos de cuantificación). No es, pues, gratuito que en muchas de sus obras se tiene capítulos enteros dedicados a dilucidar los conceptos de la economía. En *Causalidad en economía*, el último capítulo se dedica a analizar los conceptos de la *probabilidad*. Hoy, cuando el uso de la teoría de las probabilidades y la inferencia estadística es intensiva en varias ramas de la ciencia económica y de las finanzas, puede ser útil replantar que queremos decir cuando hablamos de probabilidades. E en ello, como en tantas otras cosas se observa en su pensamiento el impacto fecundo de John M. Keynes, quien también destino uno de sus libros a tal tema.

Conclusiones

Durante seis décadas, John Richard Hicks fue uno de los economistas más brillantes e influyentes de la profesión. Sus contribuciones cubrieron un amplio espectro de temas, algo imposible de pensar hoy en día, dado el grado de especialización que se tiene en los ámbitos académicos. Pese a sus inicios como economista laboral orientado a los temas de organización institucional, muy pronto bajo el estímulo de L. Robbins y el selecto grupo de economistas que se agruparon en la LSE, orientó su trabajo hacia la teoría económica. En ella, han sido fundamentales sus contribuciones a lo que hoy

²⁶ En el caso de Muñoz, éste reconoce explícitamente la influencia de Hicks.

se conoce como microeconomía, configurando la estructura básica del estudio de la demanda, la teoría del equilibrio general y la economía del bienestar. Ese legado perdura aún hoy. Luego, fue uno de los protagonistas clave de la revolución keynesiana, a quien se le debe la construcción del esquema IS-LM, que pese a las críticas e incluso cierto *mea culpa* del autor, todavía es una herramienta clave de la macroeconomía, y de la llamada síntesis neoclásica.

Durante toda su existencia, Hicks tuvo la inusual cualidad de ser sumamente crítico con su propio trabajo. De esta forma, el economista neoclásico de los primeros años se convirtió en keynesiano (en el sentido teórico) para al final de su vida confesarse como neoaustriaco. Esto respondía posiblemente a ciertas cualidades personales, pero también suponía una profunda comprensión de la naturaleza del conocimiento humano. Así, en el prólogo de su *Ensayos críticos sobre economía monetaria* (1967), Hicks anotó: “Durante todo este tiempo he estado aprendiendo; primero aclaraba una concepción, después otra. He concluido que la verdad tiene muchas facetas. Cualquier presentación uniforme sólo sería una fotografía tomada desde un ángulo determinado; cambiando las formas de tratar el problema espero haber logrado una visión más estereoscópica” (1967).

Quienes consideran el mundo de la ideas como un campo de confrontación entre la verdad y el error, con la pasión y fe de los recién conversos o de los cruzados, pueden pensar que Hicks sería un ejemplo perfecto de pensador inconsecuente y confuso. Pero, si se considera que la ciencia se construye con proposiciones provisionalmente verdaderas, y como un proceso que fluye de la ignorancia al conocimiento por trayectorias no lineales, Hicks viene ser un excelente ejemplo de un hombre de ciencia. En efecto, sus cambios de enfoque y de escuela revelan un hombre que antes que aferrarse a unas cuantas ideas mostró una gran apertura a los datos de la realidad y que usaba las ideas de sus colegas como una fuente de reflexión y estímulo de pensamiento.

Una de las cualidades de los escritos de Hicks es que mantiene una suerte de diálogo permanente con otros economistas. Muchos de sus artículos son magníficas piezas de historia del pensamiento económico, pues expone sus ideas en relación a lo que otros economistas habían

planteado previamente. Uno de esos autores fue Keynes. Hicks mantuvo a lo largo de toda su vida intelectual un permanente y enriquecido diálogo con las ideas del autor de la *Teoría General*²⁷.

La referencia sistemática a las obras de los más importantes economistas del pasado y algunos de su época revela además una preocupación muy marcada por la precisión de los conceptos, por la problematización de los términos, o incluso la reflexión sobre los problemas de medición. Me parece que esta actitud muestra la aplicación a la economía muy propia de un espíritu socrático, y que puede generar preguntas que cuestionan los enfoques convencionalmente admitidos.

Hicks no tuvo la visibilidad pública de John Maynard Keynes o Milton Friedman, posiblemente por ciertas cualidades personales que lo alejaban de los periódicos y de las cámaras de televisión, además que su trabajo, fundamentalmente académico y erudito, no tenía por qué atraer el interés público. Pero, además, como hemos visto, porque Hicks era muy consciente de la complejidad del mundo, y que las ideas generales podrían ser muy mala guía para la acción. Proporcionar una opinión informada sobre un tema específico, o sobre la realidad económica de cierto país, supondría el esfuerzo de interiorizarse de los detalles pertinentes, y para ello no basta mirar ciertos datos estadísticos, pensaba con prudencia Hicks. De esta forma, evitaba Hicks caer en la *falacia ricardiana*, la idea de que las conclusiones o implicaciones de un modelo teórico simple se pueden aplicar a la solución de problemas reales.

En los doctorados y maestrías en la pura y dura economía, es habitual escuchar a profesores y alumnos sostener que “nadie usa el modelo IS-LM”. Bien, puede ser así, pero, desde que Paul Romer (premio Nobel de Economía del 2018) cuestionó la macroeconomía matemática moderna, cuando sostuvo, en un famoso artículo de 1916, que “desde hace más de tres décadas, la macroeconomía está yendo marcha atrás. Su actual tratamiento no es más creíble que el que existía en la década de los setenta, aunque nadie lo pone en duda porque es más opaco”, cabe la pregunta si no sería bueno vol-

27 Habrá quien prefiera indicar que se trataba de un monólogo que usaba como referencia la obra de Keynes.

ver, no al modelo IS-LM, sino a leer o releer a los maestros del pasado, en cuya lista sin duda ocupara un lugar de honor John R. Hicks.

Bibliografía

- AA.VV. (1978). *Los premios Nobel de economía 1960-1977*. México: Banco de México S. A. y Fondo de Cultura Económica.
- Barro, Robert (1986). *Macroeconomía*. México: McGraw Hill, 1993.
- Del Río, Marco A. (2006). «El modelo Hicks-Garrison estático», en *Laissez Faire* No. 30-31. Disponible *on line*.
- Fellner, W. y Haley, B. F. (1951). *Ensayos sobre la teoría de la distribución de la renta*. Madrid: Aguilar, 1961.
- Garrison, Roger (2001). *Tiempo y dinero. La macroeconomía del capital*. Madrid: Unión editorial, 2001.
- Gonzales, Jorge (2007). «Sir John Hicks a la reconquista de la dicotomía clásica. A propósito de IS-LM», en *Cuadernos de Economía* 8(10). Disponible *on line*.
- Helpman, Elhanan (2004). *El misterio del crecimiento económico*. Barcelona: Antoni Bosch, 2004.
- Hicks, John R. (1932). *La teoría de los salarios*. Barcelona: Editorial Labor S. A., 1973.
- Hicks, John R. (1939). *Valor y capital*. México: Fondo de Cultura Económica. 1945.
- Hicks, John R. (1942). *La estructura social. Una introducción a la economía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Hicks, John R. (1956). *Revisión de la teoría de la demanda*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Hicks, John R. (1967). *Ensayos críticos sobre teoría monetaria*. Barcelona: Editorial Ariel, 1975.
- Hicks, John R. (1973). *Capital y tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Hicks, John R. (1977). *Perspectivas económicas. Ensaio sobre moeda e crescimento*. Rio de Janeiro: Zahar editores, 1978.
- Hicks, John R. (1979). *Causalidad en economía*. Buenos Aires: Editorial Tesis, 1981.
- Hicks, John R. (1981). *Riqueza y bienestar. Ensayos sobre teoría económica I*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Hicks, John R. (1982). *Dinero, interés y salarios. Ensayos sobre teoría económica II*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Klein, Daniel and Daza, Ryan (2013). «John R. Hicks. Ideological Profiles of the Economics Laureates», in *Econ Journal Watch* 10 (3), September 2013: 366-377. Disponible *on line*.
- Leijonhufvud, Axel (1967). *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana. Un estudio de teoría monetaria*. Barcelona: Vicens-Vives, 1978.
- Leijonhufvud, Axel (2006). *Organización e inestabilidad económica. Ensayos elegidos*. Buenos Aires: Temas, 2006.
- Mueller, M. G. (1966). *Lecturas de macroeconomía*. México: Compañía Editorial Continental, 1971.
- Murga, Gustavo (2007). «A setenta años del IS-LM. Los orígenes del bastardo más famoso de la teoría económica». Trabajo presentado en las I Jornadas de Economía Política. Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible *on line*.
- Romer, David (2005). *Macroeconomía avanzada* (tercera edición). Madrid: McGraw Hill, 2005
- Romer, Paul (2016). *The Trouble with Macroeconomics*. Stern School of Business, New York University.
- Stigler, G. J. y Boulding, K. E. (1951). *Ensayos sobre la teoría de los precios*. Madrid: Aguilar, 1960.
- Vázquez, Antonio (2005). *Las nuevas fuerzas del desarrollo*. Barcelona: Antoni Bosch.



Hacia otra valoración del libre comercio

Andrés Canseco Garvizu

Si queremos comprender en qué consiste lo esencial de la libertad individual, que hace algún tiempo parecía el fundamento de la civilización occidental, haríamos bien en recordar la época en que esta libertad era un concepto nuevo: un valor que ameritaba luchar y sacrificarse para conseguirlo.

Friedrich A. Hayek, *El ideal político del Estado de Derecho*

La defensa de las líneas que rigen las vidas de los hombres es un quehacer que admite estudios diferentes, tanto en la óptica que puede abordarse como en la profundidad reflexiva que se ejercita. Así, podemos encontrar una visión enteramente pragmática y utilitarista de comportamientos, códigos y sistemas que traen beneficios al individuo y a la sociedad. Pero también es posible realizar un ejercicio algo más profundo y desentrañar los principios que se adquieren, construyen y renuevan. Estas labores no son excluyentes una de la otra y la función de la divulgación intelectual está precisamente en encontrar una conjunción de ambas acciones, para no perder la riqueza de los contenidos y para que no prevalezca la acción puramente mecánica.

En el alegato a favor del libre comercio puede recurrirse a una larga lista de datos, experiencias y ejemplos, tomados en distintos tiempos y lugares, que demuestran los niveles de provecho y bienestar que alcanzaron los hombres a nivel económico, científico y en calidad de vida en general, gracias a la economía de mercado. No se entendería nuestro presente sin estos logros. Aun con las imperfecciones que acarrear cualquier creación y sistema, el capitalismo se consolida como un bastión del desarrollo. Tal es así que hasta sus más rabiosos detractores se benefician de los logros de una economía libre. Salvo algunos apasionados extremistas que están más cerca del credo colectivista comunista y su fracaso o el retorno a un mundo ancestral y premoderno, se reconoce la necesidad y la función vital de la economía del mercado.

Sin embargo, cuando se trata de comprender y esparcir el contenido de las ideas puntales del libre mercado —entiéndase como la filosofía que la sostiene—, la labor no es tan sencilla. Los espacios ganados en la cultura, la academia y la política

por sus enemigos dificultan la tarea y generan debilidades, ciertas fisuras aparentes que no permiten valorar el libre mercado. Es más, es demasiado común encontrar un odio visceral hacia todo cuanto representa. Incluso, en el campo de los preceptos moral-religiosos, que podría pensarse que se mantienen “neutrales”, hay visiones contrarias a la acumulación de riqueza¹.

Tomemos dos ejemplos, entre varios que existen, de duras vistas al capitalismo. El primero para mencionar es una corriente aún fuerte que vivió la revolución de Cuba y otros eventos mundiales de la segunda mitad del siglo XX. Empañada su vista con el romanticismo militante, tuvo una fascinación por el marxismo-leninismo y otras variantes, queriendo reparar las desigualdades del mundo con violencia y derramamientos de sangre. Latinoamérica, principalmente, ha sufrido —y sufre aún— los excesos de estas formas de concebir el mundo. Desde la guerrilla, el terrorismo o desde el poder, la ideología anacrónica aún persiste, dándose cada cierto tiempo un baño de legitimidad en su desprecio por la libertad económica. El fanatismo profundo acaso sea un mal irremediable.

El otro ejemplo es la generación llamada *millennia*² (o, al menos, parte de ella). Aunque

1 Es cierto que también hay vertientes del protestantismo y catolicismo que resaltan la importancia del ahorro y el trabajo. En el primer caso, Weber —entre otros— entrega aportes históricos y sociológicos profundos. En el caso de la religión católica, la Escuela de Salamanca y los detentores de su legado deben ser mencionados. Sin embargo, por el manejo de la propaganda y las apreciaciones de los jerarcas católicos de la actualidad, se tiene una clara tendencia a satanizar el capitalismo.

2 Sobre la precisión del rango etario existen diversos criterios; sin embargo, para los efectos de este ensayo se toma a la generación que vivió las grandes transformaciones tecnológicas, aproximadamente los nacidos entre 1983 y 2000, según el *Public Interest Research Group*.

en su mayoría, culturalmente, es crítica al sistema de libre mercado, señalando sus aparentes injusticias, paradójicamente; es la que emplea de mejor manera la idea de emprendimientos independientes, con horarios y reglas propias; acciones que son opuestas a regulaciones y controles estatales. Es en el mercado libre donde ponen en circulación las ofertas de bienes y servicios, y en el que necesitan constantemente innovar. Principal pero no exclusivamente, a partir de esta generación, la defensa debe concentrarse en los ideales que analizaremos a continuación.

Oponiéndose a estas percepciones mencionadas y refutando sus postulados, afirmamos que hay un elemento humano que reside en el libre comercio y tiene que ver directamente con los logros del individuo. Si pensamos en ambientes cerrados y dirigidos por voluntades políticas, no existe la posibilidad de que libere y explote todo su potencial. Incluso en la elección de oficios y labores, la vida no es tan corta como se dice. El libre mercado le permite al hombre ir buscando un camino adecuado a sus ambiciones, intereses y talentos. Alterar su oficio, aprendiendo, profundizando y complementándolo con otros, solo es posible cuando los preceptos de libertad se respetan, al menos medianamente, en la sociedad.

Es cierto que los incentivos económicos son muchas veces los primeros en la consideración, y esto no debe ser satanizado. Pero también existe la faceta de realización: muy pocas cosas existen que sean tan gratificantes para un emprendedor como ver en la realidad plasmados los proyectos que su mente previamente ha planificado. Esto le da al libre mercado el elemento pasional y emotivo que suele acusársele en falta. Tras la maquinación de cifras, están hombre y mujeres trabajando, voluntades poniéndose de acuerdo pacíficamente, sin la necesidad de burócratas o ingenieros sociales sobredimensionados.

A esto puede añadirse una auténtica consideración de la lógica del esfuerzo. Lejana a las utopías de paraísos terrenales que acostumbran venderse desde el colectivismo, el liberalismo económico tiene como pilar el empeño constante. Es precisamente el empeño un valor transversal, pues, contrario a lo que piensan los redistribuidores y defensores de la justicia social, el libre mercado representa un conjunto de oportunidades sin considerar el tamaño de

la labor. Es decir, un emprendimiento artesanal, pequeño o familiar, en el fondo humano y filosófico está asentando con la misma validez que una multinacional. Las diferencias, por supuesto, radican en los recursos, alcance y otras variables económicas. Pero ambos se pueden nutrir y fortalecer únicamente en ambientes con la menor hostilidad posible: garantizando propiedad privada y seguridad jurídica, evitando excesivas regulaciones y cargas sociales, y generando confianza en las reglas e instituciones.

La promesa liberal en la economía –si es que existe– no es total; rechaza el delirio de gloria y derroche fácil para todos. Nuestra principal fortaleza está en combatir por una sociedad y civilización que no le arrebaten al hombre la opción de soñar proyectos y de llevarlos a la realidad, cohesionando libertad económica y política. Es posible que de este modo el bienestar esté más al alcance en el horizonte. Para esto, nuestra defensa no está solamente en cifras e indicadores, sino también en un sistema de valores y una tradición singular que se adapta a los nuevos tiempos, pero en su esencia permanece íntegra e inherente a las ideas de progreso y a la condición humana.



La envidia y demanda igualitaria: imposiciones perversas

Silvia Aleman Menduinna

El Estado bueno

El Estado no produce nada, pero debe vivir haciendo uso de su poder, es el dueño. Necesitará confiscar la producción y los bienes de los otros. Activará entonces regulaciones sobre las acciones, rentas y riquezas de los otros. Si no lo logra, activará la coacción, igualmente regulada y legitimada. El Estado será el poder; los otros, los obedientes súbditos. La coacción tiende a anular, a rebasar, las capacidades de los individuos. Si esta coacción es sistemática en apelación a las emociones, con lemas vacíos pero vigorosos, como “el bien común” o “todos somos iguales”, entonces los individuos, no solo se tornarán en dependientes, llegarán incluso a ser amantes del Estado, más si es de “bienestar”.

¿Qué puede ser más grande y poderoso que el Estado del bienestar? El estado del bienestar. En el siglo pasado se dio lugar al concepto de bienestar desde el Estado. Se consideró entonces la urgencia de dar respuesta a las necesidades de una población a través del suministro de bienes públicos y la redistribución de la riqueza. Este hecho, sin embargo, también es atentatorio a las capacidades de las personas y sus vidas. Esto tiene dos consecuencias trágicas: le da al Estado el poder de formar nuestras vidas y lleva a una sociedad donde la irresponsabilidad se generaliza. ¿Para qué trabajar o emprender cuando otro, de todas maneras, nos garantiza nuestro “derecho” al bienestar? (Rojas, 2012).

Pero el único curso “natural” para la supervivencia del hombre y la obtención de riqueza es el propio hombre, con base en el uso de su mente y energía para dedicarse al proceso de la producción e intercambio (Rothbard, 2008) Entonces ¿vivimos en universos paralelos? Si, el otro, el real es fascinante, éste es el universo donde las personas son correspondidas por sus esfuerzos. Donde unos y otros, acorde a sus capacidades otorgan los productos bienes y o servicio, sin coacción y de manera libre. ¿No es fascinante? Desde sus orígenes, los seres humanos intercambian y cooperan con otros.

Esta cooperación necesita que las personas sean distintas, no iguales; tienen guerras también, pero sucede bajo el libre albedrío.

¿Por qué razón se debería igualar a los seres humanos? Este es un atentado al propio razonamiento. ¿Es válido el justificativo de redistribución de riqueza? ¿Quién se atribuye la capacidad de nivelar, igualar, reducir o hacer próspera a una sociedad? El Estado. ¿Quién podría quitar la renta a los ricos para dársela a los pobres? El Estado. ¿Cuál sería el discurso probado y eximio en el corazón de la gente? La igualdad.

Pocos se oponen a esas limitaciones perversas, por lo tanto, al Estado. Así, este ente abstracto se hace amo y señor de rentas y haciendas. Rentas que el político de turno extrae al conjunto de la sociedad para dárselas a los grupos que entiende que es pertinente que las reciban. Normalmente favorece a los grupos de presión, que están bien organizados y pueden ejercer influencia sobre el Gobierno (Bastos, 2015).

El Distribuidor

¿Cómo es posible repartir la ganancia, el esfuerzo, las rentas de unos para dársela a otros? Tan solo este hecho ya debería ser juzgado como corrupto. Por lo demás, el dispositivo de redistribución de las rentas no funciona. Igualar la renta mediante la redistribución forzosa deriva en la destrucción de la riqueza y la renta. Impacta además en las capacidades, incentivos, creatividad, innovación, esfuerzo y aporte en los demás. Si ellos trabajan, ¿para qué lo haría usted? Por otro lado, si yo soy el que arriesga capital, tiempo y trabajo, ¿por qué tendría que repartir todo ese esfuerzo y ganancias con otros?

No obstante de los incentivos perversos distribuidos e inalterables en las políticas sociales, las ansias por la igualdad no están satisfechas. En realidad, el problema no es lo que a los otros le falta, sino en lo que los otros tienen. Esta es, pues, la envidia. Es el sentimiento y comportamiento de quien agudiza su apetito por más

concesiones y anhela secretamente superioridad y revancha (Hazlitt, 2013).

La envidia igualitaria

Las demandas igualitarias emergen de lo más profundo de las emociones menoscabadas y vinculadas a sentimientos de pérdida y vaciedad. “La envidia igualitaria es satisfacer transitoria y localmente el precio de la involución cultural y económica. Cuanto más caiga una sociedad en la incitación envidiosa, más frenará su marcha. El igualitarismo ni siquiera es una utopía soñada; es una pesadilla imposible” (Fernández de la Mora, G., 2011, p. 6).

Para Gonzalo Fernández de la Mora (2011), la envidia nace de la situación natural de superioridad del otro y que el envidioso quiere hacer desaparecer. Esa la razón de exigir la igualdad entre los inferiores y los superiores. Adicionalmente, la clase dirigente escinde a las masas en agrupaciones contrapuestas, dividiendo a los gobernados en presuntos “privilegiados” y en “pueblo”, “privilegiados” u explotadores”, fomentando de esta forma la envidia colectiva.

Y es que, según el filósofo alemán Max Scheler¹, el resentimiento es la clave de todas las cosas del mundo, y la envidia es sólo una continua cadena de venganzas contra su pasado espiritual. En su análisis, Scheler argumenta que tanto la envidia como el resentimiento tienen relación con el mundo espiritual de los individuos. Es la génesis de la moral y la inversión de valores. Pues son los valores superiores e inferiores lo que distinguen a los individuos. Así, al igual que para Fernández de la Mora, para Scheler, el resentimiento y la envidia, nace de los individuos que se sienten inferiores, esencialmente.

Nietzsche², en cambio, distinguiría el resentimiento como atributo de la moral cristiana,

de la caridad. Argumentaba que la religión nunca había pretendido decir la verdad y que había caído en el mismo error de la metafísica, reivindicando para sí la trascendencia y el mundo sobrenatural. Arremete contra la tradición judeocristiana y contra las religiones. Rechaza los valores dionisiacos de la Antigüedad clásica, inventando un mundo ideal, inexistente, y considera que la caridad, la castidad, la humildad y la paciencia son vistas como valores sólo por los débiles, por los que no tienen fuerza para superar la opresión y las situaciones de injusticia.

Scheler rechaza esta visión de Nietzsche. Argumenta que la moral cristiana no tiene nada que ver y no está inspirada en absoluto por el resentimiento. El amor cristiano, apunta, aún de sus imperfecciones, no es un movimiento que va desde lo imperfecto a lo perfecto, ni significa el deseo de algo que no se tiene. El amor cristiano tiene valor en sí mismo, y no por su relación a un estado de debilidad o insatisfacción, concluye.

Scheler afirma que el amor cristiano no puede ser interpretado como un simple socialismo igualitarista, o como la búsqueda de una simple paz externa o de un ideal social, sino que es ante todo algo interior (Scheler, pp.103-104, 130-136).

Además, y a diferencia de Nietzsche, Scheler afirma que el resentimiento y la envidia surgen de la moral burguesa, de los valores en la moral moderna. De estos aspectos que han transformado el amor cristiano en pura filantropía sentimental, que lo reduce a la simpatía, a la emoción, o a un sentimiento de lástima, con lo cual, se auspicia el resentimiento e incluso la repulsa a Dios.

Hay, pues, una inversión en la jerarquía de valores. Se juzga como superiores a unos valores que se pueden realizar y, como despreciables, a otros valores que son inaccesibles para el sujeto. Para la justicia, esta inversión de los valores, explicaría el sentido del igualitarismo. Así, en términos económicos, el ahorro pasaría a ser una necesidad, un sacrificio, una virtud. Nunca una preferencia temporal, a decir de los economistas austriacos.

Bajo estos argumentos Scheler considera que el resentimiento es en realidad un fenómeno

1 Profesor en Colonia (1919) y en Frankfurt (1928), se adscribió a la corriente fenomenológica de Husserl. En una primera etapa, criticó la ética formalista kantiana desde la tesis de que todo juicio moral se basa en una asunción intuitiva de valores materiales que no se puede traducir a una regla racional. Su obra más representativa de este periodo es *El formalismo en la ética y la ética de los valores materiales* (1916). Justificó su posterior conversión al catolicismo en *De lo eterno en el hombre* (1921).

2 Nietzsche fue un filósofo que percibió con amargura y profundidad este problema del resentimiento en la época moderna (May, 1976, p.123), y que lo situó en la base de la distinción que él llevara a cabo entre moral de esclavos y moral, concediéndole una importancia decisiva

en la genealogía de la moral que es el título de la obra dedicada a estudiar este tema. El Resentimiento. Problemas en su definición (2014) <http://www.escuelaculturadepaz.org/site/>

psicológico basado en la conciencia de la propia incapacidad. Por tal motivo desea la venganza.

Define Scheler al resentimiento como una *autointoxicación psíquica* debido a las descargas emocionales y afectivas, como la desconfianza. El proceso de la envidia no trata de un impulso de venganza natural e inmediata; trata más bien de la conciencia de impotencia, que frena ese impulso, pero se acumula y retrasa el contra-ataque. (Scheler, 1928).

Ludwig von Mises, economista austriaco, explicaba el socialismo desde el resentimiento, indicando «las gentes se convierten al socialismo porque creen que mejora su suerte, y odian al capitalismo porque creen que les perjudica; son socialistas porque les ciega la envidia y la ignorancia (Von Mises, 1956, pág. 113).

Las personas, en general, parecen estar atrapadas en esos códigos morales inevitable de los valores superiores e inferiores. Van demandando la igualdad, aún de la forma inmoral de su constitución. Es clara la aseveración de Mises y la experiencia confrontada, frente a la incomparable superioridad del nivel de vida en la América capitalista, comparada con el paraíso soviético (Von Mises, 1956, pág. 113)

Para el gran psicólogo evolucionista Steven Pinker (1992), la envidia no es un impulso primitivo e irracional. Es el fruto casi inevitable de la dinámica de los organismos sociales racionales, que procuran su propio interés. Se trata de sentimientos que la propia selección natural pudo haber instalado en nuestro cerebro, al igual que los sentimientos humanos universales como el orgullo, la ira, la venganza y el amor. El resentimiento surgido desde el sentimiento de inferioridad, podrían haber sido unos rasgos adaptativos, de cuyas emociones morales y funcionales, emergieron las aptitudes para la supervivencia.

La demanda igualitaria

Por supuesto, un marco conceptual como el señalado arriba abre la gran posibilidad de convertir un comportamiento intrínsecamente individual en uno colectivo. (Sperber, 1985 Ibarz y León 2004). La negación de la naturaleza humana, su sentido genético y sus rasgos peculiares tienden a ser sustituidos por constructos sociales, donde todas las posibilidades y funciones biológicas no son, se aprenden.

Inclusive las hostilidades durante la interacción se tornan en conductas colectivas, impidiendo la ruptura con la norma, exaltando la igualdad por sobre las diferencias. Por ello aparece que la causa determinante de un hecho se debe buscar entre los hechos sociales precedentes, y no entre los estados de la conciencia individual (Durkheim, 1895/1962, Portantiero, 1985).

Teóricos como Franz Boas (1858-1942; Pinker, 1992) refuerzan las teorías culturalistas y antropológicas, sustentando que las diferencias entre las razas humanas y los grupos étnicos no proceden de su constitución física, sino de su cultura y ese es el origen para la construcción del igualitarismo. Afirmado el igualitarismo, pronto se torna en igualdad política, construcción impuesta en la mente de las personas, en versiones y acciones, quizás más contemporáneas: la igualdad de oportunidades, en espera de iguales resultados. Esa implícita negación de las naturales diferencias y variabilidad humana, pronto se traduce la imposición de lo *políticamente correcto*, aunque en esencia se haya perdido la libertad individual. O pocos la entienden ya.

Es cuando por obediencia, presión y aprendizajes social se tiende a señalar que “nosotros somos el estado”, frase que Rothbard (1974) condenaría, como absurda. Frecuentemente olvidamos que nuestros rasgos y comportamiento están programados en redes neuronales y que nuestros genes moldean nuestros cerebros, los cuales luego se nutren de la información circundante propia de cada entorno cultural.

Naturalmente, con la envidia vinculada a demandas igualitaristas, los gobiernos fomentarán la envidia colectiva. Así, se auspicia la permanencia y logro de adeptos. Particularmente, son los partidos de izquierda quienes exaltan la envidia colectiva; este el lazo para el logro de mayores adeptos, en cantidad. A mayor cantidad de adscritos, por supuesto, apelando a iguales todos, se legitima la doctrina del progreso, utilizada políticamente.

Fernández de la Mora sustenta entonces que, planteada de esa forma, la ilusoria pretensión igualitaria se habrá logrado el cercenamiento de los mejores para ofrecer todo a todos, menos el logro de su esfuerzo, personal, propio. El estímulo es nulo; la superación y la emulación se encuentran ausentes de dicha mentalidad, no

así el de la derecha, que le evita acudir al recurso de la envidia colectiva, sentimiento ampliamente vituperado por ella (págs. 131-133).

Imposiciones perversas

En el devenir, coexistimos con la imposición. Suele ser perversa. Somos producto de las escuelas del pensamiento positivista, sociologías fecundadas en el autoritarismo, bajo conceptos marxistas como las *clases sociales*. Versiones modernas, on line, de la psicología ecológica, de entorno y rápida negación de la existencia de asociaciones neuronales para la explicación central del comportamiento humano.

Es perverso, pues pocos han sido y son los esfuerzos por comprender la conducta humana desde la perspectiva biológica y desde el funcionamiento de la mente. La negación de la naturaleza humana se ha extendido más allá del ámbito académico y esto ha llevado a una desconexión entre la vida intelectual y el sentido común, dado que las teorías opuestas de la naturaleza humana se han entrelazado en diferentes sistemas políticos, logrando, frecuentemente grandes conflictos a lo largo de la historia. (Pinker, 1992).

Si los individuos supiesen del valor y fundamentos y de la constitución de sus mentes, se incrementaría la cooperación social y la empresarialidad. Se reconocería con mayor nitidez el valor del orden espontáneo del mercado, como el único sistema verdaderamente viable y compatible con la naturaleza del ser humano (Huerta de Soto, 2012).

Se reconocerían, de manera natural, los límites demarcatorios de la propiedad privada del otro, de uno mismo. Se reconocería el derecho individual y los actos libres y voluntarios de unos y de los otros. Pero tan vitales hechos no pueden ser claramente reconocidos, precisamente en los países más pobres. En ellos, prima el discurso, y la proclama por la demanda de la igualdad económica, lo cual, solo señala dos caminos, el igualarnos en la extrema riqueza, o en la extrema miseria. El primer extremo es imposible porque no vivimos en el paraíso, donde la escasez no existe. El segundo en cambio sí es realizable, sería solo cuestión de que el Estado confisque parte de las propiedades de unos para repartirla a los otros, al grupo de “desfavorecidos” (Barba, 2012).

Epílogo

La mente es el principal instrumento de libertad de los individuos. La negación de ello permite la imposición del positivismo. Así, se garantiza un comportamiento colectivo, habitualmente orientado hacia el camino de servidumbre. En el camino, el individuo será reconocido por un número como señal y código, esperando vivir o sobrevivir, en una esquina para-estatal, cualquiera. ¿No es perverso?

Bibliografía

- Bastos, M. A (2015), *La teoría del Estado* (I). Instituto Juan de Mariana <https://www.juandemariana.org/ijm-actualidad/analisis-diario/la-teoria-del-estado-de-miguel-anxo-bastos-i-0>
- Bastos, M. A (2013), *Un reaccionario radical: El pensamiento político de Murray N. Rothbard*
- Barba, G. (2016), *¿Importa o no la desigualdad?*, <http://www.guillermobarba.com/importa-la-desigualdad/>
- Fernández de la Mora, G. (2011), *La envidia igualitaria*, Madrid, Áltera. c2011.
- Huerta de Soto, J. (2012), *Liberalismo versus anarcocapitalismo*. Instituto Mises, <http://www.miseshispano.org/2012/01/liberalismo-versus->
- Hazlitt H. (2013), *Del apaciguamiento de la envidia*. Instituto Mises, economía austriaca y ética libertaria. <http://www.miseshispano.org/2013/07/del-apaciguamiento-de-la-envidia/>
- Mises Institute (2008), *Anatomía del Estado*, Rothbard, M. (1974), *Capítulo 3 de El igualitarismo como una revuelta contra la Naturaleza y otros ensayos* <http://www.miseshispano.org/2015/02/anatomia-del-estado/>
- Oberst, U. Ibarz, V. León, R. (2004), *La psicología individual de Alfred Adler y la psicósintesis de Oliver Brachfeld*, Rev. de Neuro-Psiquiat. 2004; 67(1-2):31-44 Revista de Neuro-Psiquiatría 2004; 67: 31-44
- Pinker, s. (1992), *La tabla rasa (la negación moderna de la naturaleza humana)*. Editorial Paidós Ibérica, Barcelona.
- Pinker, S. (2012), *Los ángeles que llevamos dentro*. Edición Paidós Ibérica, ISBN: 9788449327636. Madrid
- Portantiero, JC: (1985), *La sociología clásica: Durkheim y Weber*, CEAL. Buenos Aires.
- Rojas, M. (2012) El fraude del Estado de Bienestar El Cato. Org <http://www.elcato.org/el-fraude-del-estado-de-bienestar>
- Rothbard, M. (2008), *Man, Economy and State: With Power and Market*. Scholar's Edition
- Scheler, Max. *El resentimiento en la moral* (1988) Unión Edición autoriza en América por la Revista de Occidente. Editora, Espasa Calpe. S.A. Buenos Aires.
- Von Mises, L. (1956), *La mentalidad anticapitalista*. Unión Editorial S.A., Madrid.

Estructura, superestructura y lenguaje minero

Juan Marcelo Columba-Fernández

El marxismo clásico considera que la producción social de la existencia humana está sujeta al establecimiento de “relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad”.¹ La perspectiva marxista señala también que sobre la base de esta estructura económica se erige una superestructura (*überbau*) o supraconstrucción de instituciones jurídicas y políticas, a la cual corresponden ciertas ideas, teorías y otras formas de conciencia social².

La aplicación de estos postulados marxistas en el ámbito de la lingüística soviética llevó al filólogo armenio Nikolai Marr (1864-1934) a plantear una “Nueva teoría del lenguaje” en la que la lengua era considerada como una superestructura. El planteamiento marrista originó, a mediados de siglo XX, una célebre controversia plasmada en las páginas del diario moscovita *Pravda*, donde la lingüística marxista planteada por Marr quedó oficialmente invalidada por la intervención pública de Iósif Stalin, presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética³.

El 29 de junio de 1950, en un artículo titulado «A propósito del marxismo en lingüística», el hombre de Estado soviético argumentaba contra la lingüística marrista, tomando como ejemplo el caso de la lengua rusa y señalando que el idioma no pertenece al ámbito de la superestructura social pues la estructura lingüística nuclear (gramática y léxico) se mantiene a pesar de los cambios en la base económica y sus correspondientes mutaciones en la superestructura ideológico-institucional:

[...] el idioma se diferencia radicalmente de la superestructura. Tomemos, por ejemplo,

la sociedad rusa y su lengua rusa. En el curso de los 30 años últimos, en Rusia fue liquidada la vieja base capitalista y construida una base nueva, socialista. En consonancia con esto, fue liquidada la superestructura existente sobre la base capitalista y creada una nueva superestructura, que corresponde a la base socialista. [...] Pero, a pesar de ello, la lengua rusa ha continuado siendo, en lo fundamental, la misma [...]. Por lo que se refiere al léxico fundamental y al sistema gramatical de la lengua rusa, que constituyen la base del idioma, lejos de ser liquidados y sustituidos por un nuevo léxico fundamental y por un nuevo sistema gramatical después de la liquidación de la base capitalista, por el contrario, se han conservado en su integridad y se han mantenido sin serias modificaciones [...]⁴.

Habiendo establecido la invariabilidad del núcleo léxico y gramatical resultantes del devenir histórico de centenares de generaciones, Stalin concibe la lengua al interior de las fuerzas productivas a la par de los instrumentos de producción:

El idioma no es engendrado por una u otra base [económica], por la vieja o la nueva base en el seno de la sociedad dada, sino por todo el curso de la historia de la sociedad [...] el idioma, diferenciándose por principio de la superestructura, no se diferencia, sin embargo, de los instrumentos de producción, por ejemplo, de las máquinas, que son tan indiferentes a las clases como el idioma y que pueden servir por igual, tanto al régimen capitalista como al socialista⁵.

Al haber situado la lengua entre los medios de producción de la estructura económica, el mandatario soviético no duda en destacar la va-

1 K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, México D.F., Siglo XXI, 2008 [1859], pág. 4.

2 M. Rosental y P. Iudin, *Diccionario filosófico marxista*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1946, págs. 24-25.

3 L. Miranda, *Lingüística y marxismo. La intervención de Stalin*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1989, págs. 4-7.

4 J. Stalin, *Acerca del marxismo en la lingüística*, Santiago de Chile, s. e., 1950, págs. 3-4.

5 Stalin, *óp. cit.*, págs. 5-6.

riabilidad del léxico⁶ en directa relación con las distintas actividades productivas del hombre:

[...] el idioma refleja inmediata y directamente los cambios en la producción, sin esperar los cambios en la base. [...] Esto explica, ante todo, que el idioma, mejor dicho, su vocabulario, se encuentre en estado de cambio casi ininterrumpido. El constante crecimiento de la industria y de la agricultura, del comercio y del transporte, de la técnica y de la ciencia, exige que el idioma complete su vocabulario con nuevas palabras y expresiones, indispensables para su trabajo⁷.

Stalin subraya, así, la mutabilidad del vocabulario no-nuclear directamente ligado a ámbitos productivos especializados. Estas esferas de actividad económica emplean, de esta manera, términos y expresiones peculiares que se han caracterizado como jergas, vale decir, variedades lingüísticas que, sobre la base del idioma general, se caracterizan por poseer una colección de ciertas palabras específicas, un número de expresiones, giros idiomáticos y extranjerismos⁸.

Un documento excepcional que ilustra la peculiaridad léxica de las jergas y la relación entre el proceso productivo y las palabras que le son propias es el diccionario minero escrito por García de Llanos a inicios del siglo XVII.⁹ El mismo nos presenta definiciones que permiten conocer, a través de la jerga minera, rasgos importantes de la actividad extractiva de

minerales en estas latitudes andinas; una actividad económica que ha constituido la base de la formación social boliviana y cuyas primeras labores remontan al menos hasta 1544¹⁰.

Así, por ejemplo, si consideramos la definición de “herramienta” en García de Llanos, esta apela a una concepción enciclopédica que detalla tipos de herramientas y relaciones productivas entre determinadas clases sociales, pero también inscribe valoraciones propias al autor del diccionario:

Herramienta. La que se usa en el Cerro y los dueños de las labores tienen obligación y acostumbran dar a los indios es barretas, martillos, *combas*, cuñas y *sillos*. Comba se dice de *cumpa*, que en la [lengua] general quiere decir martillo grande; y a los que los indios daban este nombre y de que usaban para este ministerio en sus labores eran piedras muy redondas como bolas de todos tamaños, y así en las labores antiguas de Oruro y otros minerales se hallan muchas de aquel tiempo, con las cuales golpeaban dando de manteniendo, y así significa también cualquiera otra piedra redonda que puede servir de galga, y aquí se dice *combear* lo que se trabaja con este instrumento, que es lo mismo que golpear. *Sillo* se dice de *sillu*, que en la general quiere decir uña de animal de garra, y porque se forma a manera de uña, se le da el mismo nombre. Es de hierro del tamaño y hechura de una hoz vuelto al ancho de ella y no de corte y de mucho más cuerpo, y sirve para revolver los sueltos, piedras y tierra con más comodidad y menos trabajo en las labores de ellos, que con las manos se hace mal. Con esta herramienta que se les diese cumplidamente y bien acondicionada harían los indios más y aún con menos trabajo y no padecerían tanto. Mas, en esto hay el descuido y desorden que en todo lo demás¹¹.

En lo referente a las relaciones de producción, la definición introduce el vínculo entre la clase propietaria, “los dueños de las labores”, y la clase trabajadora, “los indios”; una relación por la cual los propietarios de los medios de produc-

6 La variación lingüística ligada a los ámbitos productivos de la sociedad, más recientemente, ha sido estudiada por la sociolingüística. Esta disciplina ha centrado su interés en la variación en el uso de elementos verbales asociados a factores extralingüísticos como contextos situacionales, ámbitos profesionales, grupos sociales o áreas geográficas. Véase F. Moreno Fernández, *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Barcelona, Ariel, 1998, pág. 85.

7 Stalin, *op. cit.*, págs. 7-8.

8 *Ibid.*, págs. 9-10. Las jergas se consideran variedades lingüísticas especiales definidas como conjuntos de elementos lingüísticos propios a un grupo de hablantes quienes desarrollan una actividad determinada. Estos usos característicos de gremios, generalmente en el léxico y en la fraseología, son de carácter técnico-profesional y muestran su carácter dinámico en la medida en que la desaparición y aparición de oficios van modificando las jergas o “tecnolectos”. Véase Moreno Fernández, *op. cit.*, pág. 103.

9 García de Llanos, *Diccionario y maneras de hablar que se usan en las minas y sus labores en los ingenios y beneficios de los metales*, La Paz: MUSEF, 1983 [1609].

10 C. Serrano, *Historia de la minería andina boliviana (siglos XVI-XX)*, Potosí, 2004, en línea, pág. 7.

11 García de Llanos, *op. cit.* págs. 54-55. Énfasis de la fuente consultada.

ción proporcionan a los trabajadores las herramientas necesarias para el empleo de su fuerza de trabajo en las labores mineras. En cuanto a los medios de producción puestos a disposición del trabajador minero, la definición nos remite a instrumentos propios a la labor minera de la época como las *combas* o mazos fabricados por los nativos empleando piedras redondas, además de los *sillos* que designan herramientas con forma de garras fabricadas de hierro para revolver los materiales sueltos y las piedras. El hecho de que las herramientas mencionadas ostenten una etimología vernacular (quechua) nos dejan entrever al contexto multiétnico que permitió un “intercambio de experiencias” técnicas en la actividad minera¹².

Cerrando la definición, García de Llanos no duda en realizar una crítica a la organización en las labores mineras, señalando que estas podrían producirse de manera más eficiente si se entregaran oportuna y adecuadamente las herramientas a los trabajadores. La obra diccionarística del “veedor del cerro y minas” de la Villa Imperial de Potosí¹³ incluye, asimismo, otras referencias a herramientas esenciales para el trabajo en los socavones (barretas, callapos, cajones), pero también señala las distintas tareas realizadas durante el proceso de extracción argentífera en los andes (ayzar, chacanear, pallar).

El presente escrito nos ha permitido plantear, mediante un breve recorrido por las galerías subterráneas de la lingüística soviética, una concepción instrumental de la lengua al situarla dentro de la estructura económica como un medio de producción. Asimismo, hemos podido precisar aspectos léxicos relativos a la singularidad de la jerga minera del siglo XVII, ilustrando las relaciones entre los instrumentos de producción y su vocabulario a partir del trabajo lexicográfico desarrollado por García de Llanos en la época virreinal. Probablemente, esta modesta contribución permita avizorar al prospectivo lector nuevas vetas de estudio que

brinden luces sobre rasgos del funcionamiento societal, a partir de la inscripción de definiciones léxicas en otros cuerpos diccionarísticos históricamente situados.



12 C. Serrano, *óp. cit.*, págs. 7 y 24.

13 García de Llanos fue nombrado “veedor” por el alcalde mayor de minas de Potosí. En tanto funcionario oficial el veedor debía supervisar el adecuado desenvolvimiento del trabajo dentro y fuera de la mina, labor que incluía el amparo y favorecimiento de los indios que en ella trabajaban. Véase G. Mendoza «Terminología y tecnología minera en el área andina de Charcas: García de Llanos un precursor, 1598-1611» en García de Llanos, *óp. cit.*, págs. XI-XIII.

Épica y economía en Schumpeter

Emilio Martínez Cardona

No sólo los factores racionales intervienen en las decisiones económicas. Más allá de éstos, hay una propensión psicológica hacia el riesgo que explicaría la expansión de un sistema como el capitalismo. Así lo sostiene el gran olvidado Alois Schumpeter en libros como *Teoría del desarrollo económico* y *Capitalismo, socialismo y democracia*.

En sus textos, Schumpeter plantea la existencia de una suerte de épica de la economía, a través de la manifestación de un “espíritu emprendedor” (*Unternehmergeist*), señalando que, en lo que él veía como la “época de apogeo del capitalismo”, había innumerables individuos dispuestos a arriesgarlo todo para probar nuevas ideas o intentar empresas revolucionarias.

En *Teoría del desarrollo económico* indicaba: “La función de los emprendedores es la de reformar o revolucionar las formas de producir poniendo en uso una invención o, más en general, una posibilidad tecnológica aún no probada de producir una mercancía nueva o de producir una ya conocida en una forma nueva: abriendo una nueva fuente de abastecimiento de materias primas o un nuevo mercado, reorganizando la empresa, etcétera. Actuar con confianza más allá del horizonte de lo conocido y vencer la resistencia del medio requiere aptitudes que solo están presentes en una pequeña fracción de la población y que definen tanto el tipo como la función del emprendedor”.

Por su parte, R. Heilbroner ha resumido el dilema de Schumpeter: “El capitalismo tenía todo el brillo y la emoción de un torneo caballeresco. Pero justamente en ello residía el problema. Los torneos requieren un ambiente suficientemente romántico, y en la atmósfera aburrida, prosaica y calculadora que los mismos jefes de empresa cultivaban no podía sobrevivir el viejo espíritu precursor del capitalismo. Para Schumpeter el capitalismo podía conservar su fuerza solo en la medida en que los capitalistas se comportaran como precursores y caballeros andantes [...]. Y ese tipo se estaba extinguiendo. Peor aún, estaba siendo aniquilado por la civilización que él mismo había creado”.

En *Capitalismo, socialismo y democracia*, el economista austrohúngaro planteó: “Esta función social está ya hoy en día perdiendo su importancia. [...] La innovación en sí misma está siendo reducida a una rutina. El progreso tecnológico se está convirtiendo cada vez más en un asunto de grupos de especialistas que producen lo que se les pide y realizan su trabajo de manera predecible. El romanticismo de las antiguas aventuras comerciales está rápidamente desapareciendo (...) Así, el progreso económico se hace despersonalizado y automatizado. La acción de los individuos tiende a ser remplazada por el trabajo de comités y departamentos”.

En un marco fatalista, Schumpeter lamentaba que ciertas fuerzas creadas por el propio capitalismo tendían a destruirlo, haciendo hincapié en la señalada despersonalización, que ha socializado la dirección de las empresas, sustituyendo al empresario individual por comisiones, directorios, gerencias y oficinas de grandes sociedades anónimas, cuya actitud psicológica es pasiva y conservadora.

En 1942, decía que, si pudiera repetir en los próximos cincuenta años la gigantesca obra realizada en la media centuria anterior, la economía capitalista eliminaría del mundo la pobreza, pero era pesimista sobre esto.

Lo cierto es que Schumpeter no llegó a ver ni prever la cuarta revolución industrial (o posindustrial) que vivimos en la actualidad, que ha revivido aquel espíritu heroico del riesgo y la innovación con pioneros como Bill Gates o Steve Jobs. Es inevitable no ver en la batalla de Jobs con su directorio una victoria del empresario individual y creador sobre la maquinaria despersonalizada y socializante de las grandes corporaciones.

En suma, la economía capitalista también es asunto de épica, de una cierta ética del heroísmo donde el valor intrínseco de la creación trasciende a la mera ganancia material.



De los economistas comprometidos

Enrique Fernández García

La guía espiritual de la humanidad pertenece al pequeño número de hombres que piensan por sí mismos, quienes primero ejercen su acción sobre el círculo capaz de recibir y comprender el pensamiento elaborado por otros; por este camino las ideas se extienden a las masas, donde se condensan poco a poco para formar la opinión pública de la época.

Ludwig von Mises, *Socialismo*.

En *Pensadores temerarios*, libro que se ocupa de quienes reflexionaron sin despreciar la política, Mark Lilla parte con una observación válida: el teorema del gran Euclides no es afectado por la forma en que trataría éste a sus sirvientes¹. Pudo ser un auténtico patán, impartiendo deberes con látigos de por medio, alimentando su condición superior sin ningún límite. Podía haber ocurrido también lo contrario, vale decir, comportarse de tal suerte que superase al mismo Robert Owen, célebre por la generosidad con sus trabajadores. En cualquier caso, habría una evidente distancia, cuando no desconexión, entre sus planteamientos de naturaleza teórica y aquellos que se relacionan con la práctica, incluyendo los vínculos sociales. Con todo, aun los ejercicios de un geómetra no pueden ser explicados, a cabalidad, sin las circunstancias en que vivió quien se esforzó por concebirlos. Me refiero a condiciones de su tiempo, espacio, pero asimismo al afecto sentido hacia otros y, obviamente, las particularidades que tenía la sociedad en donde se encontraba. No es lo mismo meditar en la comodidad del hogar que, pongamos por caso, hacerlo mientras nos rodean paredes y barrotes carcelarios.

Si bien la figura del intelectual se asocia, en primer lugar, con las palabras², destacándo-

se al escritor como ejemplo paradigmático al respecto³, nada impide a quien no trabaja fundamentalmente con letras, sino empleando números, desempeñar esa función. Se puede buscar un lenguaje perfecto a través de la lógica, como, entre otros, lo pretendieron Leibniz y, en cierto modo, Frege, por citar dos ejemplos⁴; sin embargo, esto no significa olvidarnos del mundo externo, peor aún de sus problemas sociales. No es sólo un tema de gustos personales; en ocasiones, la tarea puede ser impuesta casi contra nuestra voluntad. El aislamiento no garantiza tranquilidad ni tampoco librarse de las vicisitudes que afectan al semejante. En algún momento, aunque nos parezca inverosímil, el mayor silencio de nuestros despachos podría ser dinamitado por causas que, *a priori*, nos

gio y poder, aquellos con las mayores recompensas» (en *Felicidad. Un enfoque de derecho y economía*, obra compilada por Andrés Roemer; México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 237). Por desgracia, cuando esto no pasa, los ataques del intelectual pueden ser del todo feroces. Es lo que explicaría varios de los embates contra el capitalismo. Se alude, por ende, a un fenómeno en el que confluyen el gran amor propio con una frustración debida a la intrascendencia social.

1 Cf. Mark Lilla, *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política*, Barcelona: Debate, 2004 [2001], p. 22.

2 En un texto del año 1986, «¿Por qué se oponen los intelectuales al liberalismo?», cuando cuestiona a quienes recurren al pensamiento para reivindicar postulados de izquierda, Nozick define a los intelectuales como *hacedores de palabras*. Naturalmente, lo fundamental no es usar, así sea de forma ingeniosa, los diferentes vocablos que componen un idioma, sino emplearlos para expresar ideas, las cuales procuran influir en el prójimo. Pero se pretende algo más, criticado por ese libertario autor. Ocurre que ellos «esperan ser las personas mayormente valoradas en una sociedad, aquellos con el mayor presti-

3 Es válido pensar también en el filósofo. De hecho, el primer gran ejemplo de intelectual se da con Voltaire, en el siglo XVIII, cuya literatura estaba marcada por reflexiones del todo provechosas. Tendremos luego al notable Albert Camus y, más aún, Jean-Paul Sartre, quienes, además de ser distinguidos con el Nobel de Literatura, fueron filósofos, convirtiéndose en hombre de peso, apreciándose sus opiniones políticas. Como muestra de tales escritos, en el caso de Sartre, puede leerse *¿Qué es la literatura?* (Buenos Aires: Losada, 1962 [1948]); respecto a Camus, *Moral y política* (Buenos Aires: Losada, 1978 [1950]). En esas páginas, puede percibirse, sin complicaciones ni vaguedades, su compromiso de carácter intelectual. No estábamos, pues, ante personas que pudiesen contemplar la injusticia con indiferencia.

4 Para una mejor ilustración de tal cometido, puede leerse una meritoria obra de Umberto Eco: *La búsqueda de la lengua perfecta* (Barcelona: Crítica, 1999).

resultaban del todo irrelevantes. Así, surgirá la urgencia de reflexionar sobre una realidad que ya es insatisfactoria, hasta peligrosa, cuando no indignante⁵. Siguiendo esta línea, hasta sintiendo gran apego por guarismos, algoritmos y fórmulas de diversa naturaleza, podríamos levantar la mirada, ejercitar el cerebro e idear cómo cesar con alguna injusticia. Es más, para varios individuos, las acciones en el terreno de la política se considerarán forzosas, vitales⁶. De modo que, aunque fuese una encarnación del purismo, un científico podría respaldar cambios radicales en su sociedad. No sería un hecho inaudito. Freeman Dyson lo apunta muy bien cuando nos recuerda: «La ciencia como actividad subversiva tiene una larga historia. Existe una concurrida lista de científicos que estuvieron en la cárcel y otra en la que figuran aquellos que contribuyeron a sacarlos de la misma y con ello a salvarles la vida»⁷.

Confundir academia con encastillamiento es algo que puede pasar, sin lugar a dudas, pero no resulta necesariamente ideal. No discuto que trabajar con gran rigor, teorizando sin tener presente cualquiera de las preocupaciones cotidianas, sea importante. Se podrían identificar varios aportes a la humanidad que fueron posibles por contar con catedráticos tan dedicados cuanto ensimismados en sus investigaciones. Es que, docentes y todo, sus contribuciones tienen

que ver, en mayor o menor grado, con nuestra vida, así sea para incrementar los conocimientos. Perseguir que tales quehaceres sean útiles puede ser, con certeza, uno de los móviles para su realización. Por supuesto, muchos economistas pueden ser incluidos entre quienes han obrado bajo ese impulso. Pienso en uno de los dos acreedores al primer Nobel de Economía, Ragnar Anton Kittel Frisch, quien escribió con una conmovedora claridad: «Entender no es suficiente, también hay que tener compasión. No me siento feliz a menos que crea que al final los resultados de nuestros esfuerzos pueden de alguna manera ser utilizados para la mejora del bienestar del hombre común»⁸. No se trata de buscar la construcción del mundo perfecto, ya que, por desgracia, esto suele conducirnos al más indeseable panorama, uno en el cual las libertades queden suprimidas, así como también el hombre, degradado, envilecido. La pretensión puede ser más modesta, buscando, por ejemplo, aquello que, en un magnífico libro, Avisai Margalit tuvo el acierto de realzar: *La sociedad decente*⁹.

Un ejemplo de cómo relacionar academia económica con realidad social, procurando resolver sus problemas¹⁰, se nos ofrece gracias a Jean Tirole. Nobel en 2014, ha dirigido el Instituto de la Economía Industrial, una organización que trabaja sobre la base de problemas que afectan a ciudadanos de Francia y Europa. La idea central que orienta sus inquietudes ha sido expuesta en un generoso volumen, *La economía del*

5 Cedo a la tentación de recordar la exquisita descripción que hace Bernardo Ezequiel Korembit del instante en que irrumpe esa inquietud: «Un día, el intelectual –escritor, sociólogo, economista, experto en finanzas, poeta o historiador– levanta la vista del capítulo que está escribiendo o del libro que lee y piensa en los problemas que aquejan a su país. Si el gobierno es malo, hay muchos problemas que resolver, y si es bueno, patriótico y capacitado, también los habrá» (*La torre de marfil y la política*; Buenos Aires: Fides, 1952, p. 24).

6 Obviamente, se puede ser economista sin prestar atención a temas políticos. Nada condena a ocuparse de asuntos que no conciernen a su disciplina. Su compromiso no es determinado por lo académico, sino debido a móviles éticos e ideológicos. Respecto a esa separación de áreas, es oportuno recordar al maestro Ludwig von Mises: «Cabe, en este sentido, afirmar que la ciencia económica es apolítica o no política, si bien constituye la base de partida de la política en general y de cualquier efectiva actuación pública. La economía se abstiene de efectuar juicios de valor, por referirse invariablemente a los medios, nunca a los fines últimos perseguidos» (*La acción humana. Tratado de economía*; Madrid: Unión Editorial, 1980 [1949], p. 1274).

7 Freeman Dyson, *El científico rebelde*; Ciudad de México: Debate, 2018 [2006], p. 26).

8 Cita hecha por Juan Carlos de Pablo en su libro *Nobel-nomics*; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sudamericana, 2018, p. 83.

9 Comentando su espléndido contenido, el filósofo Armando Massarenti anota que Margalit «sostiene que una sociedad, antes que “justa”, como la concibe John Rawls, debe ser “decente”, es decir, debe evitar humillar a sus propios miembros» (*Instrucciones sobre cómo tomarse las cosas. Píldoras de filosofía mínima*; Madrid: Paidós, 2010 [2006], p. 140).

10 No todos están de acuerdo con el rol intelectual que, en nuestros días, desempeñaría un economista. En una espléndida obra, Alain Minc observa: «En un mundo dominado por el mercado, el poder habría debido pasar a manos de los economistas, y estos habrían podido jugar a los intelectuales, a semejanza de los filósofos de otros tiempos. Pero la conclusión es clarísima: no existe ya ninguna figura dominante en la esfera económica y los más notorios evitan embarcarse en grandes causas. Joseph Stiglitz no es Keynes, pero sobre todo evita mezclarse con desafíos morales, políticos o estratégicos» (*Una historia política de los intelectuales*; Barcelona: Duomo, 2012 [2009], p. 419-420).

bien común, cuyas páginas son tan claras cuanto provechosas, aunque no exentas de controversia. Para este autor, por ejemplo, el papel de la economía tiene que ver con documentar desigualdades, comprenderlas y sugerir políticas eficaces para su respectivo enfrentamiento. Subrayo que tiene un repertorio de temas merced a los cuales se nota su interés en asuntos despreciados por otros académicos. Resalto que trabaja bajo un convencimiento revelador del compromiso aquí tratado: «Por apasionante que sea la vida de los economistas universitarios, deben ser útiles, como colectivo, a la sociedad»¹¹.

Naturalmente, un concepto central cuando se habla de compromiso con la sociedad, por parte del académico, gira en torno a la justicia. Respecto a este gran tema, no se puede sino resaltar la figura de Amartya Kumar Sen, quien fue galardonado con el Nobel en 1998. Siendo filósofo, además de economista, ha tocado esa cuestión con singular maestría reflexiva. Es lo que se nota en uno de sus trabajos más significativos, desde mi perspectiva: *La idea de la justicia*. En esta obra, cuyas páginas dejan advertir su formación de carácter filosófico, pasa revista, aunque con ánimo crítico, a varias reflexiones que se lanzaron al respecto. Brinda muy especial atención a lo hecho por John Rawls, sin cuya *Teoría de la justicia* no se entenderían numerosos debates contemporáneos en el campo de la filosofía política¹². Más allá de la comparación que realiza entre las distintas visiones culturales sobre lo justo, destacando coincidencias, así como también desemejanzas, importa su apuesta por una postura moderada. Es que, para este pensador, no debe movernos el fin de la injusticia, como si esto fuera posible, sino, por el contrario, hacer lo necesario para lidiar con

determinadas injusticias, aun cotidianas, pero reconociendo la imposibilidad de una victoria definitiva. ¿Por qué pensar en acabar, de una vez y para siempre, con la corrupción o, entre otros males, la pobreza? Lo sensato sería esforzarse por avances paulatinos, rechazando propuestas que no buscan sino alentar ilusiones, engañar al semejante, fomentar derroches.

El compromiso puede tener tono combativo. Un ejemplo descolante al respecto es el de Friedrich August von Hayek, quien fue galardonado en 1974, un año después del deceso de su maestro, Ludwig von Mises. Pasa que sus críticas en contra del colectivismo, en donde subrayaba coincidencias entre fascismo y socialismo, se plasmaron en un volumen indiscutiblemente provechoso: *Camino de servidumbre*, de 1944. No había solamente cuestionamientos a los razonamientos que llevan el signo de Marx. Su pretensión no se limitaba, pues, a contradecir esos postulados. Lo que procuraba era advertir a sus conciudadanos sobre los peligros de seguir ese camino. La predilección por ideas socialistas serviría, conforme a su entendimiento, para dirigirlos hacia el derrotero que habían sufrido alemanes e italianos con sus regímenes fascistas, al igual que los rusos, en especial, durante los años estalinianos. Es verdad que dicho libro no se relaciona, en absoluto, con ninguna rigurosidad científico-económica. De hecho, este distanciamiento disciplinario le granjeó varias críticas. Acoto que la enorme notoriedad del libro le llegó a resultar molesta; había, pues, desde su perspectiva, otros criterios para sentirse orgulloso o, al menos, mucho más complacido. Sin embargo, tal como lo precisa en 1976, es un libro que fue concebido para evitar graves peligros¹³. Cabe apuntar que, en su caso, no se limitó a la crítica, incluyendo esas predicciones de orden totalitario. Pocas propuestas teóricas son tan provechosas para entender las líneas centrales de la sociedad como *Los fundamentos de la libertad*, magnífico volumen de 1960.

Desde luego, el economista como intelectual tiene una participación pública. De esta forma,

11 Jean Tirole, *La economía del bien común*, Barcelona: Taurus, 2017 [2016], p. 21.

12 Como es sabido, la refutación de mayor nombradía pertenece a Robert Nozick, titulándose *Anarquía, Estado y utopía* (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2012 [1974]), aunque varios de los postulados que contiene fueron después desestimados por su autor. Allí, en una de sus líneas más antitéticas de Rawls, ese lúcido filósofo señala: «Usar a uno de estos individuos en beneficio de otros es usarlo a él y beneficiar a otros. Lo que ocurre es algo que se le hace a él por el bien de otros. Hablar de un bien social superior encubre esta situación (¿intencionalmente?). Usar a una persona en esta forma no respeta, ni toma en cuenta suficientemente, el hecho de que es una persona separada, que ésta es la única vida que tiene» (pp. 44-45).

13 Al prologar la edición de 1976, Hayek expresa que, si bien, en principio, le causaba molestia su inmediata asociación con *Camino de servidumbre*, dejándose en un segundo plano al resto de su trabajo científico, su opinión cambió posteriormente. Pasa que, con el paso del tiempo, quedó claro que sus observaciones y advertencias no eran para nada infundadas.

recurriendo a los medios, acomete influir en el prójimo. Con este fin, puede usar un tono profesoral, intentando ser lo más objetivo posible al formular sus ideas, o, por lo contrario, defender enfáticamente su ideario. En este último caso, no se puede sino recordar a Milton Friedman, ganador del premio el año 1976. La exitosa serie de televisión que, junto a su esposa, Rose, lo tuvo como protagonista, *Libertad de elegir*, así como el libro publicado bajo ese mismo nombre, lo pusieron en una situación privilegiada. Su palabra era tomada en cuenta cuando se tocaban temas de controversia, como el servicio militar obligatorio, los debates de inmigración, la legalización de las drogas, etc. Además de su versación en campos que analizaba, corresponde resaltar su sentido del humor. Para demasiadas personas, los debates deben ser acontecimientos que lleven el infaltable signo de la solemnidad. En este sentido, al propugnar o refutar cualquier clase de idea, se espera que todo esto sea acompañado por miradas adustas, tonos profesorales, sin esbozar sonrisas ni apartarse del esquema lógico. Lo cierto es que las reflexiones no son incompatibles con la risa. Friedman lo demostró en varias oportunidades. Una de sus más conocidas humoradas decía que, si el Gobierno se hacía cargo del desierto del Sahara, habría escasez de arena en cinco años. Esto no significa la reivindicación del extremo, a saber: convertir las discusiones en certámenes que buscan la respuesta más ocurrente, chistosa u ofensiva. La inteligencia posibilita que encontremos un justo medio.

Pero el uso de la palabra con fines combativos no ha sido explotado sólo para dicha del liberalismo, como cuando evocamos a Hayek y Friedman. Hay dos muestras, entre otras, bastante significativas de quienes, en términos ideológicos, defienden una postura crítica al respecto. Me refiero, para comenzar, a Joseph Eugene Stiglitz, economista que fue galardonado con el Nobel en 2001. En este caso, valiéndose del prestigio que le dio tal reconocimiento, otorgado gracias a sus aportes a la teoría de la información asimétrica, ha tomado diversos escenarios del mundo para cuestionar a la globalización¹⁴.

14 Una de sus obras más conocidas, fuera del campo académico, es *El malestar en la globalización* (Buenos Aires: Taurus, 2002). De manera categórica, pese a lo discutible del aserto, escribe allí: «El descontento con la globalización no surge sólo de la aparente primacía de la econo-

Además, siendo tributario del keynesianismo, ha criticado medidas que se han aplicado en aras de una mayor libertad económica. Acéntuó que, a diferencia de otros galardonados, él se ha ocupado de Latinoamérica, aunque con objeciones que no suelen distinguirse por la sensatez. Durante los últimos años, Stiglitz se ha concentrado en denunciar la existencia de un problema que, para él, no sería sino fundamental: la desigualdad. A propósito, ha sido ésta una idea de gran impacto, siendo muy bien explotada por un detractor de la economía de mercado: Thomas Piketty. Ciertamente, con su *El capital en el siglo XXI* y, más aún, *La economía de las desigualdades*, dicho autor cree haber descubierto la piedra filosofal para entender nuestra problemática¹⁵. Nunca será inútil acen- tuar que el principal problema que se plantea no es la desigualdad, sino su origen ilegítimo, es decir, injusto. Lo criticable es que, para este tipo de individuos, toda desigualdad fundada en el capitalismo sería ilegítima. Poco se dice sobre lo catastrófico que resulta el encumbramiento, siempre teórico, del igualitarismo. No digo que, con gran júbilo, reivindicuen lo expuesto en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Las atrocidades y absurdos económicos fueron tan evidentes en el siglo XX que su negación u omisión son demasiado ineludibles si se aspira a ser alguien más o menos informado. No obstante, prefieren cargar tinta contra el único sistema que, pese a maldiciones y pronósticos apocalípticos, no sólo que se ha mantenido vigente, sino que también contribuyó al mejoramiento de nuestra realidad.

El otro ejemplo de un economista comprometido y crítico del capitalismo, en suma, se da gracias a Paul Robin Krugman. Distinguido con el Nobel en 2008, ha usado su columna de opinión, publicada por *The New York Times*, para pronunciarse sobre diferentes asuntos con trascendencia política. En su momento, por

mía sobre todo lo demás, sino del predominio de una visión concreta de la economía —el fundamentalismo de mercado— sobre todas las demás visiones» (p. 307).

15 En su más reciente obra, *Capital e ideología*, Piketty mantiene su línea crítica. En esta ocasión, se agradece su reivindicación de las ideas, puesto que nos distancia del economicismo; sin embargo, la valoración del mundo teórico no asegura que las opiniones lanzadas conforme a esa lógica sean atinadas. Así, por mucho esfuerzo reflexivo que hubiesen demandado, hay descripciones, explicaciones o, en general, precisiones conceptuales con las cuales no se puede sino estar en franco desacuerdo.

ejemplo, asumió una posición militante, rechazando la reelección de George W. Bush, dedicando todo un libro al respecto, *El gran engaño*, volumen que fue publicado en 2003. Mas sus observaciones en favor de medidas keynesianas, las cuales procuran estimular la economía con recursos públicos, entre otros elementos, han rebasado las fronteras de los Estados Unidos. En efecto, el mundo no le ha resultado indiferente para su ejercicio de la razón crítica. En los últimos tiempos, verbigracia, se ha ocupado de la crisis argentina. Así, en redes sociales, ha responsabilizado al Gobierno de Macri del severo problema que vive su país. Censura su endeudamiento; además, aprovecha para el lanzamiento de dardos en contra del Fondo Monetario Internacional. Vale la pena destacar que sus cuestionamientos tienen un acento especial cuando se dirige contra quienes no le resultan simpáticos, dejando de lado cualquier indulgencia; no pasa lo mismo con gente como Barack Obama, cuyos despropósitos nunca fueron objeto de sus despiadados y categóricos ataques.

No se podría terminar esta reflexión sin un matiz indiscutiblemente necesario. Sucede que, aunque un intelectual, sea este literato, filósofo o economista, entre otros oficios, tenga gran estima por sus ideas, pueden resultar del todo insignificantes para el prójimo. Es que, aunque, como pasó con Schopenhauer o Nietzsche, estemos convencidos de cuán favorables para la humanidad entera serían nuestras meditaciones, a veces, su influencia puede ser nula. No es normal, por ejemplo, que un grupo de académicos sea invitado a concretar programas para transformar un país¹⁶. Se dio en Chile, como es sabido, con los célebres *Chicago Boys*; empero, es un suceso que sobresale por su rareza¹⁷. En general, desde el poder político, a los hombres

de ideas se les aprecia por otros aspectos. Kissinger, por ejemplo, destacaba otro fin: «Lo que el político quiere del intelectual no son ideas sino apoyo»¹⁸. Pese a ello, desde mi perspectiva, nada se puede reprochar al que procede con la esperanza de ser escuchado. Más aún, su posicionamiento debe considerarse meritorio, ya que denota un interés cívico, una convicción susceptible de ser explotada en debates concebidos para resolver problemas sociales. Al final, hayan sido o no galardonados con el Nobel, son ciudadanos; como tales, tienen derecho a plantear ideas que nos ayuden a convivir. Yo estimo que, en rigor, todos deberíamos de preocuparnos al respecto, abandonando apatías, tibiezas y demás actitudes reprochables. A veces, no debemos pensar tanto en los errores como reflexionar sobre la pasividad, que puede estar disfrazada de conformismo, cuando buscamos explicarnos nuestro malestar.



16 Sin la intervención de quien ejerce el poder, desde luego, todo puede quedar en especulación e hipótesis. Es que las teorías económicas, tal como lo explica don Luis Pazos, «independientemente de lo que opinen los estudiosos sobre su bondad o inutilidad, solo si las adoptan los legisladores o gobernantes de un país para convertirlas en leyes que guíen la actividad económica, para bien o para mal», son políticas económicas (*Políticas económicas*; México D. F.: Diana, 2014, p. 11).

17 Para tomar conocimiento de cómo se llevó adelante esa gesta, pero desde el punto de vista de un técnico, Hernán Büchi Buch, puede leerse su libro *La transformación económica de Chile. Del estatismo a la libertad económica* (Bogotá: Norma, 1993).

18 La cita es efectuada por Juan José Sebreli cuando, con su habitual maestría, critica aquella creencia según la cual los gobernantes pueden ser influidos, de modo decisivo, por intelectuales que estuvieran a su lado. Cf. *El malestar de la política*; Buenos Aires: Sudamericana, 2012, p. 57-58.

Popper en las nubes

Una filosofía de la historia abierta

P. A. F. Jiménez

El historicismo¹ tiene un trasfondo religioso. Karl Popper lo critica como falta de cientificidad. Sin embargo, si abstraemos los aspectos positivos su crítica, hallamos una verdadera filosofía de la historia. La labor de este trabajo es ver qué arquetipos religiosos subyacen a ésta, qué aspectos son tomados de las ciencias naturales, y evaluar si las críticas que formula al MH son justas. Para ello, en el primer subtítulo, nos dedicaremos a esclarecer los conceptos fundamentales de este ensayo. En el segundo, resumiremos lo que Popper entiende por *Historicismo Naturalista* y su crítica. En el tercero, criticaremos su postura desde tres niveles: el metafísico, el histórico y el económico. El resultado será una filosofía de la historia abierta.

Conceptos clave

Historia(s): Conjunto de hechos que dan cuenta del recorrido humano por el tiempo.

Historiografía: Disciplina que estudia estos hechos, cómo se registraron y cómo se comunicaron.

Historicidad: Rasgo o carácter histórico de un hecho, fenómeno o teoría.

Historia universal: La abstracción de una dirección o propósito en la historia total de los pueblos.

Ciencia histórica: La introducción de parámetros científicos rigurosos en la investigación histórica.

Relativismo histórico: Todo hombre es hijo de su época. No existen valores ni ideas válidas para la totalidad de la historia.

Historicismo (1): Puntos resumidos por C. M. Rama (Cruz, 1981: 13 - 14):

1. La historia es cambio, evolución, devenir perpetuo.
2. No existen verdades, ideas o valores universales y eternos.
3. Cada proceso o hecho histórico tiene su individualización absoluta dada la multiplicidad y variedad de lo humano, aunque admite el método comparativo.
4. No existe una naturaleza humana inmutable.
5. El hombre social es un ser histórico.

1 Para no complicarnos con los múltiples significados de 'historicismo' e 'historismo', cada vez que nos refiramos al historicismo será el de Popper: *Historicismo (2)*. Si dicha acepción fuera a variar en algún párrafo, se especificará en una nota al pie de página.

6. Los fenómenos psicológicos, sociales, culturales, etc., son históricos, pues el objeto de la historia es la suma de la existencia.

7. Todo juicio lógico o vulgar es juicio histórico.

8. Cada época se explica en una unidad, teniendo en cuenta antecedentes, ambiente, etc.

9. Una concepción histórica del mundo sustituye a las concepciones filosóficas o teológicas del mundo.

Historicismo (2): De Karl Popper. El fin de la ciencia social es la predicción histórica a gran escala [profecía]. Para ello, basta encontrar la ley que rige la historia.

Historicismo (3): De Mircea Eliade. Atribución de necesidad, fatalidad o determinismo a la historia profana con el fin de hacerla soportable al hombre común. Esta atribución tiene una motivación religiosa.

Filosofía de la historia: En sentido amplio, es la interpretación de la historia.

1. Kant: La historia como progreso de la razón y la libertad.

2. Voltaire: La filosofía que la historia cuenta, descubre y atraviesa.

3. Hegel: La historia como el proceso de autorrealización del espíritu absoluto.

4. Marx: La historia como proceso dialéctico animado por la lucha de clases.

5. Nietzsche: La historia como devenir perpetuo, como relato, como fábula.

6. Popper: La historia humana como campo de libertad y racionalidad, totalmente abierta y sin dirección ni sentido.

Abreviaciones

FH: *Filosofía de la historia*

FHA: *Filosofía de la historia abierta*.

HN: *Historicismo naturalista*.

HNC: *Historicismo naturalista cíclico*.

HNL: *Historicismo naturalista lineal*.

MH: *Materialismo histórico*.

LDH: *Leyes del desarrollo histórico*.

PHS: *Proposición histórica singular*.

CST: *Ciencia social técnica*.

IS: *Ingeniería social*.

IM: *Individualismo metodológico*.

AIF: *Análisis institucional fragmentario*.

3M: *Teoría de los 3 mundos*.

M1: *Mundo 1*, físico, biológico y químico.

M2: *Mundo 2*, mental subjetivo.

M3: *Mundo 3*, abstracto objetivo.

El *Historicismo* (2) según Popper

De acuerdo con Friedrich Engels (2013), la mayor contribución de Karl Marx al socialismo fue el poder superar su carácter utópico, sentimental y moralista; y así, comenzar a estudiar la historia. El *materialismo histórico* (MH) se propuso descubrir las leyes que gobiernan la historia: «La lucha de clases», que, en cierto punto, produce revoluciones que cambian radicalmente el *modo de producción* y con éste, las *relaciones sociales de producción*, dando como resultado un nuevo período histórico. Además, Marx describió cómo se produce el excedente originario y cómo el capital extrae *plusvalía* del trabajo ajeno, reproduciéndose con crisis periódicas. Estos aspectos conforman la economía política del MH. Pero no es Marx² el blanco de la crítica de Popper, sino el *historicismo* (2).

Efectivamente, el término ‘historicismo’ tuvo una suerte ambigua³. Frente a esta dificultad, Popper (2014: 19) construyó su propio concepto:

un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la *predicción histórica* es el fin principal de éstas, y que supone que este fin es alcanzable por medio del descubrimiento de los «ritmos» o los «modelos», de las «leyes» o las «tendencias» que yacen bajo la evolución de la historia.

Esto es lo que entenderemos por *historicismo* (2). Con dos variantes: *anti-naturalista* y *naturalista*. Esta última considera que los métodos de las ciencias naturales son aplicables a las ciencias sociales, al contrario de la primera. En este apartado nos ocuparemos únicamente de la segunda vertiente, por ser a la que el MH pertenece⁴.

Así, nos desplazamos del centro de la economía política –la teoría del valor⁵– a su capacidad predictiva, que en las ciencias naturales es tomada como principal evidencia de la validez de una teoría. Dice Popper (2014: 57 - 58):

Cuando hablamos de éxito en física, pensamos en el éxito de sus predicciones: y el éxito de sus predicciones puede decirse que es lo mismo que la corroboración empírica de las leyes de la física.

Para el historicista, la ciencia histórica que no predice hechos o situaciones futuras no es científica, pero esto equivale a traicionar el significado del término griego *historien*, el cual se refiere a hechos presentes y pasados (Löwith, 1949: 6). Al contrario, el historicismo sólo mira al pasado para predecir el futuro. En este sentido, es demasiado moderno⁶. Quizá por eso Popper (2014: 144) lo consideró “meramente como una parte de la boga del evolucionismo”, marca indeleble de nuestro tiempo⁷.

Cabe aclarar que la crítica de Popper al *historicismo naturalista* (HN) no es tanto una crítica a Marx como a las interpretaciones que se hicieron de su obra, en especial en el sector activista más que en el académico. Pues sobre Marx, Popper tiene una apreciación ambigua. Si bien lo reconoce como historicista, no descubre su “honesto tentativa de aplicar métodos racionales a los problemas más urgentes de la vida social” (Popper, 1974b: 77). Pero todos los resultados exitosos que su teoría pudo tener son atribuidos a un *análisis institucional fragmentario* (AIF) (p. 185), no a la capacidad predictiva del MH. La crítica de Popper va dirigida al aspecto

2 No obstante, Marx es considerado por Popper (1972b: 77) como el más grande representante del historicismo; y el marxismo, como “la forma más desarrollada y pura del historicismo”.

3 Por este motivo, excluirémos de nuestro ensayo la acepción del *Historicismo* (1) de Rama, porque oscurece la diferencia entre el relativismo histórico y el evolucionismo. Si lo colocamos entre los conceptos fundamentales es porque representa lo que normalmente se entiende por historicismo, relacionándolo con la ilustración alemana. Quedémonos con la idea de que el *Historicismo* (1) es totalmente lo contrario al *historicismo* (3), que aboga por la necesidad y el sentido.

4 No obstante, Popper recalca que el historicismo es sobre todo anti-naturalista.

5 Esto debido a que, como aduce Patrick Murray: “El valor, para Marx, es la consecuencia no del trabajo asocial, sino de una forma social específica del trabajo. Esto coloca a la teoría del valor de Marx fuera del discurso de la economía” (Robles Báez, 2005: 62). No obstante, haremos una breve referencia en el punto 3.3.

6 “[...] el pasado no ha sido, en general, asunto de la filosofía de la historia. En la medida en que nació de la ruptura del hombre moderno con todo lo anterior, la filosofía de la historia ha tendido a ocuparse más bien del futuro, a veces para moldearlo”, y así, sustituir “a las antiguas profecías religiosas”, asegura Gómez Ramos (2003: 25). Lo que es válido para la filosofía de la historia lo es también para el historicismo, que a menudo se identifican. De hecho, Popper (1974b) afirma que la filosofía de la historia de Marx es llamada ‘materialismo histórico’ (p. 94).

7 Cuando hablemos de la FHA, distinguiremos modernidad de posmodernidad. Por ahora, tal distinción no es importante.

teleológico del marxismo porque “la investigación económica de Marx está completamente supeditada a su profecía histórica” (p. 79). Para entender esta crítica, expondremos brevemente el HN que Popper (2014: 57-77) arma como blanco de sus ataques.

1.1. Lo positivo. La construcción del concepto *Historicismo naturalista* (HN).

- a. La ciencia social, al igual que la natural, ha de ser fundamentalmente empírica. La mejor forma de validar las leyes empíricas es mediante predicciones. Éstas deben ser a gran escala para compensar la falta de precisión. Esto debido a la complejidad de su objeto de estudio (la sociedad). Por ello, sus términos son más cualitativos que cuantitativos.
- b. Toda ciencia que no es experimental es histórica. Necesita de una crónica de observaciones empíricas para sus predicciones. Éstas quedan sujetas a verificación o refutación por la historia misma que ha de venir. De hecho, esta posición considera que la historia es la “única fuente empírica de la sociología”. Por tanto, la sociología es “historia teórica”.
- c. La dinámica es “la teoría de cómo y por qué ocurre algo”. Como la sociedad es ante todo dinámica, develar causas requiere siempre de un análisis histórico. Para buscar en los orígenes, debemos entender las fuerzas sociales, espirituales o materiales, que dan vida a la historia, como “ideas éticas o religiosas, o intereses económicos”.
- i. Las “únicas verdaderas leyes de la sociología son las leyes históricas”. Esto debido a que las leyes sociales no suelen aplicarse a más de un período histórico. Por tanto, para que sean verdaderas, estas leyes deben ser capaces de eslabonar períodos sucesivos. Tienen que ser *leyes del desarrollo histórico* (LDH).
- d. Hay dos clases de predicciones: tecnológicas y proféticas⁸. A diferencia de la *ciencia social técnica* (CST)⁹, que podría fundar una ade-

cuada *ingeniería social* (IS), la “ciencia histórica realiza predicciones proféticas”. Nos dice aquello que los oráculos de antaño buscaban conocer: el futuro de la humanidad (de ahí su inminente valor político). En resumen: “Las ciencias experimentales típicas son capaces de hacer predicciones tecnológicas, mientras que las que emplean principalmente observaciones no experimentales hacen profecía”¹⁰. El historicismo, así, es la “ciencia de las cosas por venir”.

- e. El HN considera que la ciencia social que no tome en cuenta las LDH es utópica. De nada sirve nadar contra la corriente. La comprensión de las fuerzas sociales es más importante que cualquier plan racional¹¹, pues son éstas las que producen revoluciones y cambian la historia.
- f. El atractivo activista del historicismo no disminuye por su determinismo. De hecho, el llamado a la acción consiste en contribuir a la llegada de un período histórico. Por ello, “la partería social es la única actividad perfectamente razonable: [...] acortar y disminuir los dolores de parto. [...] El activismo puede ser justificado en tanto que esté de acuerdo con los cambios futuros y les ayuda a realizarse”, caso contrario es utópico e irracional. De esta forma, el historicismo “niega a la razón humana el poder realizar un mundo más razonable”.
- g. Se exhorta a cambiar el mundo además de interpretarlo. Pero se sostiene que nadie puede cambiar el curso de la historia. He ahí su contradicción.

En estos ocho puntos se resume la construcción teórica (bautizada HN) de Popper, si bien en la siguiente lista se entremezclan algunos apuntes más, referentes a la visión lineal y circular de la historia. Sobre la pertinencia de esta construc-

lógico (IM) y su *análisis institucional fragmentario* (AIF).

8 Popper aclara que esta distinción es independiente de que estas predicciones sean a corto o a largo plazo. Quizá las profecías sean sólo a largo plazo, pero las predicciones tecnológicas pueden ser de ambos tipos. La astronomía suele ser a largo plazo, según la escala normal de tiempo. A la vez, la meteorología suele ser a corto plazo.

9 A la que Popper se adscribe con *su individualismo metodo-*

10 “Mientras las ciencias teóricas se interesan principalmente por la búsqueda y la experimentación de leyes universales, las ciencias históricas dan por sentadas toda clase de leyes universales y se interesan especialmente por la búsqueda y experimentación de proposiciones singulares” (Popper en Cruz, 1991: 124).

11 Por supuesto, si van junto con la tendencia general, estos planes técnicos pueden incidir en la historia. Pero su efecto dista mucho de ser el deseado, porque el mero hecho de ponerlo en práctica altera muchos factores cuya interacción puede desembocar, incluso, en el efecto contrario al deseado.

ción se ha dicho ya bastante. Unos creen que es coherente y lógica –incluso más que la original. Otros consideran que sus puntos son arbitrarios y abigarrados, sin un correlato con los autores que sostenían la doctrina. Luego daremos nuestra perspectiva. Por ahora, resumamos su (auto) crítica.

1.2. Lo negativo. La crítica al *Historicismo naturalista* (HN)

- a. La ciencia social, para el historicismo, “debe poner al descubierto la ley de evolución de la sociedad para poder predecir su futuro”. Si esta ciencia considera al mundo social cambiante, en contraste con el natural, entonces se vuelve anti–naturalista. Pero si considera que LDH es natural, se vuelve naturalista. En todo caso, es el evolucionismo el que da sentido a estas concepciones.
- b. El evolucionismo no es más que la hipótesis de una “ascendencia común consistente en formas relacionadas con las actuales”. No es una ley universal de la naturaleza, sino una *proposición histórica singular* (PHS). Una hipótesis de carácter histórico y particular, a diferencia de una verdadera ley, que es universal. De esa forma, ni el historicismo, ni su idea madre, el evolucionismo, tienen carácter legal. Por tanto, son “cientificistas”¹² (incluso cuando opera con leyes naturales como la herencia, segregación y mutación).
 1. La *hipótesis evolutiva*, aunque no sea una ley, es la hipótesis que mejor explica “los hechos en cuestión” (los referidos a la ascendencia de las especies). Pero falla cuando le impone una dirección a la cual hay que someterse. De todos modos, no deja de ser una hipótesis, como todas las leyes de la naturaleza.
 2. Las *hipótesis históricas* tampoco son leyes; son una clase de PHS. Tratan únicamente sobre acontecimientos individuales, sobre los que no cabe hacer ciencia alguna, según los antiguos griegos¹³.

c. Las leyes de la naturaleza versan sobre “el orden invariable”. El orden histórico es variable. Los individuos son libres. Pueden esculpir, mediante una CST, planes racionales que influyan fragmentariamente en el estado de nuestra sociedad. El timón lo tiene el individuo porque es libre, no la historia –determinada y profetizada, para el historicismo– que escribe en su camino.

1. Este camino está abierto, porque no podemos predecir el estado futuro de nuestros conocimientos científicos¹⁴. Y estos conocimientos¹⁵ influyen de sobremanera en la marcha de la historia.
 2. La historia es un gran proceso único, irrepetible. No tiene ritmo ni dirección. Así, “no puede haber generalizaciones” legales sobre ella. Toda atribución de esta clase es metafísica, o sea, no científica.
- d. El historicismo tiene, a su vez, dos perspectivas. Una cíclica y otra lineal.

1. El *historicismo naturalista cíclico* (HNC) se basa en los ciclos de la naturaleza: nacimiento, crecimiento y degeneración. Cree que la historia se repite, porque las civilizaciones de igual manera nacen, se desarrollan y mueren. De esta forma, resultaría falso que la historia es un gran proceso único. Veamos.
 - i. Si bien la historia se repite, es impredecible, porque implica novedad. “No tenemos, por tanto, ninguna razón válida para esperar que alguna repetición aparente del desarrollo histórico siga llevando a un curso paralelo al que llevó su prototipo”.
 - ii. El HNC considera a las “cosas colectivas como si fuesen cuerpos físicos o biológicos”. La sociedad no sería más que el hombre descrito con caracteres mayores. Un todo orgánico: otra confusión holística.
 - iii. Pero no es más que “una teoría metafísica aparentemente confirmada por los

12 Popper (2014) da a entender que “cientificista” es la imitación fallida [malentendida] de los métodos y el lenguaje de la ciencia (p. 143).

13 El deseo griego de hacer ciencia sobre hechos singulares, y el deseo judeocristiano de profetizar el futuro, dan como resultado el HN.

14 Esta cita no está dentro del rango de páginas que se indicará al final de la lista. Está en Popper (2014: 14). Respecto al punto, insistimos: en general, para Popper, el problema es la teleología determinista del evolucionismo y del historicismo, no tanto lo que dijeron Darwin o Marx.

15 Antes la ciencia y la tecnología, la técnica jugó el mismo papel, desde la más rudimental.

hechos”. En realidad, los hechos que supuestamente demuestran esta teoría son seleccionados *ad hoc*. El proceso a seguir por la ciencia debe ser el contrario. En vez de buscar hechos que apoyen nuestra teoría, deberíamos buscar hechos que la refuten. Si pese a nuestros mejores esfuerzos, somos incapaces de encontrarlos, la teoría puede considerarse corroborada provisionalmente.

2. El *historicismo naturalista lineal* (HNL) considera que la sociedad no puede ir hacia atrás sin romper su propia “ley evolutiva”. Como la sociedad es *dinámica* y está en constante *movimiento*, se puede decir que tiene una *dirección*. Sobre todo, un fin último. Los términos en cursiva, dice Popper, son tomados de la física. Pero están mal entendidos.

i. El movimiento de la sociedad es el movimiento de sus componentes, no de ella misma como un todo. Sus agentes se mueven en su interior, nada más. Por tanto, como un todo, la sociedad no tiene dirección ni fin último. Esta es una típica “confusión holística”.

ii. A diferencia de las ciencias sociales, la astronomía, por ejemplo, depende enteramente del carácter repetitivo de los hechos que observa¹⁶. La sociedad no es un sistema estable como la naturaleza; no mantiene sus mismos patrones. Sin repetición, no hay predicción.

iii. Si es lineal e implica novedad, debería ser libre, contingente: no repetitivo. Forzar la predicción en este escenario es totalmente arbitrario, no científico. Porque cualquier profecía a largo plazo necesita que se cumpla primero para ser juzgada retrospectivamente. Y siempre es posible decir: «Aún no es tiempo». Cualquier tendencia particular que refute la tendencia absoluta queda totalmente invalidada, porque, a la larga, “la tendencia se corrige”.

iv. Si bien hay tendencias a corto plazo en el comportamiento de la sociedad –estadísticamente útiles para las CST–, no

hay leyes del movimiento de la sociedad en su conjunto a largo plazo. Se puede interpretar el pasado observando un conjunto de PHS, pero no predecir el futuro. Es decir, aunque haya “evolución”, no hay profecía.

v. Varias leyes intervienen en la teoría de la evolución. No hay una única ley que lo determine todo, cuya simplificación más famosa sería: “la sobrevivencia del más apto”. Lo mismo pasa en la historia. No existe una única LDH que legitime la interpretación de la historia como progreso¹⁷. Peor aún que prediga un *telos*.

e. En ciencia, el problema precede a la recolección de datos. Y para explicar, experimentar o predecir un acontecimiento, que resuelva el problema, es necesario dos clases de premisas: leyes causales y PHS. Las primeras indican una relación entre dos o más variables. Las PHS dan un valor específico a esas variables, es decir, son las condiciones iniciales. Si conocemos ambas premisas podemos resolver un problema científico. El HN no hace esto.

1. Utiliza hechos arbitrarios y singulares, es decir, PHS, para “verificar” una teoría universal de sucesión (LDH para el HN; la selección natural, para el evolucionismo). La cual pretende mostrar el cambio de las leyes internas de un periodo a otro. Una suerte de ley de leyes.

2. Confunde tendencias con leyes. Las tendencias dependen de la constancia de sus condiciones iniciales para servir como base predictiva; las leyes, no. Unas son particulares, las otras, generales. Pero en realidad, “un acontecimiento es causa de otro –su efecto– [solo] en relación con alguna ley universal”, y la LDH no es una. Es un conjunto de PHS que carece de asidero científico para realizar alguna predicción, o sea, para comportarse como una verdadera ley de sucesión.

3. Aunque haya problemas que se puedan resolver mediante predicciones técnicas, no hay problema moral, como la felicidad

16 El sistema solar “ya no crece ni se desarrolla, ya que no da muestras de cambios estructurales” (Popper, 2014: 152).

17 “[...] llamar «progreso» a una creciente eficacia o control me parece que expresa un juicio de valor; expresa la creencia de que la eficacia o el control son buenos, y que la expansión de la vida y su creciente conquista sobre la materia muerta es deseable”, dice Popper (2014: 171).

o la justicia, que se pueda resolver mediante predicciones proféticas. Pese a que la desigualdad es un problema social y no moral, tampoco puede resolverse solo con la LDH, sin la participación del AIF y la IS. (Popper, 2014: 143 – 172).

A modo de resumen, hay tres ideas que nos gustaría rescatar. Primero, en relación con el punto *d) 1) iii)*, Popper (2014: 173 – 174) argumenta: Como existen incontables condiciones iniciales en una tendencia absoluta, lo apropiado para probarla es intentar imaginar en todo momento las condiciones bajo las cuales la tendencia en cuestión desaparecería. Pero, justamente, esto es lo que no puede hacer el historicista. Cree en su tendencia favorita, y para él son impensables las condiciones bajo las cuales desaparecería. La miseria del historicismo es, podríamos decir, una miseria e indigencia de imaginación.

Además, dicha tendencia absoluta está compuesta por PHS; no es una ley causal. Esta confusión¹⁸ funda la posibilidad de la idea de una tendencia absoluta [que es un oxímoron]. En segundo lugar, el punto *c) 1)*: no podemos predecir el estado futuro de nuestros conocimientos científicos (p. 14), por tanto, la historia está abierta e implica novedad. En suma, no puede estar determinada. Lo que nos lleva al tercer punto, *c) 2)*: la historia es un gran proceso único, sobre el que no cabe generalización alguna.

¿Cómo podría defenderse el historicismo frente a tan devastadora crítica? No puede, porque como tal, no existe. Es una abstracción de Popper. Tendría que recurrir a sus fuentes y discernir lo que dice Marx, Mill y Toynbee, entre otros. Entonces ya no estaríamos hablando del mismo *historicismo (2)*, sino de autores particulares, y no es la intención. La única forma de tener una recepción crítica de la postura de Popper es jugar en su propio campo. Para ello, no discutiremos su concepto de HN, que desde ya es problemático¹⁹; sino solo su crítica.

18 Al respecto, Popper (2014) indica: “El historicismo confunde interpretaciones históricas con teorías” (p. 201). Acontecimientos sucesivos con cadenas causales. Patrones con leyes.

19 Porque combate a un enemigo imaginario. Ni los propios marxistas de academia se tragan la propaganda política que Marx hizo para el advenimiento del socialismo. Si no somos capaces de distinguir el quehacer político del científico en Marx, jamás llegaremos a ningún lado. Dentro de la propaganda política hay misticismo,

Lo haremos en tres niveles: *a)* el *metafísico*, donde abordaremos la teoría de los 3 Mundos, el realismo y el indeterminismo; *b)* el *histórico*, donde daremos cuenta de la filosofía de la historia de Popper y su trasfondo religioso; y *c)* el *económico*, donde discutiremos el núcleo de la profecía de Marx.

2. Filosofía de la historia abierta (FHA)

2.1. Nivel metafísico

Permítasenos hacer una conjetura: todo pensador está influido por la especialidad de su campo. En el caso de Popper, es la filosofía de la ciencia. De aquí que el paradigma de la ciencia –en especial, la física y la biología– sea crucial para su concepción del mundo y del universo. Esta conjetura se la debemos a su más famoso adversario en el campo: Thomas Kuhn (2004), quien introdujo los análisis sociológicos e históricos en la formación de comunidades científicas, produciendo un quiebre con el hegemónico falsacionismo de Popper.

Este no es lugar para abordar los pormenores del debate Popper–Kuhn. Nos basta entender cómo los cambios en el paradigma de la física afectaron la cosmovisión popperiana, en especial respecto al determinismo. De igual forma, nos será útil relacionar el paradigma evolucionista con su filosofía de la historia y con el falsacionismo. Para comenzar, abordemos su realismo, que puede ser «metafísico»²⁰ (el término es suyo) o «gnoseológico».

Popper (1988: 113 – 114) construye su cosmología en base a *3 Mundos* (3M). El primero, formado por la física, la química y la biología; en suma, la dimensión material (M1). El segundo, constituido por la dimensión psicológica: experiencias subjetivas, sentimientos, percepciones, voluntad y subconsciente (M2). Y el tercero, productos de la mente humana: lenguaje, cultura, instituciones, filosofía, arte y ciencia (M3). El *realismo metafísico* consiste en la idea de que existe un M1 independiente de nuestra consciencia; algo que la mayoría de las ciencias

profecía, religión, misión histórica, etc. Esto no significa que el MH incurra en estas fallas.

20 Esto se debe a que: el realismo, como el idealismo, no es demostrable ni refutable científicamente. Por eso, llamarlo «realismo científico» es equivoco, dice Popper en Miller (1995: 237).

asume, junto con el sentido común y la ciencia. Esta posición es, desde luego, una hipótesis. Al igual que el *realismo gnoseológico*: para que una conjetura científica del M3 sea verdadera, debe corresponderse con los hechos del M1 (Fayos Febrer, 2013).

Ahora bien, siguiendo con la física cuántica (a partir de Pierce y Heisenberg principalmente), Popper considera que, en M1 “no todos los acontecimientos [...] están determinados con absoluta precisión” (Miller, 1995: 272). Si eso es cierto para la parte más mecánica del universo, la naturaleza, *a fortiori* es cierto para el mundo mental y el cultural. Dice Popper (1988: 115 – 116):

[...] it seems that physical world existed before the world of animal feelings; and I conjecture that World 3 begins only with the evolution of a specifically human language.

Es decir, un mundo se remonta a otro en el proceso de emergencia²¹, ganando libertad en el proceso. Pero esta no es la base del indeterminismo, sino su resultado lógico. De hecho, al igual que el realismo, Popper considera al problema del determinismo como una cuestión metafísica. Aun así, da 3 argumentos que van más allá del hecho de que la física cuántica no respalde el determinismo que conjuró el *demonio de Laplace*²²:

El primero: el determinismo viola la *flecha del tiempo*. La irreversibilidad de los hechos. Una vez que el futuro queda conocido, se vuelve parte del pasado de quien lo conoce. De esa forma, si quisiésemos ser capaces de predecir científicamente el futuro de un sistema del que formamos parte, como pretende el HN, tendríamos que hacerlo desde adentro. Pero esto encierra una paradoja. Aun si todo estuviera determinado y mi consciencia solo percibiera fragmentos de ese todo fijado, hay algo en él

que definitivamente cambia: mi consciencia, o más precisamente, mi consciencia del cambio (Popper, 1988: 91 - 92). Por tanto, no se puede predecir el estado futuro de un sistema desde adentro. Pues si cambia mi consciencia, y ésta es parte del sistema, hay algo en el sistema que cambia, algo que influye en las condiciones iniciales de su predicción. *El demonio de Laplace*, por su parte, podría predecir el estado de un sistema desde afuera; pero esto ya supone la existencia metafísica de un ser fuera del tiempo (Popper, 1988: 41 - 61).

El segundo argumento: El determinismo no puede dar cuenta de las 4 funciones del lenguaje, solo de las dos primeras. 1. *Función expresiva*, que es sintomática al estado del cuerpo. 2. *Función señalética*, que nos permite estimular respuestas en otros organismos. 3. *Función descriptiva*, que da cuenta del estado de las cosas, sean reales o imaginarios. 4. *Función argumentativa*, como medio de crítica racional, que implica las leyes de la lógica y la posibilidad de acercarse a la verdad (Popper, 1988: 81 - 85). Las dos últimas funciones implican al M3, y el determinismo ya tiene pisada allí.

El tercer argumento: el determinismo científico ignora por completo la posibilidad de los descubrimientos científicos. Si pudiésemos saber hoy lo que sabremos mañana, entonces nada nos sorprendería, no habría novedad, ni para la historia ni para la ciencia. “La falibilidad que afecta el conocimiento objetivo del hombre contribuye al esencial indeterminismo y apertura de un universo que contiene al conocimiento humano como parte de él” (Popper, 1988: 129).

Si el indeterminismo se respalda lógicamente en estos argumentos, la historia evolutiva del cosmos y del hombre puede ser esquematizada en 3 grandes milagros: el origen de la vida (M1), de la consciencia animal (M2), y del cerebro humano (M3). Es en la última etapa donde aparece la libertad (Popper, 1988: 122 – 123).

Esa grieta de libertad, aquello que lo hace falible, también dio lugar a la racionalidad. La razón capaz de aproximarse a la verdad mediante el lenguaje y la lógica²³ debe tener un ambiente propicio que le permita desarrollarse y competir con hipótesis diversas. Hemos de someter nuestras teorías a constante prueba y refutación, por-

21 Dice Popper (1988: 130): “Our universe is partly causal, partly probabilistic, and partly open: it is emergent. The opposite view results from mistaking the character of our man-made World 3 theories about World 1 –specifically their characteristic oversimplification– for the character World 1 itself. We might have known better”.

22 Una hipótesis que supone la existencia de un demonio capaz de reunir en su conocimiento con exactitud todas las condiciones iniciales de un sistema dado. Aplicando las leyes de Newton a estas condiciones, supone Laplace, el demonio serpa capaz de predecir la posición exacta del sistema. Esta es la expresión más pura del determinismo científicista.

23 Mediante ensayo y error, formulando conjeturas y refutaciones; en suma, con el ejercicio pleno de la libertad de pensamiento.

que, “con el fin de que el método por eliminación funcione, y para asegurarse que solo las teorías más aptas sobreviven, su lucha por la vida tiene que ser severa” (Popper, 2014: 179). He aquí el falsacionismo basado en la selección natural.

De esta forma, en la evolución, se pasa de formas de vida más determinadas a otras menos determinadas. Pero esto no quiere decir que, en vez de leyes inexorables, lo único que mande en el M3 sea el ciego azar. Más que el azar, a Popper le interesó la novedad y la creatividad. Dice Popper:

pienso que la ciencia nos ha enseñado mucho sobre acerca del universo en evolución [...] Nos sugiere el cuadro de un universo que es inventivo o incluso creativo; el cuadro de un universo en el que emergen *nuevas cosas*, en *nuevos niveles* (Miller, 1995: 275).

Esta es una forma muy curiosa de conciliar evolucionismo con creacionismo. En vez admitir un creador omnisciente, cuya secularización es del *demonio de Laplace*, rescata el elemento creativo y milagroso de este Dios y lo incorpora en el proceso natural de la evolución. Lo vuelve inmanente y emergente. Rompe el dualismo judeo-cristiano. En su pluralismo de mundos coloca a la emergencia de la razón y la libertad como *telos* provisorio de un proceso único y abierto.

En resumen, el *realismo metafísico* de Popper se basa en la teoría de los 3M. A la vez, esta teoría se justifica a partir de la posibilidad misma de conocer científicamente el M1 y progresar en el intento mediante prueba y error. Se justifica también por el indeterminismo la física cuántica. Característica que, gracias al evolucionismo subyacente de 3M, sublima el azar hasta convertirlo en la cuna de un proceso milagroso de emergencia.

Todo encajaría a la perfección a no ser por la ambigüedad que representa M3. De la realidad de M1 y M2 no quedan dudas. Pero, cuando Popper (1988) habla de la autonomía de M3, la califica de “parcial” (p. 118). La paradoja es la siguiente: si M3 es una creación de M2, no es autónomo. Si M3 es ontológicamente independiente, entonces Popper es más idealista de lo que Marx²⁴ sería para él. Para solucionar el

24 Los materialistas reducen el cosmos a M1. Los mentalistas, a M2. Ninguno reconoce la realidad ontológica del otro. El M3, en cambio, tiene objetos son abstractos, pero no menos reales por ello (Popper en Miller, 1995: 282).

problema, recurre a una distinción sutil. Afirma que es el contenido objetivo de M3 lo que lo diferencia de M2: las leyes de la lógica, como “la equivalencia, deducibilidad y contradicción” (p. 119). Pero a la vez define al M3 como un producto de la mente humana (p. 114). Hilando más fino, descubrimos que lo que es producto del hombre es el lenguaje, pero lo que se mantiene independiente es la lógica. Este es el último resabio hegeliano, además de la emergencia de la libertad y la razón en el proceso histórico.

2.2. Nivel histórico

El MH, para Popper (1972b: 181), es aceptable en la medida que es descriptivo y no predictivo. Bien. Que el MH sea una interpretación de la historia en vez de una teoría. ¿Qué objeción puede hacerse en el nivel filosófico, sin tomar el discurso científicista en cuenta? Las LDH pueden estar abocadas únicamente al pasado, ignorando por completo la seguridad sobre el futuro. Recordemos las 3 críticas principales de Popper con las que concluimos la primera sección. Las dos primeras, ahora, caen por el suelo²⁵. La única que subsiste es c) 2): “La historia es un gran proceso único...”. Este es el pilar de la filosofía de la historia de Popper.

Lo más usual es tomar en serio las palabras de Popper sobre la CST, el AIF y la IS, deduciendo que su filosofía social consiste en sociología antes que historiografía. Menos aún habría en él una filosofía de la historia –porque ésta es abierta–. Este juicio es errado porque, así como Marx tuvo una concepción general de su teoría, llamada dialéctica²⁶, Popper también se refugia en una meta-teoría de esta clase²⁷:

La evolución de la Tierra es un proceso único; es creativa e implica novedad (radical). A nivel histórico, de la conformación evolutiva de los 3M emerge la razón humana y la libertad. El M3, compuesto de abstracciones, nos permite acercarnos a la verdad. Eso significa que hay progreso en la ciencia. Como la sociedad

25 d)1)iii), por un lado y c)1), por el otro. Estas secciones corresponden al punto 2.2.

26 Sobre la cual hablaremos en el siguiente punto, 3.3.

27 La dialéctica no impidió a Marx hacer AIF. De igual forma, las concepciones generales sobre el cosmos y la ciencia de Popper, pese a tener influencia de base en la CST, ésta puede funcionar de manera relativamente independiente.

está fuertemente influida por el estado de su conocimiento (tanto técnico como científico), podemos concluir que en la historia también hay progreso²⁸.

Popper, a partir de premisas cuánticas (indeterminismo) y unas cuantas construcciones conceptuales (realismo metafísico y los 3M), nos termina planteando una filosofía de la historia (evolucionista) muy parecida a la hegeliana. La diferencia es que la suya es abierta y no cerrada; aunque ambas son inmanentes. Pero: razón, libertad, lógica, progreso son todos términos que remiten, de alguna y otra forma, a Hegel. De hecho, Hegel ya había efectuado la secularización del ‘Dios trascendente y creador’ en su espíritu absoluto, resultando una suerte de monismo emanantista. Popper repite este esquema dividiéndolo en 3 Mundos. Poco importa. Al fin y al cabo, la libertad y la razón son las principales expresiones de ese espíritu: que equivalen al contenido más valioso del M3.

Podríamos, si adoptásemos una postura marxista, criticar la filosofía social de Popper como burguesa, porque defiende los principios morales de esta clase en su concepción de una sociedad abierta. Su *individualismo metodológico* (IM) asume postulados básicos de la economía clásica, sin crítica alguna. Además, su CST revela la misma posición de clase: quien reforma la sociedad haciendo IS es el tecnólogo, que prescribe recetas y no profecías. Este tiene más importancia que las fuerzas sociales que mueven la historia. Es decir, avanzamos (si es que lo hacemos²⁹) por las reformas que la clase dominante implementa para mantener el *statu quo*, no por la lucha de las clases oprimidas. Es muy irónico, aunque no censurable, el hecho de que Popper sea revolucionario en ciencia y reformista en lo social.

No basta apuntar las raíces hegelianas o burguesas de la concepción de la historia de Popper. Tendremos que analizar el asunto desde una nueva perspectiva: la filosofía de la religión de Mircea Eliade, quien nos dará una

comprensión más profunda sobre la visión del tiempo y el sentir de la historia de los pueblos arcaicos, mosaicos y modernos. Antes de desarrollar este esquema, mantengamos en mente dos aspectos de la crítica de Popper: la predilección en estudiar la capacidad predictiva del HN y la división de éste en HNL y HNC. Con el análisis siguiente, debería quedar claro que estos rasgos revelan el origen religioso de sus preocupaciones sobre el *historicismo* (2).

Ahora bien, no es casual que Popper (2014: 149) retrotraiga HNC a Platón. Mircea Eliade (2015) indica que “la ontología primitiva tiene una estructura platónica” (p. 49). La mayoría de los pueblos arcaicos, civilizados y primitivos, vivían bajo la idea del eterno retorno. Abolían su historia (el tiempo profano) reactualizando sus arquetipos míticos periódicamente en un tiempo sagrado (p. 65 – 109). “La memoria colectiva era a-histórica” (p. 60). El hombre arcaico sabía que su sufrimiento no era fruto del azar (p. 113). Tampoco era definitivo: a cada muerte le seguía la resurrección (p. 119).

Los dioses vivían en el pasado dorado; en cambio, Yahvé irrumpe en la historia profana, se adueña de ella, convirtiendo cada intervención suya, a veces catastrófica, en una hierofanía³⁰ que no necesariamente era periódica. Su base fundacional del mito mosaico es la revelación de Dios en la historia, en el tiempo profano, y su promesa de salvación escatológica. Así, los acontecimientos históricos ganan “valor en sí mismos” (Eliade, 2015: 122). Dios, al revelarse en la historia (y posteriormente al encarnar en ella a través de su hijo) demuestra que, para él, todo es posible. “Esta nueva dimensión religiosa hace posible la *fe* en el sentido judeo-cristiano” (p. 129). “La regeneración periódica de la creación es reemplazada por una regeneración única que ocurrirá en *in illo tempore* por venir” (p. 131). Se trata de una *apocatástasis*: “La catástrofe final pondrá término a la *historia* y reintegrará, por tanto, al hombre a la eternidad y beatitud” (p. 145). Y el juicio divino llegará al final³¹ (p. 146).

28 Obsérvese que, contra todo pronóstico, Popper aquí no contradice el punto d)2)v) de la sección 2.2. Porque no basa su interpretación subrepticia de progreso en una ley científica, ni predice que dicha tendencia continuará.

29 Una y otra vez, Popper dice que la historia no tiene dirección ni sentido último. Pero, en su filosofía de la historia, la razón y la libertad aparecen cumpliendo este papel. Por fin ¿tiene o no sentido la historia?

30 Manifestación de lo sagrado.

31 Más aún, para Gómez Ramos (2003: 61), en la modernidad ese juicio final ya no se da extra-históricamente, en la eternidad, fuera del tiempo; se da al final de la historia misma. Esta migración de las concepciones trascendentales a las emanantistas es un patrón que se repite en nuestra época. Según Hinkelammert (2008: 8 - 9), esto sucede así porque es la consecuencia inevitable que de Dios se haya hecho hombre.

En un primer momento, el profetismo de Israel introdujo arquetipos válidos para la historia profana. Así, cambió la tendencia cíclica a una lineal, con un fin mesiánico y con un camino moral de por medio. Para que sea soportable, un elemento de necesidad fue introducido, junto con el peso de la libertad de pensar y obrar ante los ojos de Dios: su voluntad. Si hay algún destino o algún perdón de los pecados, sólo ocurre por la gracia del señor. Conforme esta religión avanzó en su historia, despojándose de sus vestigios nacionalistas originados en Israel, se volvió más universal, en especial gracias al sincretismo que le significó el helenismo. Entonces “la unidad de la historia” se convirtió en un “corolario de la unidad de Dios” (Blanco, 2013: 62). He aquí el origen religioso de las pretensiones modernas de una historia universal. Sólo un Dios único podía fundar algo así. El politeísmo estaba condenado a quedarse con los arquetipos que, por muy universales, sólo tenían aplicación local.

El término *historicismo* (3) es empleado en un sentido diferente por Eliade (2015: 168); pues designa la forma moderna de enfrentarse a la historia, fijándola, volviéndola necesaria. Después de Hegel, todos los pensadores quieren ser históricos. “Con Marx, la historia se despoja de toda significación trascendente; no es más que la epifanía de la lucha de clases” (p. 170). De esta forma, la Edad de Oro se desprende del pasado arcaico (como todavía lo estaba en el judeo-cristianismo) y pasa a formar parte del futuro redentor exclusivamente. Pero lo más importante: las necesidades del período histórico siguieron justificando los males del hombre desde una perspectiva laica.

Nuestra hipótesis consiste en que, si una visión del tiempo y de la historia está animada principalmente por su elemento religioso o mítico, entonces, con la pérdida de este elemento, la historia pierde sentido y su capacidad para albergar hierofanías. Como dice Niebuhr (1949: 57): “Man’s historic existence can not have meaning without faith”. Lastimosamente, a medida que lo *numinoso*³² se aleja del momen-

32 El concepto de lo *numinoso* ameritaría un nuevo ensayo. Sin embargo, a grandes rasgos, podemos indicar que Otto buscó describir con este término todo el conjunto de emociones que suscitan una experiencia religiosa primordial, sea extática, enteógena, revelada, etc. Más que el contenido, Otto se fija en el lado irracional de la idea de

to experiencial, tiende a racionalizarse (Otto, 2005: 39). Esto explica el desencanto que Weber describe en la modernidad.

Razonemos con estas categorías. Si la visión lineal dependía de la revelación de Dios en la historia y su promesa de salvación, sin estos productos de la fe, ¿qué nos queda? La libertad, sin duda. Pero ésta yace tensionada con la necesidad por una paradoja moderna:

If human freedom were absolute, human actions would create a realm of confusion. If the patterns and structures, whether natural or historical, were absolute, human freedom would be annulled (Niebuhr, 1949: 56).

Por otro lado, la idea de progreso sustituyó a la idea de providencia; y la de evolución a la de creación (p. 36). Pero esta secularización moderna tampoco sobrevivió mucho tiempo:

Natural causation and *durée* became, rather, the principle of explanation for life, [time] and history. [...] History was the story of man’s increasing power and freedom (p. 30).

Aquí llegamos por fin a nuestro punto: sin fe, la historia no es más que un relato. Tanto la naturaleza y la historia están sujetas al desarrollo en el tiempo (p. 69). Lo único que queda realmente en la posmodernidad es el tiempo, desprovisto de sentido, en suma: abierto, caótico y azaroso. Todo lo demás es interpretación. Ese es el nuevo paradigma.

Así, podríamos colocar a la *filosofía de la historia abierta* (FHA) de Popper en la transición de una concepción moderna del tiempo a una posmoderna, porque aún es incapaz de abandonar la libertad y la racionalidad, y con ellas, un *sentido* de la historia. La visión lineal, sin su final escatológico, busca cumplir su *telos* dentro de la historia misma, por eso se vuelca hacia el futuro (terrenal, no celestial) y se acelera³³. Esto, porque, a diferencia de la visión cíclica, ésta no

Dios. Quizá su elemento más importante sea el misterio y su sensación de realidad.

33 La aparición del reloj mecánico independizó la vida del hombre de los ciclos naturales. Tal como la industrialización independizó el trabajo humano del ecosistema circundante. Y tal como el Dios judeocristiano, mucho antes incluso, independizó la fe del hombre de la naturaleza. Con estos hechos, bien podríamos respaldar la filosofía de la historia que subyace a Erich Fromm: la historia humana como la historia de la alienación del hombre de la naturaleza.

se regenera periódicamente. Lo cual incrementa el peso de la memoria, cuya liberación se exige religiosamente. De aquí que los mitos apocalípticos, estén o no basados en hechos reales (como el calentamiento global o una guerra nuclear), tienden a ser más creíbles que los pronósticos de la ciencia misma. Es más fácil imaginarnos el fin del mundo que un cambio en nuestro modo de vida, dijo célebremente Žižek.

De todos modos, si lo que buscamos es la mayor cantidad de hipótesis plausibles compitiendo por su supervivencia, como querría Popper, haríamos bien en admitir otras filosofías de la historia que no sean la propia, allende a su carácter científico. Esto es así desde la filosofía de la ciencia de Popper. Pero desde su filosofía de la historia, que entra en competencia con las demás, sería paradójico que les dé campo libre. Debe ser tan rudo con ellas como nosotros con su crítica.

Por último, aún queda pendiente el veredicto sobre el estatus científico del MH. Desembocamos en ello en el siguiente punto.

2.3. Nivel económico

Popper no refuta el MH; desestimando el valor científico del HN, pretende tildar de metafísica toda una teoría. Ahora bien, si en vez de decir que la LDH es una ley científica, decimos que es una interpretación, ¿eso le quita valor? Deja de parecer inevitable, y eso le quita fuerza, de acuerdo. Pero ¿si su fuerza no provenía de su determinismo sino más bien de la fuerza del argumento? ¿Cuál es la tendencia absoluta que Popper aborrece?

La profecía de Marx indica que, en el sistema capitalista, conforme avancen las contradicciones internas dialécticamente, este sistema se aproximará al colapso (1), dará lugar a la revolución proletaria (2), y luego instaurará un orden comunista (3) consistente en el utópico reino de la libertad. Así, la profecía puede dividirse en 3 momentos. Nos ocuparemos del primero únicamente, y dejaremos las demás conjeturas únicamente como probables³⁴. Así, examinare-

34 El segundo momento es resultado del primero. Debido al incremento tanto de la riqueza como de la miseria, es decir, debido a la desigualdad, las tensiones de clase entre burgueses y proletarios provocará una revolución de estos últimos sobre los primeros. En términos materiales, los burgueses dependen del trabajo de los proletarios,

mos el núcleo científico de la teoría del MH. Pero antes, es menester ocuparse, aunque sólo sea de paso, de la teoría del valor.

En el fondo, Popper admite que comparte la teoría del valor de Marx, heredada de Ricardo y de Smith. Es más, admite como válida la teoría de la plusvalía en su base. Pero no así la explotación³⁵. El precio de la fuerza de trabajo, el salario, no está determinado únicamente por el tiempo de trabajo, sino por el mercado, es decir, por las fuerzas de la oferta y la demanda (p. 163). Este mecanismo de autorregulación, de tendencia hacia el equilibrio, evita la explotación porque regula el exceso de productividad que el capitalista podría haber aprovechado de su trabajador. Además, ésta puede ser explicada³⁶ sin la necesidad de la teoría del valor, que sostiene que hay una *esencia* detrás del trabajo: otro resabio metafísico de Platón (p. 165).

Al respecto, podemos indicar que la explotación no solo es una consecuencia de la teoría del valor, es el corazón mismo de la teoría marxista. Podemos afirmar que hay explotación porque hay desigualdad. La explotación no es solamente la diferencia entre el valor que produce el trabajador y el que logra vender el capitalista; no. La explotación se constata por el simple hecho de que hay una mínima parte de la población, poseedora del capital, que controla a otra parte un poco más grande: los medios de producción. Estas partes que no trabajan reciben la mayor parte de los beneficios de la gran masa de población trabajadora. Quienes más propensos a sufrir hambre son, (in)justamente, los que trabajan la tierra. La desigualdad y la explotación son dos lados de una misma situación.

mientras éstos no necesitan realmente de los burgueses para su subsistencia. De aquí se sigue la inevitable victoria de los proletarios. Por último, la consecuencia más importante de la profecía: el comunismo. La organización sin clases que instaurará la dictadura del proletariado. Popper (1972b: 127) critica a esta predicción como la menos probable, puesto que los hacedores de la revolución tenderán a dominar a los demás. Por supuesto, la *consciencia de clase* no juega ningún papel en el análisis de Popper.

35 En otra ocasión, Popper (1972b: 181) hace una aseveración similar. Admite que la lucha de clases sea la que más probablemente pueda traer al mundo un nuevo sistema económico. Pero duda que éste sea socialista.

36 Aquí Popper concibe la explotación de manera burguesa. Cree que consiste en una relación salarial injusta. Entonces, donde se garantice la libertad de mercado, contratos justos, derechos individuales y demás, no habría explotación.

La maniobra de Popper consiste simplemente en agregar la ley de oferta y demanda al esquema, como si dicha teoría cancelara el efecto de la plusvalía. Al contrario, esa ley incluye la utilidad de los productores. Dice así: El salario está determinado por la cantidad de fuerza de trabajo en el mercado en relación con la demanda laboral. Esa demanda, que son las empresas, buscan siempre minimizar sus costos. El trabajador es un costo. Pagarle lo menos posible con el fin de maximizar la utilidad es una premisa de la economía clásica. Esta relación de explotación, aquí, está naturalizada. Pero sin esta base, el momento (1) de la predicción de Marx sería insostenible. Ahora pues, prestemos atención a la advertencia de Popper (1972b: 186):

[...] even a correct prediction must not be accepted too readily as a corroboration of a theory, and of its scientific character. It may be rather a consequence of its religious character and a proof of the force of the religious faith which it has been able to inspire.

En otras palabras, el carácter religioso de la teoría marxista la absuelve de ser falseada. No se la puede refutar con los hechos porque los mismos hechos no pueden probarla. En todo caso, serían expresiones del poder de la fe, más que de la cientificidad de la predicción histórica. Si esto es así, ¿por qué Popper se esforzó tanto en demostrar que las predicciones a gran escala son imposibles para el HN? Si esto, desde un principio, no nos decía nada sobre la validez científica de esta teoría, ¿para qué ahondar en el tema? En este punto, Popper comete el pecado que usualmente critica a sus enemigos: volver una teoría indemostrable³⁷.

Desoyendo su misma tesis, Popper condena el momento (1) del MH. ¿Dónde comenzará la revolución y por qué lo hará? En los países más industrializados, porque el incremento de riqueza y miseria se hará insostenible a nivel social³⁸. Marx y Engels ensayaron hipó-

tesis auxiliares que les permitiera corregir sus predicciones sobre este punto, el inicio de la revolución. Dijeron que imperialismo colonial retrasaba el proceso. Inglaterra, por ejemplo, explotaba a todo el mundo; por tanto, sus trabajadores tendieron a volverse un poco más burgueses (Popper, 1972b: 175 - 176); es lógico que no hayan dado ellos el primer paso. Pero estas hipótesis no son válidas para Popper. Él considera que el MH ha sido refutado con la experiencia rusa, donde empezó la revolución pese a que era un país industrialmente atrasado. Y con el hecho de que la tendencia general de los explotados no ha ido hacia la miseria, sino todo lo contrario (p. 177).

Iván Cachanosky, de la Fundación para el Progreso, ha escrito un artículo, «El mito de la pobreza y la desigualdad», dedicado a explicar la tendencia general que alude Popper. Su argumento es que, antes de la Revolución Industrial, había hambrunas, y hoy ya no las hay. Que antes de la civilización, dice citando a Mises, “la vida del hombre primitivo era una lucha incesante contra la escasez de los medios de subsistencia brindados por la naturaleza”. En pocas palabras, el capitalismo hizo más por lo pobres que cualquier otro sistema económico-político en la historia.

El análisis numérico –continúa Cachanosky– sobre la desigualdad genera un espejismo³⁹, porque en realidad “las personas que menos recursos tienen cada vez más satisfacen las mismas necesidades que los ricos”. Además, la riqueza global ha aumentado, “reduciendo la pobreza de un 80% a un 20% en tan solo 200 años”. Aunque de manera desigual, todos los países han progresado. Y dado que no hemos expoliado la riqueza de otro planeta, la conclusión lógica es que la riqueza se crea. Por tanto, para combatir la pobreza, hay que crear riqueza, no distribuirla. Como “la economía no es un juego de suma cero donde si uno se enriquece es porque otro se empobrece, [...] es erróneo argumentar que mayor desigualdad implica mayor pobreza”.

37 Pero esto no es imputable al MH, que sí es demostrable sin necesidad de recurrir a su capacidad predictiva. Nuestra hipótesis es que una teoría puede ser científica sin ser determinista. Por lo que, el ataque de Popper al HN no lo refuta al MH. De hecho, un buen marxista podría tomar la crítica de Popper como una forma de depurar los elementos mesiánicos del MH, volviéndolo más materialista, más científico y menos determinista.

38 Este primer momento consiste en un “incremento de

la productividad del trabajo, conectada con un mejoramiento técnico y un incremento de la acumulación de los medios de producción” (Popper, 1972b: 125).

39 Cachanosky dice que la cifra varía de país en país, como si decir esto pudiera tapar el sol con un dedo. Basta ver una gráfica mundial del índice Gini para comprobar que la desigualdad sigue siendo un problema grave en gran parte del mundo.

Vamos por partes. 1) La riqueza se crea, es cierto. Según el marxismo, es el trabajador quien la crea para que el burgués se la apropie. 2) La desigualdad no aumenta la pobreza, pero ciertamente no la disminuye: la mantiene en estancada. 3) La creación de riqueza en el mercado libre desemboca inevitablemente en desigualdad; por tanto, crear más riqueza en general puede ayudar a mejorar parcialmente la pobreza, pero la mayor parte de esa riqueza se acumula en manos burguesas. 4) La desigualdad es cada vez más grande. Si bien los pobres satisfacen más necesidades parecidas a la de los ricos, éstos están siempre muy por delante. Si la diferencia fuera menor, los pobres progresarían más. 5) No fue realmente el capitalismo el que hizo milagros en la Inglaterra del s. XVII, sino la revolución industrial: es decir, una serie de avances tecnológicos⁴⁰ (no un modo de producción) capaces de permitir la conversión de energía y una extracción más eficiente de ella⁴¹. Esta explicación, consideramos, es más plausible que las hipótesis auxiliares que propusieron Marx y Engels.

No obstante, que algunas predicciones del MH no hayan resultado corroboradas en la experiencia no quiere decir que el grueso de la teoría sea pseudo-científica. Al respecto, argumenta Cornforth (1968: 20 – 21): Popper indica que una buena teoría prohíbe cosas. Que el MH no haya sido refutado no quiere decir que sea irrefutable. Un ejemplo de ley prohibitiva puede ser:

- Usar todos los recursos de la tecnología moderna para bienestar humano es posible, pero no sin reconstituir las relaciones de propiedad en correspondencia con el carác-

⁴⁰ La tecnología, antes que nada, permite la extracción de energía del medio. Así fue desde los primeros palos de madera, huesos, piedras, fuego, flechas, trampas, rastrillos, arados, máquina a vapor, molinos, plantas eléctricas, nucleares, etc. La tecnología, y después la ciencia, determinó cuánta energía la cultura era capaz de extraer de la naturaleza. Al respecto, véase Harari (2014: 368) y McNeill & McNeill (2004: 258 - 261)

⁴¹ Toda la energía que disponíamos de este planeta venía del sol, quedaba atrapada en las plantas mediante fotosíntesis, y luego los animales herbívoros y luego nos carnívoros se encargaban de hacer fluir esa energía. Nosotros extraíamos energía de los ríos y molinos, también de nuestros animales de carga, pero no podíamos convertir una energía en otra; hasta la máquina de vapor. Desde entonces, el hombre pudo independizarse de su medio ecológico.

ter social de la producción. No es posible combinar tal uso de recursos con la propiedad capitalista y sus beneficios.

Por otro lado, para que el MH quede definitivamente refutado, alguna de estas afirmaciones debería poder ser verdadera en los hechos:

- Un interrumpido crecimiento económico podría ser combinado con la empresa capitalista y su beneficio...
- Una comunidad similar de la era de hielo tuviera un gobierno parlamentario, en el que se discutan derechos humanos...
- La existencia de un capitalismo bien administrado...

Entonces, así algunas de sus hipótesis quedarán refutadas, no quiere decir que el grueso del MH también lo estaría. Toda teoría puede reformularse, crecer, mejorarse, como el mismo Popper propone. Si las hipótesis auxiliares no cambian los fundamentos de la teoría, no tendríamos por qué censurar su uso. Si los hechos no refutan las premisas principales, entonces todo el resto de la teoría es susceptible de mejora. Según Cornforth (1968: 26), este es el fundamento del marxismo:

In order socially to produce their means of subsistence men must fashion tools and implements and acquire the skill and knowledge for their use –and this are their forces of production. [...] In order to produce, they enter into relations with each other, and only between these relations does production take place.

La tesis principal es que debe haber una correspondencia entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción. La cultura sería el resultado dialéctico de la interacción de dichas fuerzas. Sobre la base materialista, Popper no tiene mucho que criticar, dado que, a su entender, su realismo implica más al materialismo que al idealismo⁴². Pero la dialéctica no corre la misma suerte.

⁴² De hecho, Fayos Febrer (2013) considera explícitamente que Popper es más idealista que realista, por 4 razones. La primera: la teoría siempre viene antes de los hechos, los problemas antes que las observaciones. Epistemológicamente, el sujeto precede al objeto; y gnoseológicamente, sólo conocemos la realidad de M1 a través de las teorías de M3. La segunda razón: no existe correspondencia con los hechos, sino solo una equivalencia lingüística. La tercera: pese a su crítica del instrumentalismo, propone que las teorías no son más que herramientas de adaptación al

Popper (1972b: 26) considera que la dialéctica de Hegel pretendía reemplazar la “infértil lógica formal”. Por alguna razón, creyó que la dialéctica de Marx proponía abolir la ley del tercero excluido de Aristóteles. Si dos o más enunciados contradictorios pueden ser ciertos al mismo tiempo, entonces poco importaría que los hechos contradigan a los enunciados, o que se enuncie cualquier cosa. En fin, “significaría el fin de la ciencia”. Sin embargo, tal interpretación de la dialéctica es un absurdo (Cornforth, 1968: 32).

Marx se refirió a las contradicciones internas que un modo de producción trae consigo, no a un asunto de lógica formal. Los intereses de la clase dominante y la clase explotada, el hecho de que la tecnología produce soluciones a los mismos problemas que crea, el hecho de que muchas ideas revolucionarias sirvan al funcionamiento del sistema, todo esto muestra el carácter contradictorio del capitalismo. Si se quiere, se trata de antagonismos sociales más que de contradicciones lógicas. Estos antagonismos, llevados al límite, supondrán la abolición del capitalismo. No se necesita predecir detalles de cómo y cuándo esto sucederá. Es su posibilidad lógica lo que cuenta, dentro del marco de la teoría.

Que una teoría sea científica, en las ciencias sociales, sobre todo, no quiere decir que sea infalible o perfecta. Puede ser y debe ser flexible (p. 27). Lo importante es sus premisas fundamentales resistan la prueba de los hechos, como lo hace el MH. Pero ¿sucede lo mismo con las premisas económicas del IM de Popper? Al respecto, Mario Bunge (1985: 83) responde enumerando el decálogo psico-económico neoclásico que constituyen las premisas del liberalismo que Popper hace suyo.

1. Todas las personas tienen necesidades y deseos.
2. El hombre es insaciable en lo que respecta a sus deseos.
3. El hombre es adquisitivo.
4. Todas las personas tienen preferencias y pueden ordenarlas coherentemente.
5. Todas las personas están dispuestas a hacer algo para satisfacer sus necesidades y deseos.

medio. La cuarta y última razón: Popper sigue inmerso en el sujeto kantiano. Sus juicios no son a priori, sino conjeturas, pero siguen recayendo en el sujeto.

6. El hombre es competitivo (o agresivo) antes que cooperativo.
7. El hombre trata de minimizar el esfuerzo que pone en satisfacer sus necesidades y deseos.
8. Cuanto más uno tiene, menos valora cualquier incremento de ello (Ley de la utilidad marginal decreciente).
9. El hombre se enfrenta constantemente con elecciones, y por lo tanto se ve forzado a tomar decisiones.
10. El hombre es un maximizador: toma las decisiones que más probablemente maximicen su utilidad (placer o ganancia).

Sin entrar demasiado en el campo filosófico, Bunge (1985: 84) afirma que la [i] y la [v] parecen verdaderas. Pero que todas las demás son cuestionables. El punto [ii] es desconocido en sociedades preindustriales. El punto [iii] tampoco es desconocido en sociedades primitivas. El punto [iv] es cierto en parte: todos tenemos preferencias, pero pocos las conocemos y ordenamos correctamente. El punto [vi] es sencillamente falso; el grueso de la historia lo refuta (p. 85). El punto [vii] puede ser cierto solo respecto de las actividades más tediosas de la supervivencia; porque, en definitiva, si se trata de algo que realmente deseamos, utilizaremos, más bien, todos nuestros esfuerzos para alcanzarlo. El punto [viii] es estadísticamente cierto, pero curiosamente contradice el punto [ii]. Además, parte de valoraciones subjetivas y sería interesante que parta de necesidades objetivas (p. 86). El punto [ix] es cierto. Pero el punto [x] directamente contradice el altruismo tal como el punto [i] no se aplica a un ascético⁴³.

Si bien Popper no admite estos puntos explícitamente, son la base de su IM. De hecho, gran parte de su análisis surge más bien de una posición política (democrática – liberal) contra cualquier fuerza colectiva que coarte la libertad y autonomía del individuo. Pero si desdeñamos la dimensión social del hombre, lo más probable es que volvamos la idea añeja de que la historia la escriben las grandes personalidades. Lo cual es problemático, pero no tanto como la ambi-

43 Es cierto que la excepción confirma la regla, pero lo que nos interesa poner de manifiesto en esta crítica es que el carácter social del hombre de hoy no es el mismo que el de ayer. Quizá la mayoría de estos puntos se apliquen al presente, pero no son leyes universales, solo son regularidades históricas.

güedad de Popper en cuanto a la razón humana. Si bien en la filosofía de la ciencia es racionalista crítico, porque aboga por el incansable debate y puesta a prueba de las teorías para que estas fructifiquen, en su filosofía social llega a decir:

[...] el elemento humano es, en última instancia, el elemento incierto y voluble por excelencia de la vida social y de todas las instituciones sociales. En efecto, éste es el elemento que en última instancia no puede ser controlado completamente por las instituciones (Popper, 2014: 210).

De esta forma, la libertad y creatividad del ser humano se contraponen a la razón. Puesto que hombres completamente racionales, como asume la economía neoclásica, son predecibles y controlables, así sea mediante sus preferencias. En cambio, ese hombre “incierto y voluble”, no debería poder, en principio, jamás ser oprimido. La realidad, lastimosamente, nos muestra otro rostro.

Hay que considerar, además, que los presupuestos económicos del liberalismo influyen también en su *filosofía de la historia abierta* (FHA). Si no fuera por el acento que pone en que sea abierta, su posición estaría más cerca de otro historicismo famoso en nuestro tiempo: el *fin de la historia* de Francis Fukuyama. Para este pensador liberal, los valores más altos a los que la humanidad puede apuntar ya han sido revelados en la historia: la libertad y la igualdad. La democracia liberal, para Fukuyama (2015: 150), tiene que mantener un equilibrio entre los dos:

[...] la igualdad no se puede maximizar sin la intervención de un Estado poderoso que limite la libertad individual; la libertad no puede expandirse indefinidamente sin provocar varias formas de desigualdad social perniciosas.

Más importante aún, dice que “[...] existe una tendencia histórica general hacia la democracia liberal”. A este historicismo, el mismo autor lo califica como “determinismo débil” (p. 163). El hecho de que proclame que la historia acabó y que vivimos en la posthistoria, es una forma de cerrar la historia. Popper, en este aspecto, es menos historicista (en el sentido 2 de las abreviaciones); pero no menos liberal. Aunque admita que la historia está abierta y que cualquier cosa puede pasar, los valores que representan la cúspide del M3 son liberales. De hecho, al no

tomar en cuenta a la igualdad, Popper demuestra ser aún más liberal que Fukuyama.

Ambos, como vimos, tienen resabios hegelianos en sus teorías. Fukuyama es tan hijo del historicismo de Hegel como lo fue Marx, aunque con una dirección opuesta. Popper, en este esquema, es más evolucionista que historicista⁴⁴; más indeterminista que determinista. Pero liberal al fin, y eso le impide criticar sus propias creencias, algo que, curiosamente, él recomienda a todos los demás.

3. Conclusión

Karl Popper, en su filosofía de la ciencia, asume algunas implicaciones de la física cuántica⁴⁵, como el indeterminismo parcial del Mundo 1. La libertad de la que disfruta el Mundo 3, sin embargo, es de mayor complejidad, pues incluye las leyes de lógica y de la razón humana, a diferencia del Mundo 2. Además, por cómo Popper concibe a la historia, es decir, con un mundo emergiendo a partir del anterior, es también un seguidor del evolucionismo⁴⁶. De esta forma, el Mundo 3 aparece como la coronación de la razón y la libertad. Postura que lo acerca sospechosamente a Hegel.

Frente al problema, Popper recurre a la ambigüedad en cuanto a la realidad ontológica independiente del Mundo 3. Defiende que el lenguaje es un producto humano, pero la posibilidad de su objetividad está regida por algo más allá de la mente del hombre, la lógica. Entonces el M3 es producto humano, pero a la vez obedece a leyes independientes del hombre. Dependiendo de dónde pongamos el énfasis frente a este dilema, Popper aparecerá como más o menos metafísico.

El *Historicismo Naturalista* no refuta el núcleo científico del *Materialismo Histórico*. Este encuentra confirmación de sus teorías incluso en las leyes de la termodinámica. Pues colocar a la organización económica como base de la sociedad se corresponde con la necesidad de los sistemas abiertos de buscar energía, en el caso del hombre, mediante cooperación. El trabajo es energía transformada, de allí su valor. Y la

44 Referidos al historicismo 2 y 3.

45 De esta forma, Popper es parte de la ciencia normal, del nuevo paradigma; ya no es revolucionario.

46 Que funda la selección natural a la que el falsacionismo ha de someter sus teorías para que éstas evolucionen.

economía: la administración del trabajo social. No obstante, más allá de defender todo el MH, en este punto quisimos mostrar que su estatus científico no se limita a su capacidad predictiva, como pretende el HN que Popper imagina.

No obstante, Popper es concluyente a la hora de excluir de la ciencia a las predicciones a gran escala, por ser holistas. Pero, si estos cambios radicales en los medios de producción ocurrieron en el pasado, es posible que ocurran en el futuro. Porque ningún sistema económico/político ha demostrado ser eterno. El capitalismo no es la excepción. Por lo que, su desaparición, por sus contradicciones internas, sobre todo, es un hecho. ‘Cuándo y cómo’ es posible que sea cuestión de fe más que de ciencia.

Saliéndonos del campo científico, nos encontramos con que Popper sí tiene una filosofía de la historia, que a la luz de Mircea Eliade resultó ser sintomática de un período de transición entre la modernidad y la posmodernidad. Pues, pese a proponer una historia abierta⁴⁷, sin dirección ni final, Popper metió de contrabando valores burgueses: libertad y racionalidad. De esa forma, transformó al Creador trascendente en creatividad y novedad emergente. Pues, sin la fe, la historia lineal pierde su rumbo, se acelera y busca realizar su final profético en la misma historia; así tenga que sacrificar en sus nubes⁴⁸ a nuestros más finos pensadores.

Bibliografía:

- Blanco, C. 2013. *El pensamiento de la apocalíptica judía. Ensayo filosófico teológico*. Madrid, España: Trotta.
- Cruz, M. (1991). *Filosofía de la historia. El debate sobre el historicismo y otros problemas mayores*. Barcelona, España: Paidós.
- Fayos Febrer, R. 2013. *La pretensión realista del falibilismo. Una crítica al realismo de Karl Popper*. En: Pensamiento, vol. 69, núm. 261, pp. 855-868. Madrid, España: Universidad San Pablo CEU.
- McNeill, J. R. & McNeill, H. 2004 (2003). *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- Otto, R. 2005 (1917). *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. España: Alianza Editorial.

- Popper, K. 1974b. *The open society and its enemies II*. London, U.K.: Routledge & Kegan Paul.
- Popper, K. 1988 (1982). *The open universe. An argument for indeterminism*. London, U.K.: Routledge
- Popper, K. 2014 (1972). *La miseria del historicismo*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Rey Pastor, J. & Quiles, I. 1952. *Diccionario filosófico*. Argentina: Espasa-Calpe.
- Robles Báez, M. L. 2005. *Dialéctica y capital. Elementos para una reconstrucción de la crítica de la economía política*. México D. F., México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Hinkelammert, F. J. (2008). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad*. México: Editorial Driada.
- Niebuhr, R. 1949. *Faith and history. A comparison of Christian and modern views of history*. New York, EE.UU.: Charles Scribner's sons.
- Harari, Y. N. 2014 (2013). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Argentina: Debate.
- Fukuyama, F. 2015 (1990). *El fin de la historia y otros ensayos*. España: Alianza Editorial.
- Cornforth, M. 1968. *The open philosophy and the open society. A reply to Dr. Popper's refutations of Marxism*. New York, EE.UU.: International Publishers.
- Bunge, M. 1985 (1982). *Economía y filosofía*. Madrid, España: Editorial Tecnos.
- Miller, D. 1995 (1985). *Popper. Escritos selectos*. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez Ramos, A. 2003. *Reivindicación del centauro. Actualidad de la filosofía de la historia*. Madrid, España: Ediciones Akal.
- Engels, F. 2013 (1880). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. San Juan: Editorial Laura.
- Eliade, M. 2015 (1951). *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Löwith, K. 1949. *Meaning in history. The theological implications of philosophy of history*. Chicago, EE. UU.: The University of Chicago Press.
- Kuhn, T. 2004 (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.



⁴⁷ Con pasado cerrado, pero futuro abierto, más precisamente.

⁴⁸ Popper alude a las nubes y a los relojes para denotar que hay objetos de fácil predicción y de difícil predicción. Las nubes, para mí, representan el elemento caótico o azaroso de la historia, fruto de la descomposición racionalizada de lo *numinoso*.

La Escuela de Chicago y el Premio Nobel de Economía

Iván Alonso

Este ensayo es un repaso de las contribuciones y la influencia de la llamada Escuela de Chicago, a través de los economistas galardonados con el Premio Nobel. Siguiendo la distinción convencional entre macro y microeconomía, se puede decir que hay una continuidad entre las contribuciones de los Premios Nobel de la Universidad de Chicago a la macroeconomía y una variedad de contribuciones a la microeconomía.

I. La Escuela de Chicago

Desde que la Universidad de Chicago abrió sus puertas en 1892, se fue formando un ambiente de excelencia académica que fomentaba la discusión abierta y no reconocía la existencia de nada que no pudiera ser cuestionado. James Laughlin, el primer decano (*chairman*) del Departamento de Economía Política, como entonces se llamaba, era un economista clásico ortodoxo, seguidor de John Stuart Mill¹, firme opositor de la intervención estatal en la economía y partidario del *laissez-faire*². Laughlin convocó a un grupo de distinguidos economistas, de distintas tendencias. Hacia 1930, sin embargo, se había establecido una tradición de enseñanza rigurosa de la teoría de precios, que es esencialmente un desarrollo del postulado del comportamiento racional, y su aplicación a la solución de problemas de política pública. Esa tradición estaba asociada principalmente a los nombres de Jacob Viner, Frank Knight y Henry Simons.

Esos tres economistas pueden considerarse la primera Escuela de Chicago. Creían en el libre mercado y la libertad individual, aunque no necesariamente repudiaban la intervención del estado. Aceptaban los impuestos y transferencias redistributivos para mitigar las desigualdades económicas y el uso de las políticas monetarias

y fiscales con fines de estabilización³. Simons, en particular, era partidario de un sistema de impuestos altos y progresivos⁴. Knight pensaba que el sistema competitivo podía ser el más eficiente para satisfacer las necesidades (*wants*) del consumidor, pero que eso no necesariamente significaba la satisfacción de ideales más elevados; pensaba también que la eficiencia podía tornarse indeseable cuando la supervivencia de las masas estaba en juego⁵.

Alrededor de 1946 se produjo un cambio. Simons murió intempestivamente. Viner se fue a la Universidad de Princeton. Knight se interesaba cada vez menos en cuestiones económicas y más en las filosóficas. Ese año también regresaron dos antiguos alumnos, Milton Friedman y Aaron Director, que serían fundamentales para establecer el pensamiento de Chicago en teoría monetaria y *antitrust*. Unos años después llegó George Stigler, y más adelante, Ronald Coase. Esta segunda Escuela de Chicago se caracterizaba también por su creencia en el libre mercado y la libertad individual, pero era más escéptica sobre la intervención del estado en la economía. Metodológicamente, tenía una orientación más empírica que la primera, enfatizando la necesidad de contrastar la teoría con la realidad.

Esta orientación empírica llevó eventualmente a un choque entre la Escuela de Chicago y la Comisión Cowles, un instituto de investigación que había sido acogido por la Universidad. La Comisión contaba entre sus miembros a varios futuros ganadores del Premio Nobel: Ragnar Frisch y Jan Tinbergen (ganadores en 1969), Kenneth Arrow (1972), Tjalling Koopmans (1975), Herbert Simon (1978), Lawrence Klein (1980), Gérard Debreu (1983), Franco Modigliani (1985) y Trygve Haavelmo (1989). Algunos de ellos ganaron el Nobel por el trabajo que

1 Johan van Overtveldt, *The Chicago School* (Agate Publishing, Chicago, 2007), p. 26.

2 Lanny Ebenstein, *Chicagonomics, The Evolution of Chicago Free-Market Economics* (St. Martin's Press, New York, 2015), p. 24.

3 Paul Samuelson, citado por Ebenstein, p. 39.

4 *A Positive Program for Laissez Faire* (The University of Chicago Press, Chicago, 1934).

5 *The Ethics of Competition*, *Quarterly Journal of Economics*, vol. 37, no. 4 (August, 1923), pp. 579-624.

hicieron durante su estadía en Chicago. Pero el trabajo de la Comisión estaba orientado a la construcción de grandes modelos matemáticos. Friedman, en particular, consideraba que tales modelos no tenían mucho que aportar al conocimiento científico. Había también diferencias ideológicas, pues el trabajo de la Comisión se inclinaba hacia el keynesianismo y la planificación centralizada⁶. En 1955 la Comisión se mudó a la Universidad de Yale. Sin embargo, a pesar de las diferencias metodológicas e ideológicas, la Comisión no dejó de influir en las nuevas generaciones de graduados, en particular Jacob Marschak, que fue durante algunos años su director de investigación⁷.

II. Friedman y la reconstrucción de la macroeconomía

Milton Friedman fue el primer profesor de la Universidad de Chicago en recibir el Premio Nobel de Economía⁸. Friedman ocupa un lugar importante en la historia del pensamiento económico por su papel en la reconstrucción de la macroeconomía sobre la base del comportamiento racional individual.

Keynes era la figura dominante de la macroeconomía cuando Friedman inició su carrera. La piedra angular de la teoría keynesiana era que la propensión marginal al consumo, definida como la fracción de cada £1 adicional de ingreso –Keynes era británico– que se destina al consumo, es menor que 1. La otra fracción, naturalmente, se destina al ahorro. El ahorro tenía que equilibrarse con el “gasto autónomo”, constituido por la inversión y el gasto público. Una caída de la inversión, que obedecía a sus propias leyes psicológicas, ocasionaría una caída más pronunciada del ingreso nacional (y, por tanto, del empleo), porque se necesitaba que el ahorro cayera en una cantidad igual a la

caída de la inversión y el ahorro era sólo una fracción del ingreso nacional. Alternativamente, un aumento en el gasto público podía suplir la deficiencia de la inversión y evitar una caída del ingreso nacional y el empleo. Ésta es hasta ahora la esencia de la política fiscal anticíclica.

Friedman atacó la teoría keynesiana en sus comienzos. Los estudios de presupuestos familiares mostraban ciertamente que las familias de mayores ingresos ahorraban una proporción mayor de sus ingresos que las demás. Sin embargo, las tasas de ahorro en los Estados Unidos no mostraban ninguna tendencia definida a largo plazo, como cabría esperar si la propensión marginal al consumo fuera menor que 1, dado el rápido crecimiento del ingreso nacional⁹. Friedman, en la tradición de Chicago, rehízo el análisis partiendo de la decisión individual (o familiar) de consumo, que derivó en la hipótesis del ingreso permanente. Toda familia tiene en sus ingresos un componente “permanente” y otro “transitorio”. La proporción entre ambos varía constantemente. Cuando el componente transitorio es más alto de lo normal, la familia tiene un ingreso mayor que el ingreso promedio que avizora para el futuro. Desde otro punto de vista, una familia que en un año determinado obtiene altos ingresos puede tener un alto ingreso permanente o alternativamente un bajo (o muy bajo) ingreso permanente y un alto (o muy alto) ingreso temporal. Por lo tanto, entre las familias que, en un año dado, tienen altos ingresos, hay una gran probabilidad de que los ingresos temporales sean altos. No es, pues, difícil de imaginar que esas familias ahorren más ese año, pues tienen la expectativa de que sus ingresos no serán igualmente altos en el futuro.

La hipótesis del ingreso permanente puso en tela de juicio la efectividad de las políticas fiscales de estabilización económica, que hacia 1970 habían degenerado en el fenómeno de la “estanflación” (estancamiento con inflación)¹⁰. Estas políticas se apoyaban también en una generalización empírica, la curva de Phillips, que relacionaba la reducción en la tasa de desempleo con el aumento en la tasa de crecimiento de los

6 Overtveldt, p. 37.

7 Arnold Harberger, distinguido miembro de la Escuela de Chicago y decano del Departamento de Economía entre 1964 y 1970 y luego entre 1975 y 1980, nos contó en una conversación privada que Marschak fue uno de los tres profesores que más influyeron en su formación, junto con Friedman y Theodore Schultz.

8 Entre los profesores activos en Chicago al momento de ser galardonados. Arrow, que recibió el premio en 1972, había sido profesor asistente entre 1946 y 1949. Friedrich Hayek, que lo recibió en 1974, había enseñado en Chicago de 1950 a 1962.

9 *A Theory of the Consumption Function* (Princeton University Press, Princeton, 1957), pp. 3-4.

10 También contribuyó al ocaso del keynesianismo la hipótesis del ciclo de vida, desarrollada principalmente por Modigliani, ganador del Premio Nobel en 1985.

salarios nominales. En su conferencia Nobel¹¹, Friedman sostuvo que dicha relación se debía a una confusión, en la mente de empleados y empleadores, entre salarios nominales y salarios reales y que sólo podía mantenerse en el corto plazo, mientras esa confusión persistiera. Un aumento en la cantidad de dinero en circulación, necesario para financiar una mayor demanda por determinados bienes y servicios, generaría la ilusión entre los empleadores de que el salario real (la relación entre el salario nominal y el precio del producto final) se había reducido, y los motivaría a contratar más empleados y pagarles más. Los potenciales empleados, al ver que se les ofrecía pagarles más, lo que interpretaban como un aumento en el salario real, estaban dispuestos a aceptar el empleo. Sin embargo, a medida que el aumento en la cantidad de dinero en circulación se fuera traduciendo en un aumento generalizado de los precios, los empleados caerían en cuenta de que los salarios reales no habían aumentado, y los empleadores, de que no se habían reducido, y el desempleo volvería a su nivel anterior. Con el tiempo, empleados y empleadores desarrollarán expectativas de inflación y aprenderán a distinguir entre variaciones en los salarios nominales y reales. La tasa de desempleo obedecerá a factores reales, y ninguna tasa de inflación será capaz de modificarla. Esa tasa de desempleo es una tasa “natural” de desempleo¹².

Desde principios de los años '70 las expectativas adquirieron un rol cada vez más importante en el análisis macroeconómico. En el trabajo empírico, era usual hasta entonces que el valor esperado de una variable (como la inflación) se estimara en función de sus valores pasados, dándoles generalmente mayor peso a los valores más recientes y menor a los más alejados, lo que se conocía como “expectativas adaptativas”. Robert Lucas, ganador del Nobel en 1995, fue uno de los primeros en notar que las expectativas adaptativas no eran consistentes con el com-

portamiento racional, particularmente cuando ocurrían cambios importantes en las políticas económicas¹³. La hipótesis de que la gente que actúa racionalmente no se dejará engañar sistemáticamente por los objetivos declarados de las políticas e intentará adelantarse a sus verdaderos efectos económicos recibió el nombre de “expectativas racionales”.

La hipótesis de las expectativas racionales se convirtió en la base de un fructífero programa de investigación¹⁴. Algunas doctrinas macroeconómicas clásicas fueron resucitadas, como la neutralidad del dinero: la idea de que, a largo plazo, los cambios en la cantidad de dinero en circulación afectan solamente el nivel de precios, pero no las variables reales, como el producto o el empleo. La principal conclusión que se deriva de la hipótesis de las expectativas racionales es que las políticas de estabilización están destinadas a fracasar, a menos que sean creíbles para el público, tanto en lo que se refiere a la conexión entre instrumentos y objetivos como en lo que se refiere a la perseverancia de las autoridades. Si la gente anticipa que las políticas serán modificadas antes de lograr sus objetivos, actuará racionalmente de una manera tal que frustrará la consecución de los mismos. Quizás el ejemplo más conocido a nivel práctico es la adopción generalizada, por muchos bancos centrales del mundo, de ciertas reglas para la dirección de la política monetaria, tales como las metas de inflación y la orientación a futuro (*forward guidance*), para reforzar su credibilidad.

III. Hayek

Friedrich Hayek, ganador del Nobel en 1974, enseñó en la Universidad de Chicago entre 1950 y 1962, pero no en el Departamento de Economía, sino en el Comité de Pensamiento

11 «Nobel Lecture: Inflation and Unemployment», *Journal of Political Economy*, vol. 85, no. 3 (June, 1977), pp. 451-472.

12 El concepto de la tasa natural de desempleo se debe también a Edmund Phelps, ganador del Nobel en el 2006, quien lo había tomado indirectamente de Hayek y otros economistas de la escuela austriaca. Dale Mortensen, ganador del Nobel en el 2010, desarrolló, a partir de una idea de Phelps, el modelo del emparejamiento (*matching*), que genera una tasa de desempleo mayor que cero.

13 «Econometric Policy Evaluation: A Critique», *Carnegie-Rochester Series on Public Policy*, vol. 1 (1976), pp. 19-46.

14 Otros Premios Nobel que han sido parte de este programa de investigación son Finn Kydland y Edward Prescott (ganadores en el 2004) y Thomas Sargent y Christopher Sims (ganadores en el 2011). Los cuatro han sido profesores en la Universidad de Minnesota (donde, décadas atrás, enseñaban Friedman y Stigler antes de volver a Chicago). Prescott y Sargent también han enseñado en la Universidad de Chicago. Kydland y Prescott fueron alumnos de Lucas en la Universidad Carnegie-Mellon.

Social (*Committee on Social Thought*)¹⁵. Hayek no es propiamente un miembro de la Escuela de Chicago, pero merece ser mencionado por el lugar que ocupa en la historia del pensamiento para los fundadores de la escuela. Para Simons, Hayek representaba a una tradición que incluía a Adam Smith, John Stuart Mill y Carl Menger, en el campo de la economía, y a John Locke, David Hume y Jeremy Bentham, en el de la filosofía¹⁶; lo mismo para Friedman¹⁷. Knight, Friedman, Director y Stigler asistieron a la reunión inicial de la Sociedad Mont Pélérin, fundada en 1947 por Hayek para defender los principios de la libertad individual y la economía de mercado. Fue Director quien recomendó a la editorial de la Universidad de Chicago que publicara *Camino de servidumbre* de Hayek; y fue Hayek quien ayudó a conseguir el financiamiento del Volker Fund para establecer en Chicago un proyecto de investigación sobre la economía de mercado, que, bajo la dirección de Director, se convertiría en el programa de Derecho y Economía (*Law and Economics*)¹⁸.

Hayek aportó una nueva perspectiva en defensa de la economía de mercado. Los teoremas de maximización del bienestar mediante la asignación de recursos específicos a la producción de cantidades específicas de los distintos bienes y servicios, teoremas que los economistas habían perfeccionado alrededor de 1930, suponían que todo el conocimiento relevante sobre las preferencias del consumidor y la tecnología de las empresas estaba dado¹⁹. Pero ese conocimiento, dice Hayek, nunca está “dado”, en el sentido de estar a disposición de alguna autoridad que pudiera ejecutar los cálculos para encontrar el resultado deseado; sólo se revela a través de un proceso de descubrimiento que es inseparable de la competencia. La razón por la cual la competencia es una forma de coordinación de las actividades económicas superior a la planificación centralizada es

que los precios, en un sistema competitivo, son un vehículo para la transmisión eficiente de la información sobre el estado de las preferencias y las posibilidades de producción.

La idea de que la información es un bien escaso ha sido de una importancia capital para la comprensión de los fenómenos económicos. Stigler formalizó el concepto de búsqueda (*search*), basado en la intuición de que la gente, actuando racionalmente, tratará de economizar los recursos dedicados a obtener información sobre los precios de los productos ofrecidos en el mercado²⁰. La doctrina *antitrust* de Chicago se erigió sobre la premisa de que ciertas prácticas comerciales, que parecen incompatibles con un mercado competitivo, pueden entenderse como una respuesta a las limitaciones de la información disponible sobre la demanda de un producto.

IV. La ciencia imperial

Stigler y Gary Becker, ganadores del Nobel en 1982 y 1992, respectivamente, han extendido las fronteras de la economía como ningún otro economista. En sus manos, los conceptos económicos se han desplegado para ahondar nuestro entendimiento de los fenómenos sociales y políticos.

Stigler dio el paso inicial del análisis de la regulación económica y sus efectos al análisis de la regulación como un objeto económico sujeto a las leyes de la oferta y la demanda²¹. Su premisa es que la regulación es algo que las empresas (o industrias) buscan activamente. Los beneficios de la regulación adoptan variadas formas: subsidios directos, restricciones a la entrada al mercado para potenciales competidores, aranceles para frenar la competencia externa, limitaciones a la producción de bienes sustitutos e incentivos para los bienes complementarios etc. Hay también regulaciones que resultan onerosas para las empresas, pero éstas son la excepción. El análisis de Stigler puso en tela de juicio la teoría del interés público de la regulación. Las verdaderas motivaciones de la regulación deben deducirse de sus efectos económicos; no de los fines declarados por los políticos. Vistos de esta nueva

15 El Comité es un programa interdisciplinario creado en 1941 por el historiador John U. Nef y Frank Knight, entre otros. Robert Fogel, ganador del Nobel en 1993, fue también miembro del Comité.

16 Ebenstein, pp. 80-81.

17 *Capitalism and Freedom* (The University of Chicago Press, Chicago, 1962), p. 11.

18 Ronald Coase, «Law and Economics at Chicago», *Journal of Law & Economics*, vol. 36, no. 1, pt. 2 (April, 1993), pp. 239-254.

19 «The Use of Knowledge in Society», *American Economic Review*, vol. 35, no. 4 (September, 1945) pp. 519-530.

20 «The Economics of Information», *Journal of Political Economy*, vol. 69, no. 3 (June, 1961), pp. 213-225.

21 «The Theory of Economic Regulation», *Bell Journal of Economics and Management Science*, vol. 2, no. 1 (Spring, 1971), pp. 1-21.

perspectiva, los numerosos estudios empíricos que revelaban el enorme costo para la economía norteamericana y las de otros países impulsaron una ola de desregulación alrededor del mundo en una variedad de sectores, como el transporte aéreo y terrestre, la electricidad, la telefonía, la banca y otros.

La contribución de Becker al análisis de la regulación parte de la idea de que tiene que llegarse a un equilibrio en el mercado político entre las distintas coaliciones²². Las empresas no son las únicas que tratan de utilizar el sistema político a su favor; también tratan de hacerlo los individuos agrupados de diversas maneras (por ocupación, por edad, por lugar de residencia etc.). Toda persona es, en alguna medida, víctima y beneficiaria del sistema; paga impuestos y recibe subsidios (o sus respectivos equivalentes). Los grupos más compactos tienen más incentivos para dedicar recursos a la captura de subsidios que los grupos más difusos porque en los grupos más compactos los miembros reciben, en promedio, un porcentaje más alto de los beneficios. Los grupos más difusos tienen menos incentivos para resistir esos intentos de captura porque cada uno de sus miembros carga, en promedio, con un porcentaje menor de los costos. Por eso algunos sectores relativamente chicos, como es el sector agrícola en los países más desarrollados, pueden lograr grandes beneficios a costa del resto de contribuyentes.

La teoría de Becker, como el título del artículo citado lo indica, es una teoría de la competencia entre grupos de interés, de la cual se desprenden algunas propiedades de eficiencia. Para minimizar la resistencia a sus propios objetivos, un grupo de interés no solamente tiene que identificar a otros grupos más difusos a los cuales cargarles el costo; también tiene que identificar formas de subsidios o impuestos que reduzcan el costo a ser cargado a otros grupos, cualesquiera que éstos sean, para maximizar sus probabilidades de éxito. Ésta es una intuición potencialmente fructífera para estudiar las políticas de redistribución de ingresos.

En el campo de la criminología, Becker postuló que el crimen es una ocupación que los criminales eligen deliberadamente y, como

tal, está sujeta a un cálculo racional de costos y beneficios²³. La probabilidad de detección y la severidad de las penas influyen, naturalmente, en sus decisiones individuales. Hay una extensa literatura teórica y empírica sobre la efectividad de las penas que se deriva de esta intuición. Pero hay otra dimensión del problema, que es la de la asignación de recursos para detectar y sancionar a los infractores. Becker se pregunta (retóricamente) cuánto crimen debe permitir la sociedad. Los recursos destinados a la policía y al sistema judicial tienen un costo de oportunidad; la sociedad tiene que decidir hasta qué punto la lucha contra el crimen es el mejor uso de sus recursos. Las penas impuestas a los infractores también tienen un costo de oportunidad porque el tiempo que eventualmente pasan los infractores en la cárcel reduce la producción de bienes y servicios. Ésta debería ser una consideración importante para decidir qué conductas penalizar, qué recursos dedicar a perseguirlas y qué sanciones imponer.

V. Capital humano

Theodore Schultz, que recibió el Premio Nobel en 1979, es el precursor del método seguido por Stigler y Becker. Schultz postuló que la educación podía tratarse como una inversión en capital humano²⁴. La adquisición de conocimientos y habilidades es similar a la adquisición de bienes de capital que aumentan la productividad del trabajo. La idea del capital humano podía resolver una discrepancia en los datos relativos al crecimiento de la producción y aquellos relativos a la cantidad de recursos utilizados (tierra, capital, trabajo). Tal discrepancia se atribuía a la “productividad de factores” en el modelo de crecimiento económico dominante de la época²⁵. Para Schultz, la productividad de factores aumentaba fundamentalmente por las mejoras en el capital humano. La prueba era que la mayor parte de los beneficios del crecimiento económico terminaba en manos de los trabajadores, en la forma de un aumento sostenido en el salario real.

22 «A Theory of Competition Among Pressure Groups for Political Influence», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 98, no. 3 (August, 1983), pp. 371-400.

23 «Crime and Punishment: An Economic Approach», *Journal of Political Economy*, vol. 76, no. 2 (March-April, 1968), pp. 169-217.

24 «Investment in Human Capital», *American Economic Review*, vol. 51, no. 1 (March, 1961), pp. 1-17.

25 Debido a Robert Solow, ganador del Nobel en 1987.

Schultz insistía en la importancia del capital humano para el desarrollo económico. Las transferencias de recursos a los países en desarrollo para invertirlos en planta y equipo mostraban resultados decepcionantes porque los trabajadores carecían de las capacidades para operarlas eficientemente. Las inversiones en capital físico y capital humano son complementarias. Sin una mejora en el capital humano, la acumulación de capital físico no es suficiente para aumentar sostenidamente el nivel de ingresos.

Algunos economistas se resistían a aceptar la noción de capital humano porque equivalía a tratar a la gente como máquinas²⁶. Otros veían a la educación como un instrumento de diferenciación en el mercado laboral²⁷, y no como una inversión para aumentar la capacidad de generación de ingresos (quizás porque no estudiaron en Chicago). La hipótesis, sin embargo, resultaba fructífera. Becker realizó el primer estudio empírico sistemático de las tasas de rentabilidad de la inversión en capital humano²⁸. Encontró que la rentabilidad de un bachillerato universitario era comparable, en nivel y dispersión, a la rentabilidad del capital invertido en una pequeña empresa industrial. Encontró también que las diferencias entre los porcentajes de graduados en distintos grupos de la población eran consistentes con las diferencias en las tasas de rentabilidad.

James Heckman, ganador del Nobel en el 2000, tuvo que desarrollar nuevos métodos econométricos para lidiar con otro tipo de decisión: la elección “discreta” de participar o no participar en el mercado educativo o laboral, a diferencia de la elección una variable “continua”, tal como el número de horas dedicadas al estudio o al trabajo. Las proyecciones basadas en las tasas de rentabilidad de la educación, de acuerdo con la teoría del capital humano, habían subestimado el crecimiento del número de estudiantes porque no previeron los cambios en los incentivos para las mujeres y otros grupos demográficos de asistir a la universidad. Cambios similares se dieron en el mundo laboral. Con los nuevos métodos econométricos Heckman pudo estudiar los efectos de las políticas de acción

afirmativa en el mercado laboral²⁹. Estas políticas habían contribuido a reducir las diferencias interraciales de ingresos en los Estados Unidos; pero tales diferencias se debían no tanto a la discriminación, sino fundamentalmente a las diferencias en las capacidades adquiridas por los distintos grupos. Los programas públicos de capacitación no eran muy efectivos en reducir esas diferencias en capacidades; más efectivos eran los programas privados, pero éstos solían dejar de lado a los trabajadores con mayores carencias. El análisis empírico demostraba que la política pública económicamente más eficiente consistía en enfocarse en la educación primaria y secundaria, y no tanto en la superior.

VI. *Law and economics*

En la Universidad de Chicago la Escuela de Leyes nació como un subproducto del Departamento de Economía Política, que en 1894 abrió un curso de derecho romano³⁰. El movimiento conocido como *law and economics* nació dentro de la Escuela de Leyes, pero impulsado por economistas, especialmente Director, que comenzó a aplicar la teoría de precios al análisis de los casos *antitrust*. Ronald Coase, ganador del Nobel en 1991, alentó a muchos de sus alumnos a estudiar estos casos desde una perspectiva económica para ver si las conductas imputadas, supuestamente anticompetitivas, eran consistentes con la maximización de utilidades. La doctrina *antitrust* de Chicago se fue construyendo con estos estudios de casos.

Coase, por su parte, desafió el análisis tradicional de los problemas de la economía del bienestar, como el de los bienes públicos. Desconfiaba de los ejemplos hipotéticos que los economistas solían usar para ilustrar las llamadas “fallas del mercado”. Prefería aprender de los casos reales. Estudió detenidamente la historia de los faros de navegación en las costas británicas³¹; y descubrió que, desde un inicio, pertenecían a asociaciones privadas de navegantes, que habían encontrado la manera de hacer viable su construcción y mantenimiento, y nunca fueron operados ni financiados por el Estado³². Este análisis ponía en tela de

26 Overtveldt, p. 120.

27 Arrow (ganador del Nobel en 1972), Stiglitz y Spence (ganadores en el 2001).

28 *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis with Special Reference to Education* (The University of Chicago Press, Chicago, 1964).

29 Overtveldt, pp. 134-135.

30 Overtveldt, p. 288.

31 «The Lighthouse in Economics», *Journal of Law & Economics*, vol. 17, no. (October, 1974), pp. 357-376.

32 James Buchanan, ganador del Nobel en 1986, dice que la economía no debería definirse como la “lógica de la

juicio la doctrina comúnmente aceptada, según la cual los bienes públicos eran responsabilidad del estado porque el mercado no sería capaz de proveerlos.

Coase desafió también el análisis tradicional de las externalidades³³. Este último prejuzgaba el derecho de una de las partes y la responsabilidad de la otra por los daños causados. Coase retrotrae el análisis a un momento en que los derechos de las partes no están establecidos. Cada una quiere hacer algo que interfiere con los planes de la otra. La interferencia es una señal de que hay un conflicto entre dos usos alternativos de un mismo recurso. Desde el punto de vista económico, lo más eficiente es que ese recurso se use de la manera que genere mayor valor para la sociedad. El mercado llegará a ese resultado, independientemente de quién tenga la propiedad del recurso, siempre que la propiedad pueda transferirse a bajo costo (dicho de otra manera, si los costos de transacción son suficientemente bajos). Si el recurso le pertenece a la parte cuya actividad es la que genera mayor valor, no hay necesidad de una transacción; si le pertenece a la otra, entonces, ambas partes tienen un incentivo para transferírselo a aquella que genera mayor valor. Esto es lo que se conoce como el “teorema de Coase”.

Lo más importante, sin embargo, es qué pasa cuando los costos de transacción no son suficientemente bajos. En ese caso, lo que diga la ley tendrá efectos económicos. La forma como la ley asigna los derechos de propiedad determina el uso que se les da a los recursos. Una buena ley es una ley que maximiza el valor de la producción, permitiendo que los recursos se transfieran a sus usos más valiosos cuando los costos de transacción sean suficientemente bajos y procurando asignar los derechos de propiedad a las partes que, hasta donde resulta previsible, puedan usarlos de la manera más valiosa posible cuando los costos de transacción sean muy altos. Esta perspectiva es la que ha dado vida a toda una literatura que trata de interpretar las leyes y los principios jurídicos desde el punto de vista de la eficiencia económica.

VII. La historia económica

Robert Fogel, ganador del Nobel en 1993, es uno de los principales representantes de la llamada “nueva historia económica”, que se caracteriza por el uso de la teoría de precios para entender la racionalidad de las decisiones económicas que marcan el curso de la historia³⁴. Son dos las contribuciones emblemáticas de Fogel a esta literatura.

La primera es su análisis de la importancia de los ferrocarriles para el desarrollo económico de los Estados Unidos³⁵. La opinión generalizada entre los historiadores era que habían sido fundamentales. Esa opinión implicaba que, desde mediados del siglo XIX, los ferrocarriles habían alterado las condiciones económicas de una manera decisiva. Fogel calculó, en base a las estadísticas de la época, los costos de transporte ferroviario y fluvial, y llegó a la conclusión de que los ahorros generados por los ferrocarriles no eran tan grandes como se pensaba. Casi la totalidad de las tierras agrícolas del oeste norteamericano eran accesibles por vía fluvial y habrían podido explotarse económicamente aun si no se hubiera construido los ferrocarriles. Más aun, el apoyo estatal al financiamiento de los ferrocarriles sólo había conseguido desplazar recursos de algunas actividades a otras, pero no había alterado significativamente la tasa de crecimiento de la economía norteamericana.

La segunda contribución es el libro (escrito conjuntamente con Stanley Engerman) sobre la economía de la esclavitud³⁶. Otra vez la opinión generalizada, en este caso, sobre la explotación, fue puesta en tela de juicio. A pesar de ser moralmente repugnante, la hipótesis de que el esclavo es una máquina que le pertenece al amo tiene ciertas implicaciones económicas que pueden ser contrastadas con la realidad. Principalmente, implica que cualquier mejora o deterioro en la condición física del esclavo, en su capital humano, afecta también al amo porque aumenta o disminuye, respectivamente, el valor presente de lo que el esclavo produce a lo largo del tiempo. El amo, como propietario, tiene un incentivo para maximizar el valor de un capital

elección”, como a veces se la define, sino como la “lógica del contrato”, pues la configuración de la actividad económica depende de los arreglos contractuales que la sostienen.

33 «The Problem of Social Cost», *Journal of Law & Economics*, vol. 3 (October, 1960), pp. 1-44.

34 Overtveldt, p 242.

35 *Railroads and American Economic Growth* (Johns Hopkins Press, Baltimore, 1964).

36 *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery* (Little, Brown and Company, Boston, 1974).

humano que, de acuerdo con la legislación de la época, le pertenece. Fogel documenta que la agricultura de las plantaciones que usaban trabajo esclavo no era menos eficiente que el resto de la agricultura norteamericana y que las condiciones materiales de vida de los esclavos no eran inferiores a las de los trabajadores libres en la actividad industrial.

Más recientemente Fogel se ha interesado en los cambios en las condiciones de vida de la humanidad.³⁷ En los últimos trescientos años ha habido una notoria reducción en las tasas de mortalidad y, consecuentemente, un aumento de la longevidad alrededor del mundo. La reducción de la mortalidad se debe a las mejoras en la producción agrícola, que han reducido la desnutrición y aumentado la talla y el peso promedio de la gente. Además, ha habido una reducción en la desigualdad en estos indicadores: la longevidad ha aumentado más en los grupos de menores ingresos que en los de mayores ingresos; y la desnutrición se ha reducido más en los primeros que en los segundos. La mayor parte de esos cambios ha ocurrido en el siglo XX. Fogel cree que en este siglo la longevidad seguirá aumentando, un poco más de dos años por década, gracias a los avances en la biología y la tecnología médica.

VIII. La teoría de las finanzas

Chicago ha tenido tres Premios Nobel cuyo trabajo está relacionado con el campo de las finanzas: Merton Miller, ganador en 1990, y Eugene Fama y Lars Peter Hansen, ganadores ambos en el 2013. Fama y Miller son coautores en uno de los libros de texto más utilizados en su especialidad³⁸.

El nombre de Miller está imperecederamente asociado al teorema de Modigliani-Miller³⁹, una de las proposiciones centrales de la teoría de las finanzas⁴⁰. La estructura óptima de capital de una compañía –cuánta deuda debe tener y cuánto capital propio de sus accionistas– era uno de los principales tópicos de investigación en el

campo de las finanzas. Su relevancia práctica era evidente: el valor de una compañía aumentaría al acercarse al óptimo su estructura de capital. El teorema Modigliani-Miller destruyó ese mito. La estructura de capital es irrelevante. El valor de una compañía solamente depende de su capacidad de generación de utilidades (antes de intereses) y de la tasa de descuento apropiada para el riesgo de su negocio. La condición esencial para que el teorema sea válido es que exista un mercado donde las acciones de las distintas compañías puedan negociarse libremente⁴¹. El arbitraje (o sea, la compra de las acciones de una compañía y la venta simultánea de las acciones de otra) tenderá a igualar los rendimientos para los inversionistas y, por lo tanto, eliminará cualquier diferencia entre los valores de las compañías que pudiera deberse exclusivamente a una diferencia en sus estructuras de capital. Detrás de esta idea hay otra más profunda: el riesgo tiene un precio de mercado y los inversionistas son esencialmente tomadores de precios. Otros economistas desarrollarían más adelante la teoría sobre cómo el mercado pone un precio al riesgo⁴².

Fama fue quien acuñó el concepto de mercados eficientes. El mercado financiero es eficiente cuando los precios de las acciones incorporan toda la información conocida sobre las perspectivas de las compañías que las emiten⁴³. Naturalmente, los inversionistas tienen incentivos para comprar una acción si la información con la que cuentan les dice que las utilidades futuras de la compañía son más que suficientes para justificar el precio actual; y tienen incentivos para venderla si su información les dice lo contrario. Fama postuló que toda la información relevante llega rápidamente al mercado. Esto implica que cualquier movimiento futuro en los precios de las acciones será consecuencia, no de la información que tenga el mercado el día de

37 *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100* (Cambridge University Press, New York, 2004).

38 *The Theory of Finance* (Dryden Press, Hinsdale, Ill., 1972).

39 Modigliani recibió el Nobel en 1985.

40 «The Cost of Capital, Corporation Finance and the Theory of Investment», *American Economic Review*, vol. 48, no. 3 (June, 1958), pp. 261-297.

41 El teorema Modigliani-Miller es uno de varios “teoremas de irrelevancia”, como el teorema de Coase, que demuestran que la configuración de ciertas variables (la estructura de capital en un caso y la distribución de los derechos de propiedad en el otro) no afecta el valor de otra variable (el valor de la empresa o el valor de la producción, respectivamente), dados ciertos supuestos. Lo importante de estos teoremas es que dirigen la atención a las condiciones bajo las cuales no se cumplen dichos supuestos.

42 Entre ellos, William Sharpe, ganador del Nobel en 1990, junto con Miller.

43 «Efficient Capital Markets: A Review of Theory and Empirical Work», *Journal of Finance*, vol. 25, no. 2 (May, 1970), pp. 383-417.

hoy, sino de la nueva información que reciba a partir de mañana. Esto, a su vez, implica que no es posible predecir correcta y sistemáticamente los cambios en los precios de las acciones, una implicación validada empíricamente por diversos estudios. Por extensión, la eficiencia del mercado implica que es imposible predecir las crisis financieras, como la que ocurrió en el 2008, y que los cuestionamientos a la teoría económica por no ser capaz de anticiparlas carecen de fundamento.

Hansen desarrolló nuevos métodos econométricos para estudiar el comportamiento de los mercados financieros. Algunos economistas piensan, a diferencia de Fama, que sí es posible predecir los movimientos a largo plazo de las acciones⁴⁴. Las pruebas empíricas para distinguir entre una hipótesis y otra se basan en supuestos explícitos o implícitos sobre las expectativas de los inversionistas. Los métodos desarrollados por Hansen son consistentes con la hipótesis de las expectativas racionales y conectan los movimientos en los precios de las acciones con los cambios macroeconómicos. Ésa es, sin embargo, solamente una de las posibles maneras de lidiar con la complejidad de las expectativas. La complejidad es un desafío al diseño de políticas públicas, incluyendo las regulaciones del mercado financiero; y en tales condiciones, las políticas más prudentes podrían ser las más simples.

IX. Tendencias recientes

Los dos últimos Premios Nobel de la Universidad de Chicago han trabajado en áreas relativamente nuevas de la investigación económica.

Roger Myerson, ganador del Nobel en el 2007, es uno de los precursores de la teoría del diseño de mecanismos. El diseño de mecanismos es la especificación de reglas para la operación de mercados con características particulares que los diferencian de los mercados simples donde un comprador y un vendedor se encuentran y cierran inmediatamente una transacción. Hay otros mercados en los que los compradores y vendedores llegan en distintos momentos del tiempo, se encuentran con sus posibles contrapartes que ya están (o que todavía están) en el mercado y tienen que decidir si cerrar una transacción con alguna de ellas o esperar a que lle-

gue otra. El diseño de mecanismos consiste en establecer reglas que lleven a los resultados más eficientes posibles, considerando la incertidumbre y los incentivos de las partes. Un ejemplo de este tipo de mercados en los Estados Unidos es el de la contratación de estudiantes de medicina recién graduados por los hospitales. Un mecanismo bien diseñado trata de evitar que un graduado acepte una oferta precipitadamente porque no sabe si le llegará otra oferta más atractiva; y lo hace estableciendo reglas para la revelación de información sobre las vacantes disponibles y sobre las preferencias de los graduados y los hospitales.

Richard Thaler, ganador del Nobel en el 2017, es uno de los principales exponentes de la economía del comportamiento o economía conductual (*behavioural economics*). Esta rama de la economía ha crecido en base a la observación de “anomalías” en el mercado financiero y en otros mercados. Las causas de tales anomalías serían la limitada racionalidad de los seres humanos y los sesgos de conducta que se forman debido a esa limitación. La economía conductual es ajena a la tradición de la Escuela de Chicago y, en particular, en el campo de las finanzas, es un ataque al concepto de eficiencia del mercado. Sin embargo, como ha observado Fama en su conferencia Nobel⁴⁵, no ha desarrollado una teoría alternativa sobre el funcionamiento del mercado que pueda ser validada o rechazada empíricamente.

X. Conclusión

Éste ha sido un breve repaso de las contribuciones científicas de los economistas de la Universidad de Chicago que han recibido el Premio Nobel de Economía. La influencia de la Universidad de Chicago va más allá de ellos, pues muchos otros ganadores del premio han tenido alguna relación con la Universidad antes de recibirlo. Lo que ha distinguido a la Universidad de Chicago es una tradición de enseñanza e investigación basada en la teoría de precios, entendida como un desarrollo consistente del postulado de racionalidad económica. La gran mayoría de los economistas de la Universidad de Chicago galardonados con el Premio Nobel se identifican con esa tradición. Este ensayo ha intentado demostrar cuán fructífera ha sido.

44 Como Robert Shiller, ganador del Nobel en el 2013, junto con Fama y Hansen.

45 ‘Two Pillars of Asset Pricing’, *American Economic Review*, vol. 104, no.6 (June, 2014), pp. 1467-1485.



